



EJERCICIOS DE LA FRATERNIDAD DE COMUNIÓN Y LIBERACIÓN

MIRAD QUE REALIZO ALGO NUEVO, ¿NO OS DAIS CUENTA?



RÍMINI 2018

MIRAD QUE REALIZO ALGO NUEVO, ¿NO OS DAIS CUENTA? (Isaías)

EJERCICIOS DE LA FRATERNIDAD
DE COMUNIÓN Y LIBERACIÓN



RÍMINI 2018

© 2018 Fraternidad de Comunión y Liberación para los textos de L. Giussani y J. Carrón

En portada: Vincent van Gogh, *Almendro en flor*, Saint-Rémy-de-Provence, febrero 1890.

© Van Gogh Museum, Ámsterdam (Vincent van Gogh Foundation).

Traducido del italiano por Belén de la Vega.

«Con ocasión de los Ejercicios espirituales anuales para los miembros de la Fraternidad de Comunión y Liberación que tienen lugar en Rimini, y que llevan por título: “Mirad que realizo algo nuevo, ¿no os dais cuenta?” (Is 43,19), Su Santidad el papa Francisco saluda a todos cordialmente. El Papa invita a todos a hacer experiencia viva de Cristo presente en la Iglesia y en las vicisitudes de la historia, y a cambiar la propia vida para poder renovar el mundo con la fuerza del Evangelio. Es la contemplación del rostro de Jesús, muerto y resucitado, lo que recompone nuestra humanidad, también la que está fragmentada por las dificultades de la vida, o la que está marcada por el pecado.

El Santo Padre desea que cuantos siguen el carisma del venerado monseñor Luigi Giussani den testimonio del amor concreto y poderoso de Dios, que obra verdaderamente en la historia y determina su destino final, y, al tiempo que invita a todos a rezar para sostener su ministerio petrino, invoca la protección celestial de la Virgen María e imparte de corazón a usted y a todos los participantes la implorada bendición apostólica, haciéndola extensiva a cuantos están conectados vía satélite y a toda la Fraternidad»

Cardenal Pietro Parolin, Secretario de Estado de Su Santidad,
27 de abril de 2018

Viernes 27 de abril, por la noche

A la entrada y a la salida:

Antonín Dvořák, Stabat Mater, op. 58

Rafael Kubelik – Symphonie-Orchester des Bayerischen Rundfunks

“Spirto Gentil” n.º 9, Deutsche Grammophon

■ INTRODUCCIÓN

Julián Carrón

«Mirad que realizo algo nuevo, [...] ¿no os dais cuenta?»¹. La capacidad de darse cuenta de las cosas pertenece a la naturaleza del hombre, forma parte de su grandeza única; no se puede comparar con ninguna otra criatura. Por desgracia, muchas veces prevalece en nosotros lo ya sabido o la superficialidad. ¿Quién de nosotros, al ver los rostros pintados por Caravaggio mientras escuchábamos el *Fac ut ardeat cor meum* del *Stabat Mater* de Dvořák, no ha advertido el deseo de ser aferrado como ellos, cautivados por un conocimiento de Cristo que penetraba hasta el corazón? Pero –pensamos–, ¿cómo podremos nosotros, que somos frágiles, llegar a conocerle a Él? Por eso Jesús nos ofrece un gran consuelo: «Necesitáis al Espíritu. Es el Espíritu el que os llevará a la verdad completa»². Pidamos entonces al Espíritu que nos ayude a conocer a Cristo presente en la realidad, en la historia, que haga arder nuestro corazón.

Desciende Santo Espíritu

Comienzo leyendo el mensaje que nos ha enviado el Santo Padre: «Con ocasión de los Ejercicios espirituales anuales para los miembros de la Fraternidad de Comunión y Liberación que tienen lugar en Rímíni, y que llevan por título: “Mirad que realizo algo nuevo, ¿no os dais cuenta?” (Is 43,19), Su Santidad el papa Francisco saluda a todos cordialmente. El Papa invita a todos a hacer experiencia viva de Cristo presente en la Iglesia y en las vicisitudes de la historia, y a cambiar la propia vida para poder renovar el mundo con la fuerza del Evangelio. Es la contemplación del rostro de Jesús, muerto y resucitado, lo que recompone nuestra humanidad, también la que está fragmentada por las dificultades de la vida, o la que está marcada por el pecado. El Santo Padre desea que cuantos siguen el carisma del venerado

¹ Is 43,19.

² Cf. Jn 16,13.

monseñor Luigi Giussani den testimonio del amor concreto y poderoso de Dios, que obra verdaderamente en la historia y determina su destino final, y, al tiempo que invita a todos a rezar para sostener su ministerio petrino, invoca la protección celestial de la Virgen María e imparte de corazón a usted y a todos los participantes la implorada bendición apostólica, haciéndola extensiva a cuantos están conectados vía satélite y a toda la Fraternidad. Cardenal Pietro Parolin, Secretario de Estado de Su Santidad».

1. La consecuencia de un desplazamiento

Desde la Jornada de apertura de curso, hay una frase de don Giussani que se me ha quedado clavada como un agujón: «Al principio se construía, se intentaba construir sobre algo que estaba sucediendo [...] y que nos había aferrado. Por muy ingenua y exageradamente desproporcionada que fuese, se trataba de una posición pura. Por eso, al haberla abandonado en cierto sentido, al habernos mantenido en una posición que ha sido ante todo, casi diría, una “traducción cultural” más que el entusiasmo por una presencia, no conocemos –en el sentido bíblico del término– a Cristo, no conocemos el misterio de Dios, porque no nos resulta familiar»³.

El hecho de habernos desplazado del entusiasmo por una presencia a una traducción cultural tiene como consecuencia que no conocemos a Cristo. Y se ve porque no nos resulta familiar.

Creo que no existe un desafío mayor que este: si a medida que vivimos Cristo no se vuelve más familiar, nos interesaremos cada vez menos por Él, y entonces todo lo que hagamos será simplemente una consecuencia, cada vez más separada de su origen, como una rama seca, que nos dejará cada día más desilusionados, con un gusto amargo en la boca.

El trabajo que hemos realizado desde la Apertura de curso ha ofrecido a cada uno la posibilidad de darse cuenta del camino que ha recorrido durante estos meses. ¿Cómo podemos saber si hemos conocido más a Cristo? ¿A través de qué signos podemos documentarlo?

Don Giussani nos ha dado un criterio de verificación para reconocer si Cristo ha entrado verdaderamente y está entrando cada vez más en nuestra vida, para saber si cada día nos resulta más familiar. Para poder entenderlo basta con que pensemos en una experiencia elemental: todos sabemos que una presencia, una persona, ha entrado en nuestra vida hasta el punto de hacerse familiar cuando determina el modo de afrontarlo todo, de estar delante de las cosas y de las circunstancias. Basta con que penséis en vuestros

³ L. Giussani, *Una strana compagnia*, BUR, Milán 2017, pp. 88-89.

hijos. Por el contrario, cuando tal familiaridad no existe, o no existe lo suficiente, el punto de partida sigue siendo el de antes: una cierta impresión de las cosas o nuestros propios esquemas. Todos podemos documentarlo.

No es distinto lo que sucede con Cristo. De hecho, si el acontecimiento de Cristo no incide en mi forma de vivir, de estar delante de la realidad y de las situaciones y los desafíos cotidianos, si el *acontecimiento de Cristo* presente no determina nuestro modo de vivir las circunstancias, quiere decir que las afrontamos como todos, es decir, partiendo de la *impresión* que suscitan en nosotros, y, al igual que todos, terminamos ahogándonos en una vida que nos «paraliza»⁴. El resultado salta enseguida a la vista: una vida dominada por nuestras «impresiones» –que cada uno piense en cómo se levanta por las mañanas–, en lugar de acrecentar el entusiasmo por Cristo hace que la fe sea cada vez más irrelevante para la vida, porque no se percibe la pertinencia de Cristo a las exigencias de la vida.

Si el entusiasmo por Cristo no crece cada vez más, ¿dónde buscaremos la plenitud? Cada uno puede mirar su propia vida y ver lo que domina en ella. Y como nuestro corazón no puede dejar de desear, buscaremos inevitablemente el cumplimiento en las cosas que hacemos, en el «esfuerzo de nuestra actividad asociativa, operativa, caritativa, cultural, social y política»⁵, o bien en nuestras iniciativas profesionales. De este modo, la fe se convierte en una mera «premisa» que dejamos atrás. Por eso don Giussani nos decía que «el error fundamental que podemos cometer [...] es dar por descontada la fe. Es decir: puesto que tenemos fe, establecida la premisa que sería la fe, entonces realizamos actividades culturales»⁶. No nos da tregua: «Si todo lo que esperamos no se cumple totalmente en lo que nos ha sido dado, en el hecho que se nos ha dado», es decir, en el hecho de Cristo, todas nuestras actividades, todo lo que hacemos «se convierte en la espera de nuestro reino»⁷.

Entonces, la pregunta que inevitablemente se plantea es: ¿acaso son capaces todas estas actividades de cumplir nuestra vida? La señal de alarma es esa desazón que nos asalta por un «quehacer» que, en el fondo, no nos satisface.

Pero esta insatisfacción que experimentamos cuando esperamos que el cumplimiento de nuestra vida venga de las cosas que hacemos –si conservamos un mínimo de pobreza de corazón–, puede convertirse en una ocasión, en la oportunidad de sentir dentro de nosotros la urgencia de volver al inicio, a ese entusiasmo por Cristo que nos había conquistado.

⁴ C. Pavese, *Dialoghi con Leucò*, Einaudi, Turín 1947, p. 166.

⁵ L. Giussani, *Una strana compagnia*, op. cit., p. 88.

⁶ L. Giussani, *De la utopía a la presencia (1975-1978)*, Encuentro, Madrid 2013, p. 163.

⁷ L. Giussani en A. Savorana, *Luigi Giussani. Su vida*, Encuentro, Madrid 2015, p. 418.

Como prueba de que la «urgencia de volver al inicio» –al entusiasmo por Cristo– afecta a la vida de cada uno de nosotros, cualquiera que sea su edad o la historia que ha vivido (uno puede haber encontrado el movimiento hace un año y tener menos de treinta años), me escribe un joven médico:

«Querido Julián, en estos meses he empezado a comprender lo que nos has dicho muchas veces, es decir, que si no verifico la pertinencia de la fe a las exigencias de la vida, esta no podrá resistir, y el primer signo de ello es un escepticismo –no explícito–, casi diría una duda, un “quizá”, una incredulidad con respecto a que ciertas cosas, ciertas pesadumbres de la vida, puedan ser abrazadas y cambiadas por Cristo. A mí me ha pasado en el trabajo. Soy médico residente en una planta en la que el ritmo de trabajo es alto, la rivalidad y la queja son continuas, y la mayoría de los compañeros no tiene casi nada más allá del trabajo. Durante estos dos años, intentando hacer bien mi trabajo, me he dejado absorber muchísimo, y como consecuencia de dos grandes desilusiones laborales, me he dado cuenta de que el trabajo –por lo menos tal como yo lo estoy viviendo– no es capaz de devolverme, en términos de satisfacción, ni siquiera un poco de lo que yo le doy: es un balance absolutamente negativo. Este hecho me ha llevado incluso a pensar en el trabajo como lo que me quita tiempo para estar con mi mujer y con mis amigos, ¡y esto ha hecho crecer la queja! Si uno no está dispuesto a cambiar su punto de vista y se limita a buscar una solución al problema contingente, cosas como leer la Escuela de comunidad, ir a misa o hablar con los amigos son al final intentos fallidos que me hacen ser cada vez más escéptico ante la posibilidad de que Cristo pueda cambiar algo en mi relación con el trabajo. Pero ha sucedido un hecho. Desde hace dos meses voy de vez en cuando a misa antes del trabajo. Hay un pequeño grupo de gente del movimiento que va allí todas las mañanas y, al final de la misa, se toma un café rápido en el bar que está enfrente de la iglesia: un hecho banal y, para ellos, cotidiano. La primera mañana que me uní a ellos salí muy contento y fui en moto al trabajo –momento en el que habitualmente me entra la preocupación por todo lo que me espera y por todos los compromisos que debo encajar– respirando a pleno pulmón, como quien acaba de ver algo bonito. Mientras que en la mayoría de las pausas que hago en el trabajo estoy con la cabeza puesta en lo siguiente que tengo que hacer, en aquellos diez minutos ellos estaban allí de verdad, atentos, presentes. Me impresionó también la atención hacia mí, que no los conocía de nada, pero también hacia los mendigos que estaban en la puerta de la iglesia. Una serie de cosas me hicieron pensar si sería posible también para mí estar contento en el trabajo. Un hecho pequeño ha vuelto a abrir una posibilidad, una pregunta que me impulsa a hacer un camino. Durante un encuentro que tuviste con algunos jóvenes trabajadores vi suceder la misma dinámica que había visto

en el bar: me asombró tu libertad en relación a nosotros, el hecho de que no tuvieras nada que defender e, incluso, la curiosidad por lo que podía surgir de nosotros. Los juicios que ofreciste me descolocaban y desenmascaraban la perspectiva reducida que teníamos frente la realidad. Entiendo que una mirada tan libre no puede ser producto de un conocimiento más perfecto y atento de los textos de don Giussani, de la participación en un mayor número de gestos y asambleas, sino solamente de la familiaridad con el Misterio. Por eso te observé con curiosidad y envidia, y me pregunté continuamente por qué respondías a las diversas provocaciones de forma distinta de lo que yo habría hecho. Tenía el deseo de identificarme, de intentar comprender cómo miras las cosas. Ha sido precioso porque para mí, al principio, seguir era exactamente esto: una identificación, casi espontánea, que nacía del asombro por una humanidad distinta».

Pero atención, para volver a encontrar ese entusiasmo del comienzo no basta un recuerdo nostálgico, no es suficiente juntarse con los amigos y recordar viejos tiempos. El recuerdo de algo que fue no nos devuelve el inicio. Recordar los buenos tiempos del noviazgo no devuelve a una pareja el entusiasmo perdido durante los años de matrimonio. ¿Queréis una prueba de esto? Mirad el escepticismo que se insinúa en la vida de muchos adultos. La única posibilidad es que vuelva a suceder ahora lo que nos apasionó al principio.

Don Giussani se expresó de modo definitivo en relación a cualquier intento distinto de recuperar el inicio: «Imaginemos que se reunieran hoy algunas personas que [...], al conservar el recuerdo impresionante de un acontecimiento que les impactó en su momento –que les hizo bien e incluso marcó su vida–, quisieran recuperar ese acontecimiento, colmando así la distancia que se ha ido abriendo a lo largo de los años. [...] Si dijeran: “Unamos nuestras fuerzas para formar un grupo de catequesis, desarrollar una iniciativa política nueva, apoyar una actividad caritativa, crear una obra, etc.”, ninguna de estas respuestas sería adecuada para colmar esa distancia». Para él es evidente que «la continuidad con lo de “entonces” solo se restablece si sucede ahora nuevamente el mismo acontecimiento, el mismo impacto»⁸. Porque el comienzo es siempre un acontecimiento. Y para colmar la distancia con respecto al comienzo es preciso que vuelva a suceder ahora lo que sucedió entonces, es necesario que suceda el mismo acontecimiento que nos movió al principio.

Es lo que nos recordó el papa Francisco en la plaza de San Pedro: «El carisma no se conserva en una botella de agua destilada. [...] Don Giussani

⁸ L. Giussani, «Algo que se da antes», en *Huellas-Litterae Communionis*, noviembre 2008.

no puede reducirse a un museo de recuerdos. [...] Fidelidad a la tradición –decía Mahler– “significa mantener vivo el fuego”»⁹.

Lo único que nos devuelve el comienzo es que suceda nuevamente Su presencia. Cristo es un acontecimiento presente. Si no queremos perder el entusiasmo que nos ha conquistado, la única esperanza es conocer más a Cristo. Por eso se me quedó grabada esa frase desde la Apertura de curso.

2. Al hacernos adultos, una desmoralización

En los primeros Ejercicios de la Fraternidad, don Giussani nos decía exactamente que nuestro enemigo es «la falta de conocimiento de Cristo». Pero, ¿de qué conocimiento se trata? Como para nosotros el conocimiento se reduce normalmente a un saber nocional, Giussani nos advierte de que está hablando de conocimiento como lo entiende la Santa Biblia: «Conocimiento como familiaridad, como compenetración, como identificación, como presencia que se lleva en el corazón». Por eso, observa más adelante: «Es como si no continuase [después del encuentro] una familiaridad de la que ya hemos gustado [...]. Hay una extrañeza que delata nuestra lejanía con respecto a Cristo, como si no estuviera presente, como si no fuese determinante para el corazón. Puede que sea determinante a la hora de obrar –vamos a la iglesia, “hacemos” el movimiento, incluso rezamos Completas, acudimos a la Escuela de comunidad, participamos en la caritativa, hacemos grupos de esto o de aquello, nos lanzamos incluso a la política–. Cristo no falta en nuestras acciones; en muchas de nuestras acciones puede que sea determinante pero, ¿y en el corazón? ¡En el corazón no! Porque el corazón es cómo mira uno a sus hijos, cómo mira a su mujer o a su marido, al transeúnte o a los amigos, a los de su comunidad o a los compañeros de trabajo, o bien –y sobre todo– cómo se levanta uno por las mañanas»¹⁰.

Pero no solamente esto. La lejanía del corazón con respecto a Cristo «explica también otra, que se revela como una extrañeza última en las relaciones entre nosotros, una miopía a la hora de mirarnos, ¡porque únicamente Cristo [...] puede hacernos realmente hermanos»¹¹, amigos! Cuántas veces hemos hablado de ello y lo hemos experimentado en la vida: la lejanía del corazón con respecto a Cristo se convierte en lejanía entre nosotros, de modo que, en última instancia, lo que domina es una extrañeza mutua.

Jesús, al estar en ciertas ocasiones tan lejos del corazón, puede volverse un extraño: «Si Jesús viniese aquí en silencio –*softly*– y se sentase en una si-

⁹ Francisco, *Discurso al movimiento de Comunión y Liberación*, 7 de marzo de 2015.

¹⁰ L. Giussani, *Una strana compagnia*, op. cit., pp. 22-24.

¹¹ *Ibidem*, p. 24.

lla, allí, cerca de aquella, y todos nos diésemos cuenta de ello en un momento dado, no sé en cuántos de nosotros sería verdaderamente espontáneo el asombro, la gratitud, la alegría... No sé en cuántos lo sería el afecto, conservando al mismo tiempo cierta conciencia de sí. [...] No sé si nos sentiríamos hundidos bajo una capa de vergüenza al darnos cuenta en ese momento de que no hemos dicho nunca “Tú”, de que no hemos tratado de evitar el naufragio total de su Yo personal en nuestro yo colectivo»¹². Preguntémosnos: ¿quién de nosotros ha dicho «Tú» a Cristo hoy con la familiaridad con que se trata a las personas verdaderamente queridas?

No es que Cristo sea un desconocido en nuestra vida, entendámonos. «Paradójicamente –insisto– [es don Giussani quien nos premia] Cristo es el motivo concreto por el que llevamos un tipo de vida que de otro modo no llevaríamos: ¡y sin embargo nuestro corazón está lejos de Él!». Según crecemos, según nos hacemos adultos, incluso haciendo muchas cosas por el movimiento o en nombre del movimiento, Cristo ha quedado lejos de nuestro corazón, puede no haber penetrado todavía en él. Continúa don Giussani: «No considero que, estadísticamente, sea normal entre nosotros que el hacernos adultos conlleve una mayor familiaridad con Cristo, haga que nos resulte más cercana esa “gran ausencia” [...]. No lo creo»¹³.

¿Y qué pasa cuando el hecho de hacernos adultos no conlleva una mayor familiaridad con Cristo? Que se produce en nosotros una desmoralización, «no en el sentido banal del término, sino con respecto a esa familiaridad con Dios en la que reside la esencia de la vida del hombre»¹⁴. Por tanto, si la moralidad es «tender hacia algo más grande que nosotros, la desmoralización es la pérdida de esta tensión. Insisto en que esta tensión resurge en los discursos y las obras –sin mentira y hasta de forma verdadera–, pero no *en el corazón*. Pues lo que ocupa el corazón no tiene horas ni condiciones que lo impidan [...]. Al igual que el yo no puede suspender su vida, así, cuando el corazón es moral, cuando no está desmoralizado, es como si no se suspendiera nunca la tensión hacia algo “más”, hacia algo más grande que él». No hay tregua, amigos, porque aquí se está hablando del corazón, no de las obras. «El problema está realmente en nuestro corazón»¹⁵.

¿Cómo combatir esta desmoralización? En este punto, don Giussani vuelve a insistir en el valor de la amistad entre nosotros, en nuestra compañía, en nuestra Fraternidad, y aclara cuál es su tarea: «Nuestra compañía

¹² L. Giussani, *El atractivo de Jesucristo*, Encuentro, Madrid 2000, pp. 169-170.

¹³ L. Giussani, *Una strana compagnia*, op. cit., pp. 24-25.

¹⁴ *Ibidem*, p. 30.

¹⁵ *Ibidem*, pp. 25-26.

debe ser ante todo una ayuda para luchar contra esta desmoralización, quisiera ser el instrumento principal contra esta desmoralización»¹⁶.

Pero, ¿cómo puede nuestra compañía ayudarnos en esta lucha contra la desmoralización, con el fin de que Cristo penetre en nuestro corazón? Lo vemos con claridad cuando sucede:

«Querido Julián, ayer participé en el *Via Crucis* en Caravaggio, después de años de olvido total del Viernes Santo. Siempre he tenido la excusa del trabajo, y por ello faltaba tranquilamente a este gesto sin ningún problema. En el fondo, no sentía la necesidad de ir. Este año, quién sabe por qué, he encontrado tiempo para ir y he comprendido que la cuestión es dónde se apoya mi corazón. Ha sido como volver al origen de todo, a los tiempos del Triduo pascual de los universitarios con don Giussani en Caravaggio, una las cosas que me deslumbró entonces, con veinte años. Y me “tumbó” también ayer, pero con un dolor punzante, escuchar al coro cantar *Cristo al morir tendea* y la pregunta sufriente de María: “Lascieretelo voi per altro amore?” [¿Lo dejaréis vosotros por otro amor?]. Me impresionó porque no dice: por el pecado o por el mal, sino “por otro amor”. Esta mañana me he planteado preguntas que desde hacía décadas ya no me planteaba o que quizá no me he planteado nunca. Me he preguntado por qué nos propone la Iglesia cada año la Semana Santa. Cuántas veces dejamos pasar este tiempo como un gesto que en el fondo no cambia nada en nosotros, en nuestra vida, porque “ya nos lo sabemos” y no hay nada que poner en orden. Esperamos que pase rápidamente para volver a ocuparnos de las cosas concretas: el trabajo, cobrar a fin de mes, el marido, los hijos, la casa, el coche, las fiestas de cumpleaños, los grupos de Fraternidad (pero, ¿en qué cosas somos hermanos?), las vacaciones del movimiento o en la playa con los amigos. En cambio, la Iglesia rompe, rompe literalmente el tiempo para volver a abrir esa herida que es mi humanidad. Porque tú, amiga, marido, mujer, hijo y cada persona a la que aprecio, tú, que eres todo para mí, no vivirás para siempre y me traicionarás, y yo te traicionaré al igual que me traiciono a mí misma; tú, al que amo tan profundamente, no eres capaz de mantener la promesa que sin embargo has suscitado en mí. Entonces, ¿dónde puedo poner la esperanza, esa esperanza que el corazón no cesa de pedir? Esto es lo que nos vuelve a proponer la Iglesia cada año: descubrir las heridas de cada día y, desde el Miércoles de ceniza, reconocernos necesitados de todo, y volver a situarnos en la posición más verdadera, la de ser mendigos. La respuesta no se nos da, sino que se impone a un corazón mendigo que corre, en un amanecer nuevo, al tercer día».

¹⁶ *Ibidem*, p. 26.

Esta es la tarea de la compañía. Por menos de esto no merecería la pena permanecer en ella. «Nuestra compañía», insiste don Giussani, «debe ir más al fondo, debe llevarnos hasta el fondo, nos concierne a nosotros mismos, afecta a nuestro corazón»¹⁷; ella debe introducirnos –como dice la Escuela de comunidad–, debe empujarnos a «una relación profundamente personal con Él»¹⁸, con Cristo.

Pero llegados a este nivel, aclara Giussani, al nivel de mi reconocimiento de ti, Cristo, es decir, al nivel del corazón, nadie puede delegar en otros una respuesta que solo puede ser suya: «Esta es una responsabilidad [como muestra la carta que acabamos de leer] [...] que no se puede descargar sobre ninguna compañía. El corazón es lo único, por así decir, que no admite “socios”. [...] Si uno forma parte de un equipo donde cada uno desempeña un papel, uno tira del otro, y así sucede también en la vida del movimiento, en las iniciativas del movimiento. ¡Pero aquí no! Por este motivo, la nuestra deberá ser una extraña compañía: una compañía sobre la que no se puede descargar nada»¹⁹.

3. Cristo, esperanza del cumplimiento

¿Por qué insiste tanto Giussani en la necesidad de que Cristo penetre en el corazón? La razón es sencilla: sin Cristo, el corazón queda insatisfecho. Y la experiencia nos muestra que el corazón no puede hacer trampas porque es objetivo e infalible. Como nos recuerda el capítulo primero de *El sentido religioso*, el corazón, como criterio de juicio, es objetivo: de hecho, las exigencias originales están dentro de nosotros, no las podemos manipular nosotros, nos son dadas con la misma vida. Por eso el corazón es infalible como criterio: las exigencias elementales son infalibles hasta el punto de que desenmascaran constantemente las reducciones y las imágenes que nos hacemos de qué es lo que debería responder a la sed del corazón. El sentimiento de insatisfacción que experimentamos ante el caos personal o familiar, pero también ante un éxito profesional, es un signo evidente de ello.

En esta insistencia de Giussani podemos reconocer su gran estima por nosotros, su pasión por cada uno de nosotros. Él es justamente la encarnación de una verdadera compañía, la de quien no cesa nunca a la hora de reclamarnos a lo único que puede satisfacer nuestro corazón. De hecho, «la ausencia de Cristo abate y deprime, somete a lo humano a una forma

¹⁷ *Ibidem*, pp. 26-27.

¹⁸ L. Giussani, *Por qué la Iglesia*, Encuentro, Madrid 2014, p. 263.

¹⁹ L. Giussani, *Una strana compagnia*, op. cit., p. 27.

permanente de depresión. Cuanta menos presencia haya de Cristo, menos humanidad habrá en mi corazón y en el tuyo; cuanta menos presencia de Cristo, menos humanidad habrá en la relación del hombre con su mujer, de la mujer con sus hijos y [como consecuencia] más crecerá la pretensión, que sustituye al afecto verdadero, al amor real, a la caridad, a la gratuidad como don de sí. [...] Cuanta menos presencia de Cristo, menos posibilidad de humanidad habrá para [...] toda la gente que se apiña a su alrededor»²⁰, a nuestro alrededor.

¿Qué es lo contrario de la desmoralización del corazón y de la depresión de lo humano, que parecen caracterizar nuestra condición de adultos? «Lo contrario de la desmoralización», aquello de lo que tenemos necesidad, «es la esperanza». Nos lo testimoniaba nuestra amiga. Lo que nos dice don Giussani se manifiesta de forma impresionante en cualquier persona que viva una experiencia verdadera de humanidad, que sea leal con lo que sucede en su vida. Pero, ¿qué esperanza? ¿De qué esperanza se trata? De la esperanza en el propio destino, en el propio cumplimiento. ¿Cómo es posible la esperanza con todos los errores, los fracasos, las contradicciones que se repiten, se multiplican y se acumulan? «Solo donde Dios ha hablado al hombre existe esta esperanza». El contenido de esa esperanza es «lo que el ángel le dijo a la Virgen: “Para Dios nada hay imposible”. Creo que ahí está todo. Para el hombre nuevo que Cristo ha venido a traer al mundo esta afirmación es el corazón de la vida: “Para Dios nada hay imposible”; en donde Dios no es el “dios” de nuestros pensamientos, sino el Dios verdadero, el que está vivo, el que vive, o sea, el que se hizo hombre, Cristo»²¹.

Nos recuerda la Biblia: «Yo soy el Señor, el Dios de todos los seres vivos, y nada me resulta imposible»²². «“Para Dios nada hay imposible”. Esta frase se halla al comienzo de la verdadera historia de la humanidad, está en los orígenes de la gran profecía del pueblo de Israel, en los orígenes de la historia del pueblo nuevo, del mundo nuevo, en el anuncio del ángel a la Virgen, y está al comienzo de la ascesis del hombre nuevo, al comienzo de la perspectiva y del movimiento del hombre nuevo. [...] Ante la frase de Jesús: “Más fácil le es a un camello pasar por el ojo de una aguja que a un rico entrar en el reino de los cielos”, los apóstoles dijeron: “Entonces, ¿quién puede entrar en el reino de los cielos? ¿Quién puede salvarse? Jesús respondió: “Es imposible para los hombres, pero para Dios nada hay imposible”»²³.

²⁰ L. Giussani, *¿Se puede vivir así?* Ejercicios espirituales de la Fraternidad de Comunión y Liberación, Rimini, 28-30 abril 1995, suplemento de *Litterae communionis*, n. 7/1995, p.22.

²¹ L. Giussani, *Una strana compagnia*, op. cit., p. 28.

²² Jr 32,27.

²³ L. Giussani, *Una strana compagnia*, op. cit., p. 29.

El fundamento de la esperanza, de la posibilidad de ser rescatados de la desmoralización, del decaimiento de la tensión del corazón hacia aquello para lo que está hecho, es que Dios se ha hecho hombre en Cristo. «Un hombre nuevo ha entrado en el mundo y, con él, un camino nuevo»²⁴: lo imposible se ha vuelto posible. Nos lo recuerda de forma conmovedora el cartel de Pascua: «Desde el día en que Pedro y Juan corrieron al sepulcro vacío y Le vieron después resucitado y vivo en medio de ellos, todo puede cambiar. Desde entonces y para siempre un hombre puede cambiar, puede vivir, revivir. La presencia de Jesús de Nazaret es como la linfa que desde dentro –misteriosa pero ciertamente– reverdece nuestra aridez y vuelve posible lo imposible: lo que para nosotros no es posible, no es imposible para Dios. De modo que una humanidad nueva apenas esbozada se hace visible, para quien tiene la mirada y el corazón sinceros, a través de la compañía de aquellos que Le reconocen presente, Dios-con-nosotros. Humanidad nueva, apenas esbozada, como el reverdecerse de la naturaleza amarga y árida»²⁵.

Amigos, tenemos que pedir al Espíritu la sencillez de reconocer a Cristo, de «levantar nuevamente la mirada desde nosotros mismos hacia esa presencia»²⁶ que ha salido a nuestro encuentro y dejar que ella penetre en nuestro corazón como el alba de un nuevo día.

Lo único que necesitamos es esta sencillez. «Todo se resume en tener un corazón de niño». ¿Qué significa esto? «Levantar la mirada de nuestros problemas, de los proyectos, de nuestros defectos, de los defectos ajenos, para mirar a Cristo resucitado. “Levantar la mirada desde nosotros mismos hacia esa presencia”. Es como si tuviese que soplar un viento que arrancase todo lo que somos; entonces el corazón se vuelve libre o recupera la libertad perdida, y sigue viviendo en la carne, es decir, se equivoca como antes [...], pero es como si hubiese entrado otra cosa en el mundo. Un hombre nuevo ha entrado en el mundo y, con él, un camino nuevo. “Mirad, se ha abierto un camino en el desierto, ¿no lo veis?”. En el desierto del mundo se abre un camino, es decir, se abre la posibilidad de “obras”, pero sobre todo de *una obra*. Las “obras” son la expresión de lo humano; la “obra” es un hombre nuevo, una compañía humana nueva»²⁷.

No existe otra posibilidad para recuperar el entusiasmo del comienzo que podemos haber perdido viviendo: «Sin esta sencillez, sin esta pobreza, si no tenemos la capacidad de levantar nuevamente la mirada de nosotros

²⁴ *Ibidem*, p. 34.

²⁵ L. Giussani, texto del cartel de Pascua 2018 de Comunión y Liberación.

²⁶ L. Giussani, *Una strana compagnia*, op. cit., p. 35.

²⁷ *Ibidem*, pp. 34-35.

mismos hacia esa presencia, es imposible una compañía que aleje de sí esa extrañeza última, [...] que llegue a ser de verdad una ayuda en el camino al destino [...]. Es necesario levantar la mirada de nosotros mismos para dirigirla a esta presencia, a la presencia de Cristo resucitado»²⁸. Levantar nuevamente la mirada de nosotros mismos para dirigirla a Su presencia es la única posibilidad para reconquistar nuestra vida y para salvar la compañía, superando esa extrañeza última entre nosotros de la que hablaba don Giussani.

Solo Cristo es capaz de responder a la espera que nos ha traído hasta aquí, como escribe uno de vosotros: «¡Espero estos Ejercicios como nunca en mi vida!», por citar uno de los muchos mensajes que han llegado llenos de esta espera.

En el punto álgido de la crisis del 68, Giussani decía a los amigos del Centro Péguy: «Es necesario que termine un periodo y que comience otro: el definitivo, el maduro, el que puede aguantar el desgaste del tiempo, más aún, el desgaste de toda la historia, porque ese anuncio que empezó a sorprender a dos personas (capítulo primero de san Juan), Juan y Andrés, hace dos mil años, ese anuncio, esa persona, es tal cual el fenómeno que nos ha traído hasta aquí y es el fenómeno que nos puede hacer permanecer en la Iglesia de Dios»²⁹.

Pidamos a Cristo que en estos días haga vibrar nuestro corazón de afecto por Él: es la única posibilidad de conocerlo de verdad, con un conocimiento que no sea nocional o intelectual. Identifiquémonos con la invocación que don Giussani toma prestada del *Stabat Mater* atribuido a Jacopone da Todì, al comentar la versión musical de Dvořák: *Fac ut ardeat cor meum in amando Christum Deum ut sibi complacem* (“haz que arda mi corazón de amor por Cristo Dios, a fin de que pueda complacerlo”). «¡Haz que arda todo en mí! Todo, hasta el último cabello. Haz que arda todo en mí, indigno, y sin embargo, hecho para cantar: “Te adoro, Redentor”. ¡Qué libertad, qué reconocimiento lleno de ardor!»³⁰.

Como habéis visto en las pantallas al entrar en el salón, este año hemos pensado proponeros una breve cita de don Giussani relativa al fragmento musical que estamos escuchando, como ayuda para identificarnos más con lo que está sucediendo. Los pasajes musicales que proponemos, como ya sabéis, no son casuales: don Giussani nos ha introducido a lo largo del

²⁸ *Ibidem*, p. 35.

²⁹ L. Giussani en A. Savorana, *Luigi Giussani. Su vida*, op. cit., p. 440.

³⁰ L. Giussani, «La festa della fede», en *Spirto Gentil. Un invito all'ascolto della grande musica guidata da Luigi Giussani*, a cargo de S. Chierici y S. Giampaolo, BUR, Milán 2011, p. 289.

tiempo en cada uno de ellos, precisamente por la potencia que pueden tener a la hora de favorecer nuestro silencio. Quien haya mirado las imágenes de Caravaggio mientras escuchaba *Fac ut ardeat* habrá podido experimentarlo. No es lo mismo estar distraído o usar el móvil que dejarse arrastrar por lo que está delante de nosotros; prestar atención es una forma de no reducir el alcance de lo que está sucediendo.

Tomemos, por ejemplo, lo que don Giussani nos dijo sobre una obra de Mozart, la *Gran Misa en do menor*, que tantas veces hemos escuchado en nuestros gestos: «Este canto bellísimo nos ayuda a recoger nos en un silencio agradecido, de forma que pueda nacer en el corazón, pueda brotar en el corazón la flor del “sí” por el cual el hombre puede actuar, puede ser colaborador del Creador [...]: amante del Creador. Como para la Virgen [...]: una relación sin límites llenaba su corazón y su tiempo. Si la intensidad religiosa de la música de Mozart –una genialidad que es don del Espíritu– penetrase en nuestro corazón, nuestra vida, con todas sus inquietudes, contradicciones y dificultades, sería bella como su música»³¹.

Yo deseo, junto a vosotros, dejarme educar cada vez más por el carisma para vivir el silencio, *este* silencio, que consiste en «que nuestro corazón y nuestra mente estén llenos de las cosas más importantes», de la presencia más decisiva para la vida. «El silencio [...] coincide con lo que nosotros llamamos memoria». En estos días que vamos a vivir juntos, «la memoria se verá favorecida por la música que escucharemos o por los cuadros que veremos [en las pantallas]; nos dispondremos así a mirar, a escuchar, a sentir con la mente y con el corazón lo que de algún modo Dios nos va a proponer»³² para dejarnos arrastrar, cautivar por Él.

Nuestra iniciativa en este sentido –la elección de una música determinada, de los cantos y de las imágenes– tiene como finalidad aprender a dejar espacio a Otro, que además es la única gran razón que nos puede haber traído hasta aquí.

Os pido, por ello, que prestéis especial atención al silencio en estos días, en los traslados desde los hoteles, a la entrada y a la salida de los salones. El gesto que vamos a vivir depende mucho de la colaboración de cada uno de nosotros: pido para mí y para todos nosotros que no desperdiciemos esta ocasión.

³¹ L. Giussani, «Il divino incarnato», en *Spirto Gentil*, op. cit., p. 55.

³² L. Giussani, *Dar la vida por la obra de Otro*, Ejercicios espirituales de la Fraternidad de Comunión y Liberación, Rimini, 8-10 de mayo de 1992; suplemento de *CL-Litterae communionis*, n. 7/1992.

SANTA MISA

Liturgia de la Santa Misa: Hch 13,26-33; Sal 2; Jn 14,1-6

HOMILÍA DE DON STEFANO ALBERTO

En aquella noche en la que, anticipando el sacrificio total de su muerte y la gloria de su resurrección, se entrega por completo a sí mismo, entrega su cuerpo como alimento y su sangre como bebida, Jesús se topa con la resistencia, con la desmoralización, con la extrañeza de los suyos. Pero usa la pregunta de Tomás –«Señor, no sabemos adónde vas, ¿cómo podemos saber el camino?»– para una increíble, genial y definitiva manifestación de Su ternura, de Su pasión por el destino del hombre. Evidentemente, dice: «Yo soy la verdad», también dice: «Yo soy la vida», pero antes –y esto nunca lo había dicho ningún hombre, y nadie podría decirlo después de Él–: «Yo soy el camino», que significa: «Yo soy esta iniciativa de comunión, esta presencia llena de pasión por tu destino. No soy solo el camino: yo soy compañía a lo largo del camino, en cada paso del camino». Es lo que está sucediendo esta noche, en este momento, después de veintiún siglos. «Mirad que realizo algo nuevo, ¿no os dais cuenta?».

Sábado 28 de abril, por la mañana

A la entrada y a la salida:

Wolfgang Amadeus Mozart, Gran Misa en do menor, K 427

Herert von Karajan – Berliner Philharmoniker

“Spirto Gentil” n.º 24, Deutsche Grammophon

Ángelus

Laudes

■ PRIMERA MEDITACIÓN

Julián Carrón

«¡Hemos conocido el amor que Dios nos tiene y hemos creído en él!»

Hay un «viaje»³³ que debemos realizar para conocer a Cristo en el sentido bíblico del término –como decía don Giussani–, si no queremos permanecer bloqueados en la extrañeza que provoca la lejanía de nuestro corazón con respecto a Él.

Digamos enseguida cuál es la perspectiva que Jesús presenta ante nuestros ojos. ¿A dónde nos quiere llevar? Lo escuchamos en el rezo del *Regina Coeli* el domingo pasado: «Conozco a mis ovejas y mis ovejas me conocen, igual que el Padre me conoce, y yo conozco al Padre»³⁴. Comentando estas palabras, el papa Francisco decía: «Jesús no habla de un conocimiento intelectual, sino de una relación personal de predilección, de ternura mutua, un reflejo de la misma relación íntima de amor entre Él y el Padre»³⁵. Todo lo que esté por debajo de esto no es conocimiento de Cristo y del Padre. Jesús quiere llevarnos a nosotros, sus ovejas, al mismo conocimiento, al mismo nivel de intimidad que Él, el pastor, tiene con el Padre: este es su objetivo.

¿Qué camino utiliza el Misterio para permitirnos un conocimiento semejante? «Dios es todo en todo», el Señor es todo, nos recordó muchas veces don Giussani. «El Señor es todo no por un esfuerzo de nuestro sentimiento, porque “sintamos” que es todo, no por un esfuerzo de nuestra voluntad, porque “decidamos” que sea todo, no por una actitud moralizante, porque

³³ C. Chieffo, «Il viaggio», *Cancionero*, Comunión y Liberación, Madrid 2004, p. 335.

³⁴ Jn 10,14-15.

³⁵ Francisco, *Regina Coeli*, 22 de abril de 2018.

“deba” ser todo, sino por naturaleza»³⁶. Esta es la verdad, y es así desde el principio: es clara en sí misma y no depende de nuestro sentimiento, de nuestra voluntad, de nuestra decisión. Pero pide ser descubierta por el hombre, conocida en el sentido que hemos dicho, para que llegue a moldear la vida. Por tanto, ¿cómo puede penetrar en el corazón? Únicamente si sucede.

Esta es la condición del conocimiento en el sentido bíblico del término: un acontecimiento. Que el Señor sea el Señor, es decir, que Dios sea todo para el hombre, que Él sea familiar en la vida de sus criaturas, no se ha hecho evidente a fuerza de reflexiones, como conquista de un «saber», sino a través de una modalidad que invierte la dirección: Dios se revela como Señor del hombre a través de la historia interviniendo en ella. Escribe don Giussani: «Que el Señor sea el Señor [...] es algo que se ha hecho evidente en el marco de la intervención suya en la historia, por medio de su desvelamiento histórico»³⁷.

La historia bíblica –una historia precisa, particular, constituida por hechos concretos– es la documentación del desvelamiento de Dios. La historicidad se convierte en la dimensión fundamental de la comunicación de Dios. Y es exactamente lo que nos ha sucedido a nosotros, dentro de esta «historia particular» que es el movimiento.

Así recuerda Giussani cómo fue para él el comienzo, ¡se acuerda incluso de la hora!: «Lo recuerdo como si fuera hoy: liceo clásico Berchet, nueve de la mañana, primer día de clase, octubre de 1954. Recuerdo el sentimiento que tenía mientras subía los pocos escalones que hay a la entrada del liceo: era un entusiasmo ingenuo, un atrevimiento [...]. Me veo en ese momento, con el corazón totalmente lleno del pensamiento de que Cristo es todo para la vida del hombre, es el corazón de la vida del hombre: esos jóvenes tenían que empezar a oír y a aprender este anuncio para su felicidad. [...] Digo estas cosas porque constituyen el único motivo, la única finalidad y la única raíz de la que surgió nuestro movimiento. Y si nuestro movimiento ha atravesado momentos de desviación, de superficialidad o de distracción, es exclusivamente porque se ha debilitado u olvidado este objeto único de todo nuestro esfuerzo y de toda nuestra iniciativa. Un gran entusiasmo, por tanto»³⁸.

En el comienzo de esta historia particular está contenido el método de cada momento del recorrido posterior. Pero justamente porque la verdad se hace presente según este método –un desvelamiento histórico–, a lo largo de

³⁶ L. Giussani, *El rostro del hombre*, Encuentro, Madrid 1996, p. 24.

³⁷ *Ibidem*.

³⁸ L. Giussani, *Un avvenimento di vita, cioè una storia*, a cargo de C. di Martino, EDIT-Il Sabato, Roma 1993, pp. 336, 338.

la historia puede perder su evidencia, su luminosidad, puede debilitarse o ser olvidada. Benedicto XVI nos recordaba la razón de esto en la *Spe salvi*: «Un progreso acumulativo solo es posible en lo material. [...] En el ámbito de la conciencia ética y de la decisión moral, no existe una posibilidad similar de incremento, por el simple hecho de que la libertad del ser humano es siempre nueva y [...] debe ser conquistada para el bien una y otra vez. La libre adhesión al bien nunca existe simplemente por sí misma»³⁹.

Ante la decadencia de cada uno, ¿quién no sorprende dentro de sí mismo, en los momentos de mayor lucidez, el deseo de ser conquistado de nuevo? ¿Y cómo sucede esto? Nada puede ayudarnos más a responder a esta pregunta que identificarnos con Dios, con la preocupación de Dios, que quiere atraernos para que nuestra vida no se pierda, y que ha utilizado todas las circunstancias de la historia de su pueblo para darse a conocer cada vez más. Por ello, volvamos al comienzo para aprender de nuevo lo que ya creíamos saber.

No he podido releer lo que dice von Balthasar en *El compromiso del cristiano en el mundo*⁴⁰, reeditado recientemente en Italia, sin tener presente la urgencia de esta vuelta a los orígenes. Quizá la conciencia, madurada en muchas ocasiones, de que no es suficiente saber o haber experimentado algo en un momento determinado para que siga estando presente, nos haga estar más disponibles, más atentos para dejarnos sorprender por cómo ha hecho y hace Dios las cosas.

1. El comienzo: un acto de elección

«Todos los pueblos de la antigüedad tienen sus dioses, pero el Dios de Israel se distingue de los demás por el hecho de que es el primero que crea al pueblo que lo adora a través de un acto de elección único [...]. En el origen de todo se sitúa la libre iniciativa divina. [...] “Si el Señor se quedó prendado de vosotros y os eligió, no fue por ser vosotros más numerosos que los demás, [...] sino por puro amor a vosotros”»⁴¹.

Solo a través de la experiencia de ser elegidos se puede conocer a Dios. Lo expresa con claridad el diálogo de Moisés con Dios: «Tú me has dicho [Moisés se dirige a Dios]: “Yo te conozco personalmente y te he concedido mi favor”. Ahora bien, si realmente he obtenido tu favor, muéstrame tus designios, para que yo te conozca y obtenga tu favor»⁴².

³⁹ Benedicto XVI, Carta encíclica *Spe salvi*, 24.

⁴⁰ H. U. von Balthasar – L. Giussani, *El compromiso del cristiano en el mundo*, Encuentro, 1981.

⁴¹ H. U. von Balthasar, «Significado de la antigua alianza», en *Ibidem*, p. 19.

⁴² Ex 33,12-18.

Conocer significa obtener el favor de Dios, ser preferidos por Él. «El ángel le dijo: “No temas, María, porque has encontrado gracia ante Dios”»⁴³. Es la preferencia, la iniciativa que Dios emprende, no una capacidad del hombre, lo que funda la posibilidad de conocerle a Él y de conocerse a uno mismo. Cada uno de nosotros, el rostro de cada uno de nosotros «es» esta preferencia, este gesto absolutamente único de preferencia. Como dice von Balthasar: «El amor de Dios hacia mí hace de mí lo que en definitiva soy: él instaura el yo que Dios quiere ver ante sí y tener para sí, un yo vuelto hacia él. El amor que elige convierte al “sujeto” o “individuo” genérico que el hombre sería por sí mismo en una persona. Dios es absolutamente único y, en la medida en que me otorga su amor que elige, me hace único también a mí»⁴⁴. ¡Qué impresión escuchar estas cosas!

«La libre elección y la iniciativa de Dios son la forma concreta en que la gracia aparece entre los hombres. Se podría pensar que esta gratuita y soberana acción de Dios la convierte en un poder soberano y arbitrario y, por consiguiente, rebaja al hombre a la condición de siervo condenado a la pura obediencia; ahora bien, la libre elección de Dios no es, ante todo, una demostración de poder, sino de amor». La finalidad de Su gracia no es hacer al hombre esclavo de un nuevo poder, sino liberarlo: «La acción que Dios realiza es mi liberación. El hecho de que Dios me haya liberado de la “Casa de la servidumbre” no puede tener como finalidad someterme a la nueva, la sujeción a él. Por el contrario, la finalidad de aquella acción es guiar al hombre hacia la libertad eterna. El fundamento de la elección es hacer coincidir la libertad divina con la meta de la elección, que es participar de la misma libertad de Dios»⁴⁵.

¿Cómo puede el hombre –cada uno de nosotros– verificar si son palabras dichas sin ton ni son o si es verdad que la finalidad de la iniciativa de Dios es la propia liberación? La respuesta a esta pregunta caracteriza el desvelamiento de Dios en la historia: la verificación de la promesa de liberación hecha por Dios es nuestra participación en la libertad misma de Dios. Yo sé que conozco a Dios porque me hace libre. Pero con una condición: acogerlo. Se necesita mi respuesta, que yo acoja Su preferencia, porque mi liberación no puede darse sin mí. Para liberarme, Dios necesita mi libertad. «Si el hecho de la elección de Dios es, ante todo, este amor insondable, la respuesta que espera del hombre, mejor dicho, la respuesta de la que tiene necesidad, es un “sí” pronunciado en una actitud de total obediencia y disponibilidad,

⁴³ Lc 1,30.

⁴⁴ H. U. von Balthasar, «Significado de la antigua alianza», en *Ibidem*, p. 29.

⁴⁵ *Ibidem*, pp. 20-21.

un “sí” que responda con agradecimiento a ese amor». Solo si el pueblo secunda la elección podrá ver el cumplimiento de la promesa: «Dios conducirá al pueblo fuera de Egipto, lo hará atravesar el mar, ahogará a sus perseguidores, lo alimentará y le dará de beber milagrosamente en el desierto. Pasará en forma de nube de fuego y de humo señalando al pueblo entero las etapas del camino: allí donde se detenga la nube, deberá acampar el pueblo; cuando se ponga en movimiento deberá levantar las tiendas y emprender de nuevo la marcha siguiendo siempre a Dios». Es impensable que los dos factores puedan darse la vuelta en algún momento, puedan invertirse, y que «Israel vaya delante y Dios le siga. Docilidad ante el Dios que lleva a cabo la elección y aceptación de sus caminos son las primeras cualidades que se exigen a Israel. [...] Toda la obediencia es educación en esta libertad. La frase “Sed santos como yo lo soy”, rectamente entendida [...] significa: “Sed libres como yo soy libre”». Ser santos, ser libres significa entonces «depositar su confianza únicamente en la libertad de Dios»⁴⁶. Es la condición que pide el Señor para que podamos ser verdaderamente libres.

Pero esto –observa con agudeza von Balthasar– implica que el comienzo nunca llega a ser algo pasado. El comienzo es «la fuente de la que jamás puede uno separarse. Incluso después, en seguida, cuando se produzcan las consecuencias, habrá de tenerse siempre presente esta premisa; ni por un instante puede ser olvidada. Nuestra libertad es inseparable del hecho de haber sido liberados»⁴⁷.

Nuestra libertad es inseparable del hecho de ser constantemente liberados, ayer al igual que hoy. «Querido Julián, acabo de pasar un periodo complicado. Ha habido un momento en el que he pensado que seguir a Cristo ya no era necesario, y me he alejado pensando que en el fondo no cambiaría nada. Pero después he empezado a vivir mal, todo me resultaba insuficiente. Y no es que no percibiese mi malestar y mi tristeza, pero tenía miedo de admitirlo. En el fondo, tenía miedo de reconocer que solo necesito sentir a Cristo presente en mi vida, que tengo necesidad de Él para aceptar esas circunstancias que uno solamente puede acoger. No te hablo de una aceptación resignada de la realidad. Te hablo de un modo nuevo de afrontar circunstancias nuevas. Y entonces he cedido y he empezado a vivir de nuevo. Si falta esta compañía, si falta Cristo presente, es imposible vivir». Separados de Él, nuestra vida camina hacia el desastre.

En el momento en que nos adueñamos de nuestra libertad, olvidando que se nos regala una y otra vez, la perdemos, porque no podemos sepa-

⁴⁶ *Ibidem*, pp. 21-22.

⁴⁷ *Ibidem*, p. 22.

rarla del hecho de que hemos sido liberados. Y esto no podemos olvidarlo nunca. «Cuando el Señor, tu Dios, te introduzca en la tierra que había de darte [...] guárdate de olvidar al Señor que te sacó de Egipto, de la casa de esclavitud»⁴⁸. Todo el esfuerzo pedagógico de Dios tiene como objetivo que el pueblo tenga esta conciencia: nuestra libertad es inseparable del hecho de que somos liberados constantemente; por tanto, no podemos separarnos de esta fuente que es Su acción, Su preferencia, Su presencia. ¡Cómo cambiaría todo si fuésemos conscientes de ello!

Si no comprendemos el método de Dios, si no reconocemos el nexo entre nuestra experiencia de libertad y su iniciativa, inevitablemente nos alejaremos del origen. ¿Cómo? Dándolo por supuesto, tratándolo como algo ya sabido. Pero frente a las circunstancias que nos apremian, ¿qué hacemos con lo que damos por sabido? Nos damos cuenta de que la tentación kantiana es también la nuestra: separarnos de la fuente, reduciendo la vida cristiana a doctrina cristalizada o a ética⁴⁹. Pero la vida cristiana es siempre un don gratuito y libre de Dios a nosotros, surge una y otra vez de Su iniciativa presente, de Su acontecimiento ahora, y separarla de esa fuente reduciéndola a lo que tenemos nosotros en la cabeza, a nuestras interpretaciones, significa volver a la esclavitud, lo queramos o no. Por eso, como decíamos ayer citando a don Giussani, el error fundamental es dar por descontada la fe, dar por descontado el punto del que surge toda la novedad que experimentamos en la vida.

El pueblo de Israel sucumbe continuamente a esta tentación. En lugar de seguir a Dios, que obra en el presente, de seguir Su indicación, decide actuar por su cuenta. Es un consuelo ver que, exactamente como nosotros, el pueblo de Israel tuvo que aprender, paso a paso, cayendo continuamente, el método de Dios. Es muy iluminador el caso del rey Saúl. Determinado por completo por el miedo ante la inminente victoria de los filisteos, decide no esperar al profeta Samuel, como le había mandado Dios, y ofrece él mismo el sacrificio. La situación apremia, los enemigos están derrotando al pueblo, y entonces decide actuar por su cuenta. A su llegada, Samuel reprende a Saúl: «Has sido un insensato. No has guardado el mandato que el Señor, tu Dios, te había ordenado»⁵⁰. Saúl no ha comprendido. Partiendo de su análisis de la situación, pensaba que había entendido el sentido del mandato del Señor, pero había

⁴⁸ Dt 6,10-12.

⁴⁹ «De hecho, se puede creer tranquilamente que, si el Evangelio no hubiese enseñado primero las leyes éticas universales en su pureza integral, la razón no las habría conocido en su plenitud. Aunque ahora, dado que ya existen, cada uno puede estar convencido de su adecuación y validez mediante la mera razón» (I. Kant, *Lettera a F.H. Jacobi*, 30 agosto 1789, en Id., *Questioni di confine: saggi polemici 1786-1800*, Marietti, Génova 1990, p. 105).

⁵⁰ 1 S 13,13.

olvidado que el protagonista era Otro. De hecho, a Dios no le interesaba el sacrificio, sino que el pueblo empezase a comprender y a fiarse de Él.

Y el criterio que permite verificar si el pueblo de Israel parte del acontecimiento que le ha sucedido –la preferencia de Dios, Su iniciativa hacia él– o de una impresión de las cosas es cómo afronta la realidad. Su historia muestra que en muchas ocasiones la presunción de abrir por sí mismo el camino hacia la libertad lo ha llevado inexorablemente a la esclavitud. Esto vale también para nosotros. La comprobación es inmediata y la podemos experimentar en nuestra carne: pretender abrirnos camino hacia la libertad partiendo de nuestras impresiones o análisis nos conduce siempre a alguna forma de esclavitud⁵¹.

2. «Por estos hechos sabrás que yo soy el Señor»

¿Cómo se da a conocer el Señor hasta el punto de entrar en las entrañas del pueblo, hasta ser familiar para el pueblo?

A través de un método bien preciso: una iniciativa continua en la historia, que tiene como finalidad hacernos saber quién es Él, no en los términos de una definición teórica, sino como Presencia real que cuida de su pueblo. Es impresionante cómo liga la Biblia la experiencia del pueblo de Israel al conocimiento de Dios. Ninguna abstracción, ninguna cristalización en doctrina, sino una promesa que se convierte en realidad histórica. Se trata de experiencia pura, verificada, porque la experiencia no es tal si no llega hasta el reconocimiento del origen que la hace posible.

Dios se dirige a Moisés: «Diles a los hijos de Israel: “Yo soy el Señor”». ¿Y cómo pueden verlo? ¿En qué pueden reconocerlo? He aquí la respuesta: «Os sacaré de los duros trabajos de Egipto, os rescataré de vuestra esclavitud, os redimiré con brazo extendido y con grandes juicios. Os adoptaré como pueblo mío y seré vuestro Dios. [Así] sabréis que yo soy el Señor vuestro Dios, que os saca de los duros trabajos de Egipto. Os llevaré a la tierra que prometí con juramento a Abrahán, Isaac y Jacob, y os la daré en posesión: Yo, el Señor»⁵². El pueblo verifica quién es Dios de verdad en el cumplimiento de la promesa: «Yo soy el Señor, tu Dios, que te saqué de la tierra de Egipto, de la casa de esclavitud»⁵³.

Esto es lo que Israel ha aprendido por experiencia, lo que debe custodiar. De hecho, Dios invita a cada miembro del pueblo a «recordar [...] los signos

⁵¹ Cf. H. U. von Balthasar, «Significado de la antigua alianza», en *Ibidem*, pp. 22-23.

⁵² Ex 6,6-7.

⁵³ Dt 5,6.

que realicé en medio de ellos. Así sabréis que yo soy el Señor»⁵⁴. Solo si esta acción de Dios es juzgada, reconocida y conservada viva en la memoria, podrá determinar la acción de cada uno y de todo el pueblo, podrá constituir el origen de su forma de estar frente a todo. De hecho, toda la ética, la forma de estar delante de la realidad, «brota necesariamente del fundamento religioso», es decir, de la actuación de Dios. Porque ese fundamento «no es mi relación con Dios o mi actitud hacia él, sino el comportamiento originario de Dios para conmigo. Su acción salvífica es el fundamento de todo, y este todo me incluye a mí y a mi pueblo»⁵⁵.

Por ello, la libertad del pueblo se expresa en una respuesta que surge siempre ante la iniciativa de Dios y encuentra en ella su origen: «Pues yo soy el Señor, el que os subí de la tierra de Egipto, para ser vuestro Dios. Sed santos porque yo soy santo»⁵⁶. Una invitación que, como señala von Balthasar, significa: «Sed libres como yo soy libre». Y como Dios se muestra verdadero, real e incidente hasta el punto de dar cumplimiento a su promesa de liberación, los israelitas se ven liberados de la idolatría y pueden ser verdaderamente libres: «No acudáis a ídolos», no los necesitáis, «ni os hagáis dioses de fundición. Yo soy el Señor vuestro Dios»⁵⁷.

Hay una cuestión que no se nos debe escapar: el conocimiento de Dios no se produce a pesar de la rebelión del pueblo, sino pasando a través de ella. El Señor se da a conocer precisamente al responder a la rebelión y al olvido, como sucedió ante las murmuraciones del pueblo de Israel. Dios utiliza esta ocasión para desafiar a su pueblo con una nueva iniciativa: «He oído las murmuraciones de los hijos de Israel [le dice a Moisés]. Diles: “Al atardecer comeréis carne, por la mañana os hartaréis de pan; para que sepáis que yo soy el Señor”»⁵⁸. Es la modalidad constante mediante la cual Dios se da a conocer a su pueblo. En esto «reconocerán que yo soy el Señor, su Dios, que los sacó de la tierra de Egipto». Y a continuación añade: «Para morar en medio de ellos. Yo soy el Señor su Dios»⁵⁹.

Es decir, la finalidad es que Su presencia se vuelva familiar —«morar en medio de ellos»—, porque solo el conocimiento progresivo de Dios, una certeza cada vez mayor de Su presencia, les permitirá afrontar las circunstancias sin miedo: «Porque yo, el Señor, tu Dios, [...] te digo: “No temas”»⁶⁰.

⁵⁴ Ex 10,2.

⁵⁵ H. U. von Balthasar, «Significado de la antigua alianza», en *Ibidem*, p. 29

⁵⁶ Lv 11,45.

⁵⁷ Lv 19,4.

⁵⁸ Ex 16,12.

⁵⁹ Ex 29,46.

⁶⁰ Is 41,13.

Pero uno no deja de tener miedo solo porque alguien le diga: «No temas». Hace falta que esa presencia haya entrado en las entrañas de su yo, que se trate de una presencia que se ha demostrado creíble dentro de una historia. De hecho, la única base adecuada de la confianza es una historia vivida. Todo cuanto Dios ha hecho y hace tiene un fin: «Para que sepas que yo soy el Señor» y así puedas fiarte de Él. En caso contrario, nunca lo sabríamos.

A fuerza de verificarlo una y otra vez, el pueblo llega a conocer cada vez más quién es su Señor: «Te daré los tesoros ocultos, / las riquezas escondidas, / para que sepas que yo soy el Señor, / el Dios de Israel, que te llamó por tu nombre»⁶¹. Dios dispensa tesoros y riquezas entre su pueblo para que este sepa que Él es el Señor, para que pueda conocerle cada vez más por lo que es, y pueda llegar a una familiaridad con Él, abandonándose confiado a Él. Y, por otra parte, la familiaridad con Él hace que resulte accesible una profundización nueva en la relación con la realidad, algo que está oculto para la mayoría.

Por desgracia, el pueblo de Israel no comprende muchas veces, se muestra ciego y obtuso. Como expresa la comparación usada por el Señor: «El buey conoce a su amo, y el asno el pesebre de su dueño; Israel no me conoce, mi pueblo no comprende»⁶². El pueblo de Israel no comprende, se obstina continuamente en su presunción, cede a la tentación de actuar por su cuenta. Dios conoce demasiado bien a sus criaturas, y sabe que si Su acción, Su iniciativa, no llega a alcanzar el corazón, se quedará fuera del hombre y este, como consecuencia, no Le conocerá por experiencia: una experiencia íntima, personal, profunda, que ya no pueda ser eliminada, que llegue a determinar su forma de vivir la realidad. Por ello, para hacer frente a este obstáculo, Dios toma una iniciativa nueva: «Les daré un corazón capaz de conocerme: sabrán que yo soy el Señor. Ellos serán mi pueblo y yo seré su Dios cuando vuelvan a mí de todo corazón»⁶³. Así «reconocerán que yo soy el Señor, su Dios. Entonces les daré un corazón bien dispuesto y unos oídos atentos»⁶⁴.

Dios establecerá con su pueblo una nueva alianza que llegue hasta el corazón: «Esta será la alianza que haré con ellos después de aquellos días –oráculo del Señor–: pondré mi ley en su interior y la escribiré en sus corazones»⁶⁵. «Os daré un corazón nuevo, y os infundiré un espíritu nuevo»⁶⁶, un corazón que se deje impregnar y determinar por Su presencia.

⁶¹ Is 45,3.

⁶² Is 1,3.

⁶³ Jr 24,7.

⁶⁴ Ba 2,31.

⁶⁵ Jr 31,31-33.

⁶⁶ Ez 36,26.

Los israelitas podrán reconocer la novedad de esta alianza por la novedad de sus frutos, según el método con el que Dios los ha educado para reconocerle presente; a través de ellos sabrán quién es el Señor. «Aquel día fortaleceré el poder de la casa de Israel. A ti te concederé hablar en medio de ellos, y reconocerán que yo soy el Señor»⁶⁷. «Yo mismo abriré vuestros sepulcros, y os sacaré de ellos, pueblo mío, y os llevaré a la tierra de Israel. Y cuando abra vuestros sepulcros y os saque de ellos, pueblo mío, comprenderéis que soy el Señor»⁶⁸, y podréis dejar de vivir las circunstancias como una tumba.

Dios emprende una iniciativa nueva con el fin de vencer el formalismo con que el pueblo se relaciona con Él.

«Dice el Señor: “Este pueblo me alaba con la boca y me honra con los labios, mientras su corazón está lejos de mí, y el culto que me rinde se ha vuelto precepto aprendido de otros hombres; por eso yo seguiré asombrando a este pueblo con prodigios maravillosos: perecerá la sabiduría de sus sabios, y se eclipsará la inteligencia de sus hombres inteligentes”»⁶⁹. Si la relación con Dios es formal –con la boca y con los labios–, el pueblo no conoce al Señor; su corazón, que es el órgano de conocimiento y de adhesión, está lejos de Él y la relación con Él queda reducida a preceptos humanos. ¡Impresionante! Pero esto no detiene al Señor, que toma nuevamente la iniciativa –«Yo seguiré asombrando a este pueblo con prodigios maravillosos»–, de modo que el asombro sea posible de nuevo, y así Israel Le conozca verdaderamente y pueda fiarse de Él. El camino no será el de los «sabios» y los «inteligentes»: «Perecerá la sabiduría de sus sabios, y se eclipsará la inteligencia de sus hombres inteligentes».

Estamos en el albor de un nuevo día.

3. «Radicalización» del compromiso de Dios con el hombre

¿Qué hizo Dios para ayudarnos a vencer el formalismo –esta lejanía en la que nuestro corazón se encuentra con respecto a Él– al que tantas veces sucumbimos? ¿Qué ha hecho para que nos resulte más fácil conocerle? Ha tomado una iniciativa audaz: se ha implicado con el hombre hasta hacerse hombre Él mismo. Es el acontecimiento de la Encarnación. En Jesús, Dios se ha convertido en «una presencia afectivamente atractiva»⁷⁰, hasta el punto de desafiar como nadie nuestro corazón. Al hombre le basta con ceder al

⁶⁷ Ez 29,21.

⁶⁸ Ez 37,12-13.

⁶⁹ Is 29,13-14.

⁷⁰ L. Giussani, *La autoconciencia del cosmos*, Encuentro, Madrid 2002, p. 249.

atractivo vencedor de Su persona. Como le sucede al enamorado: es la presencia fascinante de la persona amada la que despierta en él toda su energía afectiva; le basta con ceder a la fascinación de aquella que tiene delante. Por eso los discípulos de Jesús se apegaron inmediatamente a Él. Cuanto más estaban con Él, más se apegaban a Él. Pero la suya «no era una adhesión sentimental», como siempre nos decía don Giussani, «no era un fenómeno emocional»; era «un juicio lleno de estima, [...] una estima maravillosa»⁷¹ lo que les hacía apegarse.

«Jesús era un hombre como los demás, alguien que entraba perfectamente en la definición de hombre; pero ese hombre dijo de sí mismo cosas que otros no decían, hablaba y actuaba de un modo distinto al de todos. Signo de todos los signos. Quienes habían sido tocados por su pretensión, sentían, miraban y trataban su realidad como signo de otra cosa: remitía a otra cosa. Como se ve con claridad en el Evangelio de Juan, Jesús no concebía la fascinación que suscitaba en los demás como algo que se refería a sí mismo, sino al Padre: se dirigía a él mismo para que Él nos pudiera conducir al Padre»⁷². Así es como Dios se ha dado a conocer y sigue haciéndolo. Jesús lo dice sintéticamente: «Creedme: yo estoy en el Padre y el Padre en mí. Si no, creed a las obras»⁷³.

Jesús se inserta en esta historia de salvación en la cual el pueblo ha sido educado por Dios para reconocer, a través de Sus obras, que Él es el Señor. El gran exegeta Schlier explica por qué este reconocimiento no es mecánico, incluso con la nueva e inaudita cercanía de Dios al hombre en Jesús: «Las acciones portentosas de Cristo, en las que se manifiestan las obras de Dios, estas acciones u obras son “signos” en los que el episodio remite a algo distinto que lo trasciende y en el que se produce simultáneamente revelación y escondimiento, de modo que solo pueden ser reconocidos por quien comprende su carácter de manifestación, es decir, por quien aferra la gloria de Dios que se manifiesta en ellos. De este modo la muchedumbre alimentada de forma milagrosa ha reconocido en Cristo, a través del prodigio, al “profeta” que “tiene que venir al mundo” (Jn 6,14s), y quieren por ello “hacerlo rey”. Pero de ella dice Cristo: “En verdad, en verdad os digo: me buscáis no porque habéis visto signos, sino porque comisteis pan hasta saciaros” (6,26). Ellos, que han visto con sus ojos el signo (= la acción milagrosa de Cristo), no lo han reconocido *como* signo, es decir, como referencia a un saciarse

⁷¹ L. Giussani, *El atractivo de Jesucristo*, op. cit., p. 11.

⁷² L. Giussani, *El hombre y su destino. En camino*, Encuentro, Madrid 2003, p. 127.

⁷³ Jn 14,11.

bien distinto y a un pan bien distinto»⁷⁴. No era suficiente ver a Jesús realizar un prodigio para comprender, como nos pasa a nosotros muchas veces.

Con el fin de introducirnos en esa comprensión, el mismo Jesús nos ofrece el significado verdadero y completo de sus acciones. De hecho, escribe Schlier: «Las obras de Cristo, al ser milagros, es decir, signos, están estrechamente conectadas con las palabras del mismo Cristo. [...] El milagro desemboca en la palabra. La palabra hunde sus raíces en el milagro. [...] De ambas, de las obras y de las palabras de Cristo, se dice que manifiestan (2,11; 9,3; 17,6)». ¿Qué manifiestan? A Cristo mismo. «Con las palabras y los milagros Cristo se manifiesta en el fondo a sí mismo. Sus palabras y sus milagros son revelaciones de sí mismo [...] “Las obras que yo hago en nombre de mi Padre, esas dan testimonio de mí” (10,25; cf. 5,36)». Cristo «*da testimonio* de sí mismo y, en sí mismo, del Padre»⁷⁵.

El testimonio de Jesús alcanza su culmen en su entrega al Padre por el mundo. «Cuando levantéis en alto al Hijo del hombre, sabréis que Yo soy». Y ese «Yo soy el Señor» –que vemos repetido con tanta frecuencia en el Antiguo Testamento– ahora lo dice Uno que va a ser clavado en la cruz. Él mismo añade: «No hago nada por mi cuenta, sino que hablo como el Padre me ha enseñado»⁷⁶. Esta es la suprema manifestación del Señor, que hace posible conocer a Dios en el sentido bíblico del término.

La convivencia ha hecho que Jesús les resulte tan familiar a los discípulos que al final lo reconocen. Cuando se sienta a comer con ellos a orillas del lago después de la resurrección, Juan anota en su Evangelio. «Ninguno de los discípulos se atrevía a preguntarle quién era, porque sabían bien que era el Señor»⁷⁷.

A través del don de Sí hasta la muerte llega a su culmen el compromiso extremo de Dios por el mundo. La radicalidad de este compromiso se ve porque hace posible un tipo de libertad completamente nuevo. «El compromiso definitivo de Dios en Jesús va seguido de la liberación definitiva de la que hablan Juan y Pablo: liberación no solo de los poderes políticos, sino de todos los poderes cósmicos del destino, del yugo del pecado, del alejamiento de Dios, de la vanidad del mundo, de la vaciedad y, finalmente, de la muerte: todos esos poderes han sido “neutralizados”, “puestos fuera de combate”, “destruidos”», por la acción y el atractivo vencedor de Otro. «Y esto solo era posible –continúa von Balthasar– si ellos eran vencidos no desde fuera o desde

⁷⁴ H. Schlier, *Riflessioni sul Nuovo Testamento*, Paideia, Brescia 1976, pp. 334-335.

⁷⁵ *Ibidem*, pp. 335-336.

⁷⁶ Jn 8,28.

⁷⁷ Jn 21,12.

arriba, sino desde el interior; y fueron neutralizados desde dentro porque Dios se anonadó a sí mismo en el Hijo, haciéndose obediente hasta la muerte»⁷⁸.

La nueva libertad que se nos regala pone de manifiesto la diferencia entre la liberación política de Egipto y esta liberación incomparable, mucho más profunda que aquella inicial, porque afecta a todos los poderes, desde el pecado y lo efímero hasta la muerte. Y esto muestra lo enormemente diferente que es el conocimiento en el que somos introducidos. Por eso subraya Balthasar que «el compromiso de Dios “por nosotros” no consiste únicamente en el perdón externo de nuestros pecados, en un acto puramente vicario en el que no tenemos ninguna participación, tal como algunos se imaginan el acontecimiento de la justificación. Más bien hay que decir que este compromiso nos alcanza en nuestro núcleo más personal». ¡Nos hace nuevos! Nos confiere una «dignidad personal delante de Dios»⁷⁹.

La novedad de esta libertad con respecto a los poderes, a las alienaciones, al pecado y a lo efímero se vuelve evidente para quien acepta seguirle a Él dentro del recorrido humano, en el que aparece cada vez más claro el origen de esta novedad. Escuchemos el relato de esta joven amiga nuestra:

«Desde el año pasado estoy haciendo un camino de preparación para el bautismo. Estudié Secundaria en el Sacro Cuore, adonde llegué por casualidad. Se me quedó grabado el primer Triduo Pascual en el que participé. Comprendía pocas cosas, pero me atraía la belleza de aquella compañía de personas que estaban juntas de forma distinta. ¿Cómo era posible reunir a miles de chicos de dieciocho o diecinueve años delante de un sacerdote? No era un concierto, no era un partido de fútbol, y sin embargo allí estábamos todos, y las palabras que escuchaba no me parecían en absoluto lejanas; es más, ese sacerdote desconocido hablaba de mí. Allí empecé a percibir la grandeza del encuentro que tuve; me costaba identificarlo con Cristo, pero empezó a fascinarme mucho. En aquellos años de colegio, Jesús me hizo el regalo de percibir Su rostro humano en una gran amiga, Lucía. La mirada que tenía sobre mí me llenaba cada vez más de curiosidad. Nada más llegar a la universidad, busqué gente del movimiento, pero después lo abandoné todo. Pensé que lo que había encontrado no era tan verdadero, o por lo menos no era suficiente para mi vida, y consideré que también sin ello podría vivir bien. En febrero de ese año, después de pasar unos días de vacaciones en Ámsterdam con un grupo de amigos, volví a casa muy triste, me sentía completamente vacía; recuerdo que me pasé toda una semana llorando. En ese momento volví a la Escuela de

⁷⁸ H. U. von Balthasar, «Sentido de la nueva Alianza», en H. U. von Balthasar – L. Giussani, *El compromiso del cristiano en el mundo*, op. cit., pp. 32-33.

⁷⁹ *Ibidem*, p. 34.

comunidad con una gran añoranza dentro de mí, y allí encontré personas con las que compartir mi necesidad, y poco a poco empecé a ver nuevamente esa diferencia que había encontrado en el colegio. En estos años que he pasado junto a esta compañía de amigos, he empezado lentamente a intuir qué hay en el origen de esta compañía, qué quiere decir que estos amigos son la memoria de Cristo. El año pasado, a finales de enero, después de cuatro meses de caritativa en una comunidad de acogida de menores con dificultades, pedí poder entrar en esta historia. Cada vez que vamos a la caritativa, empezamos leyendo juntos *El sentido de la caritativa*, en donde se dice que “lo que necesitan no lo sé yo, no lo mido yo, no lo tengo yo. Es una medida que no poseo, que está en Dios”; y también: “Precisamente porque les queremos, descubrimos que *no somos nosotros quienes les hacemos felices*. [...] Es Otro quien puede hacernos felices. ¿Quién es la razón de todo? ¿Quién lo hace todo? Dios”. Esas dos horas en la caritativa no se quedaban ahí, sino que me ayudaban a tener una mirada más tierna sobre mí misma en primer lugar, y también sobre mi familia y mis amigos. Es precisamente este cambio que se ha producido en mí lo que me ha atraído totalmente. Al vivir dentro de la relación con Él, todo ha cobrado gusto. Sentía que era distinta, me he sorprendido queriendo a la gente que está junto a mí de una forma completamente nueva. Esa belleza no podía ser fruto de mi capacidad. El bautismo [que recibió el sábado 31 de marzo, en la Vigilia pascual] es precisamente decirle sí a Cristo, con un gran deseo de ser completamente aferrada por Él. Porque solo Él responde a mi deseo infinito de ser amada. Es dramático, porque soy humana y soy libre, y cada día es una lucha, pero esta nostalgia y a la vez esta belleza son tan potentes que solo Él las puede generar. Me sorprende ante este modo de vivir completamente distinto y nuevo. Es vertiginoso pensar que estamos juntos “solo” porque hemos recibido una gracia y hemos decidido caminar juntos secundando nuestro primer “sí”. ¡Qué potencia tiene! ¿Cómo es posible que yo, con mi mal carácter, con todos mis errores, con lo pobrecilla que soy, tenga ante mí personas que me perdonan siempre y me miran como un bien para ellas? ¿Cómo es posible que hasta mis padres se hayan dado cuenta de esta diferencia que se ha introducido en mi vida? Es increíble lo que Jesús puede generar si vivimos con Él. Cuando en algún momento me cuesta, pienso que este encuentro es una tomadura de pelo, que preferiría vivir “despreocupada y tranquila” como mis compañeros de clase. Pero luego, si lo pienso seriamente, no renunciaría a ello por nada en el mundo. ¿Cómo podría irme? ¿A dónde iría?».

Hechos como estos, análogos a los que sucedían cuando Jesús recorría los caminos de Palestina, se nos dan para que podamos también nosotros reconocer en el presente a Dios como el Señor: «Yo soy el Señor». No se trata de pequeños hechos sin importancia, sino que forman parte de la misma

historia de la salvación, que sigue sucediendo ahora. Y al igual que en el pasado los israelitas podían desinteresarse, así también nosotros podemos permanecer indiferentes ante estos hechos.

¿Cómo podemos entonces conservar la libertad frente a los poderes, a las alienaciones, al pecado, a lo efímero? Solo podremos conservarla si permanecemos en el origen. Escuchemos de nuevo a von Balthasar: «En ningún caso podemos volver la espalda a esta fuente [la chica de la carta creía que podía vivir sin ese encuentro, es decir, que podía volver la espalda a la fuente], al punto en que tiene su origen la gracia de Dios, como si fuese ya suficientemente conocido como un simple objeto o lo poseyéramos de una vez para siempre como un tesoro del que podemos disponer y que podemos utilizar a nuestro antojo». Esta es la ilusión en la que caemos con facilidad: pensar que ya lo sabemos, considerar que ya poseemos el origen, cediendo así a la tentación de actuar por nuestra cuenta, prescindiendo del vínculo personal con Él, es decir, con Su presencia viva, con Su acontecimiento ahora. En cambio, «la fuente es la boca de Dios [es la iniciativa actual, contemporánea de Dios], de la cual no podemos separarnos. Es el acontecimiento vigente desde y para siempre, a través del cual somos instalados en nuestra propia verdad y adquirimos la posibilidad de permanecer en ella»⁸⁰.

Me escribe una amiga: «Tengo un gran deseo de estos Ejercicios. Al leer el texto de la Página Uno (“Un salto de autoconciencia”)⁸¹ me he visto muy descrita en lo que expones, es decir, en el hecho de que creemos que ya lo sabemos todo y por eso empezamos a caminar con “nuestras piernas”. Como tú dices, es una tentación que está siempre al acecho. Al mismo tiempo, tengo siempre presente en mi experiencia qué diferencia tan abismal hay cuando miro el día y afronto situaciones difíciles o circunstancias bonitas con un acontecimiento en los ojos, llena de una presencia, o cuando, por el contrario, me apoyo solo en mí misma. Es esta experiencia lo que me está convenciendo cada vez más de la conveniencia inmensa del cristianismo para mi vida y para la vida de todos». Solo esto podrá convencernos. De hecho, concluye así su carta: «Creo que nunca en mi vida he estado tan segura de esto como ahora».

Por consiguiente, «permanecer significa mantenerse en la gracia y en el compromiso de Dios [...]. La fuente originaria es lo bastante rica como para fecundar toda nuestra acción terrena, siempre que la mantengamos viva en nosotros y no nos alejemos de ella. Solo ella es la fecundidad verdadera; y nuestra vida será tanto más fecunda cuanto más cerca estemos de ella, que

⁸⁰ *Ibidem*, p. 53.

⁸¹ J. Carrón, «Un salto de autoconciencia», *Huellas-Litterae Communionis*, abril 2018.

es el manantial del que emana nuestra propia fuente personal y la acción por antonomasia, el fundamento de toda nuestra acción. Cuanto más sencilla y receptiva sea nuestra actitud ante esta fuente, tanto más adultos y maduros nos mostraremos ante el mundo, abriéndonos a él en una actitud de donación». Naturalmente, se necesita tiempo para que la fuente entre en nuestras entrañas: «Hemos de asimilar cada vez más profundamente esta dimensión de la praxis cristiana si no queremos perder de vista el origen en toda nuestra acción temporal. Y solo la asimilamos en la medida en que la llevamos a la práctica de un modo consciente, es decir, cuando hacemos continuamente presente el recuerdo de la fuente originaria, saliendo de toda disipación mundana [cotidiana]. [...] La fuente originaria corre a través de todo nuestro ser incluso cuando estamos absorbidos por las tareas terrenas»⁸². De no ser así, ¿cómo podríamos vivirlas sin vernos superados por ellas?

Por tanto, al igual que Jesús no puede separarse del Padre (de este vínculo suyo con el Padre del que Él quiere hacernos partícipes, como hemos dicho al principio), tampoco nosotros podemos separarnos de Jesús presente y vivo y, a través de Él, del Padre. «Jesús tomó la palabra y les dijo: “En verdad, en verdad os digo: el Hijo no puede hacer nada por su cuenta sino lo que viere hacer al Padre. Lo que hace este, eso mismo hace también el Hijo”»⁸³. El apego a Cristo presente pertenece al método elegido por Dios para comunicarse definitivamente a los hombres, un método que no puede ser «superado». De hecho, no se trata de algo que haya que «saber», de lo que podamos prescindir una vez aprendido, sino de una presencia presente que hemos de acoger, de un acontecimiento que sucede ahora, con el que llegar a tener una familiaridad. La Encarnación es el método elegido por Dios para salvarnos: en Jesús, Dios se ha hecho hombre, y propone este método para toda la historia, hasta el final: «En verdad os digo: el que recibe a quien yo envíe me recibe a mí; y el que me recibe a mí recibe al que me ha enviado»⁸⁴. Con estas palabras Jesús traza el camino para el futuro, indica el modo para entrar en relación con él y, a través de él, con el Padre. Es una imitación que Él dirige a cada uno de nosotros: sin esto, ¿cómo podríamos llegar a tener familiaridad con Cristo?

Llegados a este punto, podemos comprender por qué a Giussani le duele que nuestro camino de pertenencia al movimiento no haga más familiar nuestra relación con Cristo: de ella depende el verdadero cambio en nuestra vida. «Este cambio del ser es la presencia de Otro»⁸⁵. El cambio no coincide con

⁸² H. U. von Balthasar, «Consecuencias», en H. U. von Balthasar – L. Giussani, *El compromiso del cristiano en el mundo*, op. cit., pp. 53-54.

⁸³ Jn 5,19-23.

⁸⁴ Jn 13,20.

⁸⁵ L. Giussani, *La familiaridad con Cristo*, Encuentro, Madrid 2014, p. 31.

una coherencia, sino con una presencia, con una familiaridad vivida, como la que vive Jesús con el Padre. Sin ella, el cambio sería virtual y no duraría. Cuando nos falta familiaridad con Cristo, no tenemos un punto de apoyo para vivir, para afrontar las circunstancias; nos quedamos bloqueados, atrapados en nuestras impresiones: nuestra forma de estar en la realidad no está determinada por el acontecimiento de Cristo sino por nuestros prejuicios, por nuestros esquemas, igual que los demás. Y como verificamos cada uno en nosotros mismos, en nuestra experiencia de cada día, ante cada desafío, en cada circunstancia, lo «ya sabido» no es suficiente para vivir una plenitud ahora.

4. Dónde se apoya la certeza

Lo único que puede darnos la certeza que necesitamos es la familiaridad con Cristo. Si no es así, ¿dónde buscamos nuestra consistencia? «En lo que hacemos o en lo que tenemos, que es lo mismo. Por ello nuestra vida carece de ese sentimiento y de esa experiencia de certeza plena [...]. Como mucho, nos complacemos en lo que hacemos o logramos; en cualquier caso en nosotros mismos». ¡Imaginad lo que dura esto! «Y estos residuos de complacencia en lo que somos o hacemos no aportan ninguna dicha y alegría, ningún sentido de plenitud ni de certeza firme»⁸⁶.

Nuestra certeza reposa únicamente en «algo que ha sucedido, que nos ha tocado y nos ha cautivado [...]. Nuestra identidad, la consistencia de nuestra persona y la certeza de que el tiempo corre a nuestro favor, coincide –literalmente coincide– con algo que nos ha ocurrido. Emmanuel Mounier, hablando de su hija enferma, después de haber dicho: “Algo nos ha sucedido”, se corrige y dice: “Uno nos ha acontecido” [...]. Uno nos ha acontecido, se nos ha entregado hasta el punto de asumir nuestra carne, nuestra sangre y nuestra alma: “Vivo yo, pero no soy yo, es Cristo quien vive en mí”». También nosotros, cuando nos vemos “aferrados” de verdad, experimentamos lo mismo que María, que los pastores o los Magos: nuestra identidad, nuestra consistencia radica en lo que nos ha sucedido. Y esto implica abandonar la posición en la que nos hallamos para dejarnos determinar por la presencia de Otro, que nos ha preferido antes incluso de nuestra respuesta. Ser amados «establece un dato irreversible» y «define nuestro valor en el mundo»⁸⁷. Pero es necesario acogerlo.

Pensemos en el impacto que sentía el corazón de María cada vez que «tomaba conciencia de lo que había sucedido», y cómo lo «custodiaba en

⁸⁶ *Ibidem*, pp. 29-30.

⁸⁷ *Ibidem*, p. 30.

su corazón». Imaginemos «lo que sintieron los pastores, lo que sintieron los Magos [...]. Lo que ocurrió superaba del todo su espera consciente, era algo que de primeras no correspondía a esa espera, era un hecho que la excedía totalmente: era una presencia que entraba en el mundo». Para María, para los pastores y los Magos, «lo ocurrido dominaba su mirada y su corazón, la conciencia que tenían de sí mismos. [...] Aquel niño eran ellos mismos, era su propia identidad, su certeza, su plenitud; y ya no se acordaban de lo que había antes. Delante de aquel niño, ni siquiera se acordaban de sus aspiraciones, no le daban más vueltas por que ese niño ahora lo llenaba todo»⁸⁸. Y así es como conocieron a Cristo: llegaron al conocimiento de Él por experiencia.

La prueba de que nuestra vida está determinada por la certeza de lo que nos ha sucedido es que dominan en ella «el gozo y la alegría», signos inequívocos, cuya raíz es la ternura. Pero atención, «ternura no es quedarse en el propio sentimiento, sino abandonarse a Otro, ser aferrados por el amor que Él nos tiene, ser cautivados por la presencia de lo que ha ocurrido. [...] Es como cuando el niño abre los ojos y le embarga lo que ve: no se detiene en un sentimiento, no le cabe fijarse en él», se olvida incluso de sí mismo; «ante el espectáculo que admira, está todo lleno de lo que ve. [...] El hombre se ama a sí mismo solo por lo que tiene delante de sí, por Cristo, por su acontecimiento presente». Esta es la finalidad última de toda la acción de Dios. Porque nunca somos tan plenamente nosotros mismos como cuando Él prevalece. ¡Qué experiencia habrá tenido Giussani de esta ternura de Dios con nuestra carne para decir que ella es «mil veces más profunda y penetrante que la del abrazo de un hombre a su mujer y de un hermano a su hermano»⁸⁹!

Sabiendo lo fácilmente que caemos en el intelectualismo, don Giussani nos dirige una última advertencia: «Todo esto no se comprende razonando, sino mirando [...] la experiencia», dejándose aferrar, atraer y fascinar «tomando conciencia de la identidad que Tú has establecido conmigo, de la unidad que has estrechado conmigo, o mejor, del acontecimiento que me ha conquistado, por el cual “Tú eres mi yo”»⁹⁰.

El silencio es el espacio que damos para mirar a este «Tú eres mi yo».

⁸⁸ *Ibidem*, pp. 33-34.

⁸⁹ *Ibidem*, pp. 35-36.

⁹⁰ *Ibidem*, p. 36.

SANTA MISA

Liturgia de la Santa Misa: Hch 13,44-52; Sal 97; Jn 14,7-14

HOMILÍA DE SU EMINENCIA EL CARDENAL KEVIN JOSEPH FARREL PREFECTO DEL DICASTERIO PARA LOS LAICOS, LA FAMILIA Y LA VIDA

Queridos hermanos y hermanas en Cristo,

Los Ejercicios espirituales son un tiempo propicio que el Señor nos regala para volver a enfocar nuestra vida interior. Para todos, sacerdotes y laicos, se trata de poner de nuevo «ante los ojos de nuestro corazón» el núcleo de nuestra vida de fe y la vocación específica que el Señor ha dado a cada uno de nosotros. Estos son los dos elementos que tenemos que volver a hacer nuestros en estos días: ¿qué me ha hecho ser cristiano? ¿Cómo estoy llamado a «estar en el mundo» como cristiano? Ambas cosas son inseparables: volviendo al núcleo que funda mi vida de fe, al encuentro originario con el Señor Jesús, encuentro también las razones profundas y las motivaciones más nobles que deben animarme en la misión específica que el Señor me ha confiado, como sacerdote o como casado, como padre, como educador, como persona comprometida en el mundo de la escuela, de los negocios, de la información, de la política, de la promoción social y en cualquier otro compromiso o actividad laboral.

Sabemos bien que todos nosotros estamos expuestos al peligro de perdernos en lo cotidiano, de ser absorbidos por las necesidades o por las urgencias materiales que la vida pone ante nosotros sin tregua, y así, sin darnos cuenta, corremos el riesgo de vivir semanas enteras o incluso meses simplemente «haciendo cosas». Nuestro «quehacer» se vuelve predominante, pero nuestro «ser» se empobrece. Y entonces entramos en un estado de sufrimiento interior, porque el mero «hacer» no nos satisface, más aún, nos agota y nos deja vacíos, porque ya no nace de la plenitud de lo que tenemos dentro, o mejor, de lo que «somos» en nuestro interior, no es la expresión viva de nuestra personalidad, de nuestras convicciones, de nuestra sensibilidad, en una palabra: de nuestra humanidad «tocada» por Cristo, por el Señor Jesús, sino que es únicamente un responder pasivamente a las circunstancias de la vida. Es la experiencia dolorosa, que vivimos con frecuencia, de haber perdido nuestro «centro». Es dolorosa porque precisamente en ese «centro» de nosotros mismos, en ese «núcleo vital», se ha producido nuestro encuentro con Cristo y ahí, al encontrarnos con Él, también nos hemos encontrado a nosotros mismos, porque, como dice una célebre frase del concilio Vatica-

no II: «En realidad, el misterio del hombre solo se esclarece en el misterio del Verbo encarnado»⁹¹. Por ello, cuando pierdo este «centro» habitado por mi yo más auténtico y por «Cristo en mí», entonces afloran en mi interior preguntas angustiosas: ¿por qué hago todo lo que estoy haciendo?

El Evangelio de la liturgia de hoy nos presenta una confusión de este tipo en el apóstol Felipe. El primer encuentro con Jesús había estado acompañado por la certeza inmediata de haber encontrado en Él la verdad y la respuesta a su sed de sentido. Lo podemos deducir de las palabras entusiasmadas que dirige a Natanael: «Aquel de quien escribieron Moisés en la ley y los profetas, lo hemos encontrado: Jesús, hijo de José, de Nazaret»⁹². Y sin embargo, algún tiempo después, como aparece en el Evangelio de hoy, Felipe se muestra mucho menos seguro de sí mismo. Jesús acaba de tranquilizar a los discípulos diciendo: «Ahora ya conocéis al Padre y lo habéis visto»⁹³, haciéndoles entender que a través de Él pueden estar seguros de haber conocido y visto también al Padre. Y sin embargo, precisamente en ese momento, Felipe le dice: «Señor, muéstranos al Padre y nos basta»⁹⁴. ¿Dónde había acabado aquella «intuición interior» que Felipe había tenido desde el principio con respecto a Jesús? ¿Acaso no había tenido su corazón la certeza inquebrantable de haber encontrado a Dios precisamente en ese hombre, en ese Jesús que había conocido en Galilea? Estos momentos de confusión también nos pasan a nosotros, cuando la certeza de haber encontrado en Jesús la verdad, y que en Él Dios mismo se ha hecho presente en nuestra vida, parece debilitarse, como si fueran recuerdos desvaídos de un pasado lejano.

En esto consiste la gracia de los Ejercicios espirituales. Son el tiempo que Dios nos ofrece para impedir que se disuelva nuestro yo y, con él y antes que él, nuestra fe, que está en su raíz. Pero nos preguntamos: ¿cómo encontrarnos a nosotros mismos? ¿Cómo revitalizar la fe? Volvamos nuevamente al Evangelio de hoy, en nuestro intento de encontrar una respuesta. Jesús percibe la confusión de Felipe y, después de haberlo reprendido dulcemente, dialoga con él con mucha misericordia. Justamente en ese momento de poca lucidez del discípulo, le abre el corazón revelándole el misterio más íntimo de su persona: «¿No crees que yo estoy en el Padre, y el Padre en mí?»⁹⁵. Si Jesús irradia sabiduría, santidad, poder sobre el mal, claridad de juicio y autoridad al hablar, es porque el Padre está presente en Él, y Él mismo vive

⁹¹ Concilio Vaticano II, Constitución pastoral sobre la Iglesia en el mundo contemporáneo *Gaudium et spes*, 22.

⁹² Jn 1,45.

⁹³ Jn 14,7.

⁹⁴ Jn 14,8.

⁹⁵ Jn 14,10.

siempre inmerso en el Padre. «El Padre, que permanece en mí, él mismo hace las obras»⁹⁶. La inmanencia recíproca del Padre y del Hijo está en el origen de toda la fecundidad y la plenitud de vida que la persona de Cristo irradia. Pensándolo bien, es precisamente esta plenitud de santidad, de sabiduría y de inteligencia de la realidad lo que nos falta a nosotros, por eso nos encontramos a menudo vacíos e insatisfechos. Pues bien, Jesús revela a Felipe que, a través de la fe, se puede reproducir en cada uno de nosotros la misma realidad que caracteriza al Hijo: «El que cree en mí, también él hará las obras que yo hago»⁹⁷. Jesús revela que, como el Padre vive en el Hijo y obra en Él, así, por la fe, el Hijo puede vivir en cada uno de nosotros y obrar en nosotros. Pero la fe que hace «vivir a Cristo en nosotros», comunicándonos su santidad y su sabiduría, no es una autosugestión. Es la acogida razonable del testimonio de hombres y mujeres como nosotros que, antes que nosotros, se han encontrado con Cristo. Por tanto, nace del encuentro personal y totalmente humano con los otros cristianos, en los cuales Jesús vive y a través de los cuales se nos hace presente. Los Hechos de los Apóstoles, que hemos escuchado en la primera lectura, nos dicen que en Antioquía de Pisidia muchos paganos, habiéndose topado con Pablo y con Bernabé, habiendo visto su forma de ser y habiendo escuchado sus palabras, «se alegraron y alababan la palabra del Señor; y creyeron los que estaban destinados a la vida eterna»⁹⁸. Es la misma alegría que afloró en nosotros cuando conocimos por primera vez a personas que presentaban una humanidad insólita, distinta, nueva, que nos sorprendió y fascinó, y cuando descubrimos que su «diferencia» se debía a la presencia de Cristo vivo en ellos. Y fue todavía más grande la alegría que nos invadió cuando descubrimos que esa «presencia excepcional de lo divino en lo humano», es decir, Cristo, era algo que daba cumplimiento a todos los deseos más auténticos y profundos de nuestro corazón. Y de este modo, nos abrimos a la fe. Pues bien, esta es la tarea que se espera en estos Ejercicios: redescubrir la concreción y la belleza de la presencia de Cristo en vosotros, y así poder encontrarnos nuevamente a vosotros mismos.

Queridos amigos, pedid en estos días la gracia de recordar los rostros y las circunstancias concretas a través de las cuales Cristo salió un día a vuestro encuentro, y estad agradecidos por el regalo de la fe recibido aquel día. Un día muy lejano para algunos de vosotros, pero para otros muy cercano. Y pedid la gracia de comprender cómo desde ese día Cristo nunca se ha alejado de vosotros, aunque hayáis perdido a menudo la conciencia de su

⁹⁶ *Ibidem.*

⁹⁷ Jn 14,12.

⁹⁸ Hch 13,48.

cercanía. Pedid que Dios Padre reavive en vosotros esos dones del Espíritu Santo que nos permiten reconocer hoy la presencia de Cristo en los desafíos y en las circunstancias concretas que estáis viviendo, en las personas que tenéis junto a vosotros, en la familia y en el trabajo, en la historia de santidad que la Providencia está construyendo con vosotros, usando también las miserias y las infidelidades. Pedid la gracia de poder contemplar con ojos nuevos la Iglesia y, en la Iglesia, esas comunidades concretas de hermanos y hermanas que el Señor os ha puesto cerca para sosteneros mutuamente en la fe. Nunca olvidéis que eso es para vosotros el cuerpo de Cristo resucitado, en donde lo encontraréis en la escucha de la palabra de Dios, los sacramentos, en las oraciones comunes, en el testimonio de fe. Y pedid la gracia de oponeros al pecado con resolución y confianza en Dios. De hecho, es el pecado lo que destruye el tesoro más precioso que tenemos: ¡la presencia de Cristo en nosotros! Que nunca perdamos a Cristo y, con Él, todos los beneficios de la vida cristiana. Conservar la presencia de Cristo en nosotros es la mayor ayuda que podemos ofrecer al mundo. El papa Francisco nos hace esta invitación en su reciente Exhortación apostólica sobre la santidad: «Permítele [al Espíritu Santo] que forje en ti ese misterio personal que refleje a Jesucristo en el mundo de hoy. Ojalá puedas reconocer cuál es esa palabra, ese mensaje de Jesús que Dios quiere decir al mundo con tu vida»⁹⁹. ¡Ser un reflejo de Cristo para los demás, ser una palabra de Dios para el mundo! ¡Todos estamos llamados a esto! Si Cristo vive en nosotros, entonces todos, incluso quienes no creen o son aparentemente hostiles, recibirán de ello grandes beneficios, porque cada uno espera esta «palabra de Dios» para él. ¡Y esta «palabra de Dios» eres tú!

Jesús dice en el Evangelio de hoy: «Si me pedís algo en mi nombre, yo lo haré»¹⁰⁰. No dice: «Seréis escuchados por Dios», sino: «Yo lo haré», queriendo decir: «Yo mismo lo haré en vosotros». Esto quiere decir que la misión que el Padre ha confiado al Hijo para la redención del mundo, Él quiere cumplirla a través de nosotros. Por tanto, pidamos en la oración que Cristo cumpla en nosotros su obra, que lleve a cumplimiento en nosotros sus designios de bien y que haga de vuestra Fraternidad, surgida del carisma de don Giussani, un signo vivo del inmenso amor que Dios tiene por todos los hombres, para que a través de vosotros muchos puedan conocer la perenne novedad de Cristo, único Salvador nuestro, única fuente de felicidad para el mundo.

⁹⁹ Francisco, Exhortación apostólica *Gaudete et Exsultate*, 23-24.

¹⁰⁰ Jn 14,14.

ANTES DE LA BENDICIÓN

Julián Carrón. Querida Eminencia, en nombre de cada uno de los presentes y de todos los miembros de la Fraternidad de Comunión y Liberación, deseo agradecerle de corazón haber aceptado presidir esta eucaristía durante nuestros Ejercicios espirituales anuales. Le damos las gracias por sus palabras y por ser testigo vivo de la caridad y de la solicitud del papa Francisco, que deseamos seguir con toda nuestra persona, saliendo confiadamente al encuentro de nuestros hermanos los hombres, sobre todo de los más necesitados, en estos tiempos tan difíciles y al mismo tiempo tan llenos de la esperanza de un nuevo inicio. ¡Gracias!

Cardenal Farrel. Gracias. Y gracias a todos vosotros. Lo que he dicho en mi italiano tan especial es que vosotros tenéis que ser, que vosotros sois la presencia de Cristo en el mundo. No hay mayor signo de la bondad de Dios, de la misericordia de Dios, del amor de Dios que el que pasa a través de nosotros. Entonces, ¿cuál es nuestra tarea para los próximos años? Ser la presencia real de Cristo en el mundo.

Regina Coeli

Sábado 28 de abril, por la tarde

A la entrada y a la salida:

Antonín Dvořák, Trío n. 4 en mi menor, op. 90, «Dumky»

Trío de Praga

“Spirto Gentil” n. 26, Cooperativa editoriale Nuovo Mondo-Universal

■ SEGUNDA MEDITACIÓN

Julián Carrón

«Dichosos los ojos que ven lo que vosotros veis»

Como seguramente ya sabéis, esta noche ha fallecido el pequeño Alfie¹⁰¹. El Papa acaba de difundir este tuit: «Estoy profundamente afectado por la muerte del pequeño Alfie. Rezo hoy especialmente por sus padres, mientras Dios Padre lo acoge en su abrazo tierno».

Nos ponemos en pie y rezamos una oración.

Gloria al Padre...

Veni Sancte Spiritus, veni per Mariam.

1. ¿Por qué nos cuesta tanto reconocer a Cristo presente?

El recorrido que hemos hecho esta mañana nos ha mostrado las innumerables iniciativas de Dios para hacer penetrar en el corazón de los hombres lo que era evidente a la razón: «El Señor es todo». A las dificultades que hemos visto surgir a lo largo de esta historia se ha añadido otra en nuestro tiempo que hace que el camino sea todavía más dificultoso. En la encíclica *Lumen fidei*, el papa Francisco sintetiza la naturaleza de esta dificultad: «Nuestra cultura ha perdido la percepción de esta presencia concreta de Dios, de su acción en el mundo. Pensamos que Dios solo se encuentra más allá, en otro nivel de realidad, separado de nuestras relaciones concretas. Pero si así fuese, si Dios fuese incapaz de intervenir en el mundo, su amor no sería verdaderamente poderoso, verdaderamente real, y no sería entonces ni siquiera ver-

¹⁰¹ Después de polémicas y enfrentamientos, apelaciones y recursos en los tribunales, el 28 de abril de 2018 llegaba a su epílogo el asunto de Alfie Evans, el niño de 23 meses que estaba ingresado en Liverpool por una grave enfermedad neurodegenerativa de difícil diagnóstico. El juez de la Corte Suprema inglesa había dispuesto que fuera desconectado de las máquinas que lo mantenían con vida.

dadero amor, capaz de cumplir esa felicidad que promete. En tal caso, creer o no creer en él sería totalmente indiferente»¹⁰².

De esta dificultad nos había advertido ya don Giussani hace años. Como «es imposible vivir dentro de un contexto general sin que este nos influya», hace falta tomar conciencia de la realidad en que vivimos, del momento cultural en el que hemos nacido: «Nosotros mismos participamos de esta mentalidad que concibe a Dios de un modo abstracto, que lo olvida o incluso lo niega. Así, en la práctica, existencialmente», continúa don Giussani, «llegamos a negar que “Dios es todo en todo”»¹⁰³, aunque nos consideremos del lado de los que afirman su existencia.

¿Cómo se ha abierto camino en nuestra historia esta negación de la presencia concreta de Dios en la realidad? «La *negación* de que “Dios es todo en todo” proviene de una irreligiosidad que es ajena a la formación de los pueblos europeos». Tal irreligiosidad «comienza sin que nadie se dé cuenta con la separación entre Dios como origen y sentido de la vida (y, por consiguiente, pertinente a todas las cosas que acontecen y a todas las vicisitudes que nos ocurren) y Dios como un hecho del pensamiento»¹⁰⁴. Por tanto, al comienzo de la negación existe un alejamiento: un alejamiento de Dios con respecto a la experiencia. El recorrido de esta mañana no era un prolegómeno, un preliminar del discurso. Era sobre todo el intento de mostrar de qué forma Dios se ha hecho presente como «el Señor» a través de su acción en la historia, para que los hombres no lo separasen de su experiencia.

Pero, atención, la raíz de este alejamiento se encuentra en un cierto modo de concebir la relación entre razón y experiencia, se halla en un uso determinado de la razón. Dice don Giussani: «El meollo de la cuestión se esclarece en la lucha que se desarrolla acerca del modo de entender la *relación que hay entre razón y experiencia*». En la experiencia, la realidad –«una realidad que nos es dada, con la que nos encontramos, que no hemos creado nosotros»– surge ante nuestra mirada humana. Entonces, ¿qué es la razón? «Es ese nivel de la creación en el cual esta se vuelve consciente de sí [...]. Esta autoconciencia es la que define la razón»¹⁰⁵.

Y esto es precisamente lo que se ha dañado: la razón, en lugar de ser conciencia de la realidad que se muestra en la experiencia, se ha convertido en «medida» de la realidad; la razón ha empezado a imponer a la experiencia sus propios límites, es decir, a someter la experiencia a sus propias «medidas».

¹⁰² Francisco, Carta encíclica *Lumen fidei*, 17.

¹⁰³ L. Giussani, *El hombre y su destino. En camino*, op. cit., pp. 100-101.

¹⁰⁴ L. Giussani, *El hombre y su destino. En camino*, op. cit., p. 101.

¹⁰⁵ *Ibidem*, pp. 102-103.

Para volver a descubrir que «Dios es todo en todo» es necesario, en primer lugar, «retomar cordialmente la palabra “razón”, que es la palabra más confusa del pensamiento moderno». De hecho, si se usa mal la razón queda comprometido todo nuestro camino de conocimiento. Lo vemos por las consecuencias que produce. «Si se usa mal la razón, si se la usa como medida, se producen tres posibles reducciones graves que influyen en todos los comportamientos»¹⁰⁶ y que tienen consecuencias en la forma misma en que concebimos y vivimos el cristianismo, es decir, en nuestra relación con lo que hemos encontrado. Empecemos con la primera.

a) *En lugar de un acontecimiento, la ideología*

La primera reducción se manifiesta en la gran alternativa en la relación con la realidad: o el punto de partida –como dijimos en la Apertura de curso– es lo que sucede o es una impresión nuestra, un prejuicio. «Sin que se dé cuenta, es como si irrumpiese en su juicio sobre las cosas un discurso, algo que ha escuchado antes, algo que ha sentido anteriormente, esto es, un prejuicio»: se parte de un prejuicio, en lugar de partir de «los hechos, de la supremacía de nuestra existencia, de las cosas tal como suceden, de las cosas con las que nos topamos»¹⁰⁷, de los acontecimientos.

Partir del prejuicio y no de lo que sucede (influencia racionalista) se refleja en la forma de entender el cristianismo, pues se produce una reducción de su naturaleza: el cristianismo «ya no es la presencia del Hecho original que se renueva y pasa de un día a otro, [...] sino su reducción a un *a priori* abstracto»¹⁰⁸. Pero «cuando el cristianismo se transmite como una concepción, una doctrina, una manera de concebir y tratar, entonces también el cristianismo se convierte en una ideología»¹⁰⁹. ¿Qué interés tienen para la vida estas cosas que nos dice don Giussani? Son decisivas, porque cuando el cristianismo queda reducido a ideología ya no es capaz de cambiar la vida, de dar forma a la relación con la realidad. Y entonces podemos saberlo todo pero ahogarnos en la realidad. Y es un riesgo que nos afecta; podemos reducir el movimiento a lo «ya sabido», a una ideología, a un discurso dominado por nosotros, es decir, podemos sustituir el acontecimiento por nuestro prejuicio. Cada uno, lo quiera o no, lo manifiesta en la forma de moverse en la realidad.

Escribe una amiga: «Un día llegué a casa muy triste y amargada por algo que había sucedido en el trabajo. Al retomar, cansada, el texto de la Jornada

¹⁰⁶ *Ibidem*, p. 104.

¹⁰⁷ *Ibidem*, 105-106.

¹⁰⁸ *Ibidem*, pp. 64-65.

¹⁰⁹ L. Giussani, «Acontecimiento y responsabilidad», *Huellas-Litterae Communions*, abril 1998, p. IV.

de apertura de curso, leí: “El punto de partida del cristiano es un acontecimiento. El punto de partida de los demás es una cierta impresión de las cosas”. Aquel día, el acontecimiento no había sido ni siquiera el último de mis pensamientos. ¡Simplemente no había existido!». Esta circunstancia le hace preguntarse «por qué ni siquiera se me había ocurrido», cómo es posible que esté tan alejado de la experiencia, del modo con el que se relaciona con la realidad, y «qué quiere decir que para el cristiano el acontecimiento es el punto de partida en cada relación». Entonces, para responder a estas preguntas empieza a mirar su propia experiencia y se da a cuenta de que «ocurren circunstancias, incluso muy difíciles y problemáticas, en las que me encuentro abierta y disponible al Misterio. Al afrontarlas no me siento cansada, abatida, es más, me veo más cierta de quién soy y de Quién guía mi vida. La diferencia en el modo de afrontar las circunstancias radica en que ante algunas de ellas me encuentro totalmente necesitada, y la única posición posible es la petición. Soy pobre. En otras, yo ya sé qué es lo más adecuado, qué es lo que hay que hacer. Haber comprendido esto ha abierto una grieta en el significado de la pobreza. He visto la relación entre pobreza y acontecimiento. Solo un alma necesitada, abierta, puede reconocer el acontecimiento que está sucediendo ahora». Solo cuando nos reconocemos pobres, solo cuando tenemos necesidad, nos damos cuenta de lo que está sucediendo ante nosotros.

Todo cambia cuando el cristianismo es el acontecimiento de Cristo, cuando no queda reducido a un discurso, sino que es un hecho en nuestra vida.

Una profesora que admite tenerlo todo (dos hijas preciosas, un buen compañero de camino, un cierto bienestar económico, salud, viajes, etc.) se queda impresionada por lo diferente que es una compañera de trabajo que pertenece al movimiento: aun teniéndolo todo, le «falta» algo que esa compañera tiene «en abundancia». A la profesora le impresiona sobre todo que la compañera del movimiento haya sido capaz de permanecer en paz en medio de todas las injusticias que ha sufrido, y sea todavía capaz de mirar positivamente incluso a las personas que le han hecho daño. Un día, nuestra amiga la invita a participar en la vida del movimiento y ella va a una asamblea sobre los Ejercicios, lee el cuadernillo y luego va a la Jornada de apertura de curso. Esto le hace cambiar de tal manera que deja asombrados a su marido y a sus amigos. Incluso sus alumnos le preguntan qué le está pasando. Encontrarse ante un cambio semejante no deja indiferente a la compañera del movimiento, que me escribe: «Esto me ha hecho volver a empezar desde el principio también a mí, me devuelve la sencillez del comienzo porque me contagia. Deseo estar con ella porque veo suceder a Cristo en su rostro, en su asombro, en su alegría. Y es fácil decir “Tú”, cada vez resulta más fácil. El otro día, en el grupo de Escuela de comunidad, entramos de

un modo y salimos de otro, muy contentos. Era evidente que Cristo estaba presente, que sucedía en ella y nos contagiaba también a nosotros; sucedía también en nosotros porque lo estábamos viendo suceder. Basta con estar para poder verlo. Percibo que, como dices en el texto de la Jornada de apertura de curso, podemos asumir distintas posturas frente a lo que sucede; podemos incluso decir: “¡Qué bien, qué bonito su comienzo!” e inmediatamente después analizarlo en vez de mirarlo, de reconocerlo como el método elegido por Dios para comunicarse en este preciso momento. Sin embargo, cuando nos quedamos, aunque sea un poco, allí donde sucede, es muy difícil sustraerse al contagio, que es algo sencillísimo. ¡Al comienzo fue así!».

Pero, atención, no nos confundamos: el acontecimiento no es una emoción que sentimos. «Quisiera contarte el malestar con el que he salido de la Escuela de comunidad», me escribe uno de vosotros, «porque me parece que se tiende a identificar el acontecimiento con cualquier cosa que produzca en nosotros una emoción, ya sea un día bonito, ya sea un “café en compañía” (es decir, cada vez que nuestra compañía nos hace encontrarnos bien), ya sea un gesto amable recibido de alguien. En mi experiencia puedo reconocer el acontecimiento cristiano solo cuando veo, en lo que está sucediendo, los rasgos inconfundibles de Jesús, es decir, cuando reconozco que lo que está sucediendo lo hace posible Jesús de Nazaret, nacido hace dos mil años de María, muerto, resucitado y vivo hoy, porque si no fuera así, lo que sucede ante mí no sería humanamente posible. Y no está escrito que tenga que tratarse a la fuerza de algo excepcional, puede ser incluso un gesto sencillo de gratuidad que sin embargo, dado el contexto, resulta verdaderamente excepcional, o bien la capacidad de volver a empezar cada mañana ahí donde el vivir que nos paraliza produciría solo cinismo y escepticismo».

¿Qué tienen estas experiencias en común? La victoria sobre la abstracción. El cristianismo no es un *a priori* abstracto que se alberga en su mente, sino un hecho al que mirar y seguir, como hace dos mil años, que nos contagia y nos cambia. ¿Cómo han conocido a Cristo estas personas? Lo han conocido porque sucede en la experiencia, delante de sus ojos.

Entonces, ¿cómo podemos salir de la reducción del cristianismo a ideología? Solamente si el acontecimiento de Cristo vuelve a suceder aquí y ahora. Lo único que puede arrancarnos del prejuicio, de la ideología, es que el cristianismo se presente nuevamente como acontecimiento.

b) *Reducción del signo a apariencia*

Cuando el punto de partida en la relación con la realidad son nuestros prejuicios o la ideología, dice don Giussani, se produce una segunda reducción: la reducción del signo a apariencia. La ideología ahoga, suprime la provocación de la realidad. «Si el hombre cede a las ideologías dominantes, se

produce [...] una separación entre signo y apariencia; de aquí se sigue *la reducción del signo a apariencia*. Cuanta más conciencia se tome de lo que es el signo, mejor se entenderá [...] el desastre que supone un signo reducido a apariencia. El signo [como nos hemos dicho siempre] es la experiencia de un factor presente en la realidad que remite a otra cosa. El signo es una realidad experimentable cuyo sentido es otra realidad distinta»¹¹⁰.

Cada uno de vosotros puede comprender enseguida la naturaleza del desastre del que habla Giussani: ¡imagina lo que pasaría si un hijo vuestro redujese a apariencia cualquier gesto que hicierais en relación a él! Si se quedase en la apariencia, no lo percibiría como signo de otra cosa, es decir, de vuestro amor por él. «No es razonable, pero todos los hombres son proclives a ello; se ven arrastrados por el peso del pecado original a ser víctimas de lo aparente, de lo que aparece, porque parece la forma más fácil de usar la razón. Cierta actitud del espíritu hace más o menos esto con la realidad del mundo y de la existencia (las circunstancias, las relaciones con las cosas, hay que formar una familia, educar a los hijos...): acusa el golpe, pero ahí se detiene la capacidad humana de adentrarse en la búsqueda del significado, a lo cual se ve impulsada la inteligencia de forma innegable por su relación con la realidad misma»¹¹¹.

En este contexto, Giussani cita a Finkielkraut que, refiriéndose a Hannah Arendt, observa: «La ideología, según Arendt, [...] no es la ingenua aceptación de lo visible, sino su inteligente destitución»¹¹². Y Giussani comenta: «La ideología es la destrucción de lo visible, es la eliminación del sentido visible de las cosas que suceden, el vaciamiento de lo que se ve, de lo que se toca, de lo que se percibe. Así, ya no tiene relación con nada»¹¹³.

Todos sabemos perfectamente la facilidad que tenemos para caer en esta «destitución» de lo visible, en este vaciamiento de lo que sucede que lleva a que nada nos hable, porque todo se vuelve plano. Incluso los signos más espectaculares quedan reducidos a apariencia. Y no somos los únicos que hacemos esto, tenemos ilustres predecesores.

Los discípulos habían sido testigos de dos signos verdaderamente impresionantes de Jesús: dos multiplicaciones de los panes. Pero algunos días más tarde, por su forma de reaccionar, se pone de manifiesto la reducción que habían hecho de aquellos hechos, quizá inconscientemente: «A los discípulos se les olvidó tomar pan y no tenían más que un pan en la barca». Jesús les advierte diciéndoles que se guarden de la levadura de los fariseos y de Herodes. Ellos

¹¹⁰ L. Giussani, *El hombre y su destino. En camino*, op. cit., p. 107.

¹¹¹ *Ibidem*, p. 108.

¹¹² A. Finkielkraut, *La humanidad perdida. Ensayo sobre el siglo XX*, Anagrama, Barcelona 1998, p. 85. Cf. H. Arendt, *Los orígenes del totalitarismo*, Alianza, Madrid 2002, p. 696.

¹¹³ L. Giussani, *El hombre y su destino. En camino*, op. cit., p. 108.

entendieron que hablaba así porque solo tenían un pan. Entonces «discutían entre ellos sobre el hecho de que no tenían panes»¹¹⁴. No se habían percatado de la reducción que habían efectuado. Es evidente que el milagro de la multiplicación de los panes no se había convertido en una oportunidad para hacer experiencia de Cristo, para que creciera el conocimiento de Él. Por su forma de discutir sobre la falta de pan se ve que, al haberse quedado en la apariencia, no habían comprendido quién era ese hombre que estaba allí con ellos. Atención, porque, en este caso, no vale la justificación que nosotros usamos habitualmente: «Si estuviese delante de nosotros –pensamos–, no prevalecería la apariencia, sería fácil reconocer a Cristo». En este episodio del Evangelio Jesús está allí con ellos en la barca, en carne y hueso. Pero su presencia no hace que dejen de discutir: que Jesús esté en la barca es irrelevante con respecto a su preocupación por la falta de pan. ¡Es impresionante!

¿Y cómo los ayuda Jesús a crecer, a salir de la reducción del signo a apariencia? No realiza otro milagro –ya habían visto muchos y no habían entendido, ¿de qué serviría hacer otro?– y tampoco les explica quién es Él. Jesús los invita a no quedarse en la apariencia y los desafía con preguntas. Es impresionante ver cómo se comporta: «Dándose cuenta, les dijo Jesús: “¿Por qué andáis discutiendo que no tenéis pan? ¿Aún no entendéis ni comprendéis? ¿Tenéis el corazón endurecido? ¿Tenéis ojos y no veis, tenéis oídos y no oís? ¿No recordáis cuántos cestos de sobras recogisteis cuando repartí cinco panes entre cinco mil?”. Ellos contestaron: “Doce”. “¿Y cuántas canastas de sobras recogisteis cuando repartí siete entre cuatro mil?”. Le respondieron: “Siete”. Él les dijo: “¿Y no acabáis de comprender?”»¹¹⁵. Al hacer esto, Jesús los desafía a ir hasta el fondo de lo que han visto, para que extraigan el conocimiento que tienen de Él de la experiencia que han hecho. Los educa para mirar en profundidad lo que han visto y ven. De no ser así, seguirían reduciendo cualquier otro milagro que hubiese hecho.

Jesús invita a los discípulos a un uso adecuado de la razón: esto es lo que necesitan para no reducir el signo a apariencia. Y un uso adecuado de la razón implica una posición de apertura («esa apertura viva hacia el objeto que se convierta en afecto»¹¹⁶), que es la posición original con la que hemos sido creados. Por ello, dice don Giussani, «el meollo de la cuestión cognoscitiva no está en una particular capacidad de inteligencia. [...] El centro del problema, entonces, es tener una postura justa del corazón [...], una moralidad»¹¹⁷:

¹¹⁴ Mc 8,14-16.

¹¹⁵ Cf. Mc 8,17-21.

¹¹⁶ L. Giussani – S. Alberto – J. Prades, *Crear huellas en la historia del mundo*, Encuentro, Madrid 1999, p. 37.

¹¹⁷ L. Giussani, *El sentido religioso*, Encuentro, Madrid 2008, p. 51.

en lugar de un corazón endurecido, es decir, de piedra, que no se deja tocar por nada ni por nadie, un corazón de carne, abierto, que se deja herir por la realidad. Porque el hombre «ve con los ojos de la razón en la medida en que su corazón está *abierto-a*, es decir, cuando su afecto sostiene la apertura de sus ojos [...]. Los ojos de la razón ven, por consiguiente, en la medida en que los sostiene el afecto, lo que pone de manifiesto ya el juego de la libertad»¹¹⁸.

Pero en esa capacidad de despertar hasta el fondo su razón se manifiesta la diferencia de Cristo, su excepcionalidad, su «divinidad». Imaginemos cómo se preguntarían: «¿Quién es este que es capaz de abrir así nuestra razón y que nos permite captar el significado de las cosas que hemos visto suceder, y que sin embargo no entendemos?». Es la misma experiencia que también nosotros, dos mil años después, hemos tenido con don Giussani. Si no hubiésemos sido educados en esta apertura, si no fuésemos continuamente educados en ella, no veríamos nada, porque reducimos hasta lo que tenemos delante de nuestras narices.

De este modo, la incapacidad para comprender se ha convertido para los discípulos en una ocasión más para conocer mejor a Jesús. De hecho, si Él no estuviera presente no habrían comprendido. Es su presencia la que, al abrir su razón, al provocarlos para tener una posición justa del corazón, les hace reconocer la naturaleza del gesto que ha realizado. También nosotros podemos conocer a Cristo por el hecho de que Él, a través del instrumento humano del que se sirve, nos hace mirar la realidad sin quedarnos bloqueados en la apariencia. Si no es así, Dios desaparece del horizonte de la vida. Y no porque no exista. ¡No es que Jesús no estuviese y que los discípulos no hubiesen visto dos milagros espectaculares! El problema es que no estaban abiertos a reconocer los signos llegando hasta el origen del que brotaban. Por ello si Su presencia no sucede ahora, y si no estamos disponibles para secundarla, por mucho que tengamos a nuestra disposición todos los Evangelios y todos los textos de don Giussani, no veremos nada.

«Te escribo para darte las gracias por el camino que estamos haciendo, porque la pertenencia al movimiento ha cambiado mi vida en profundidad. Pertenecer a la Fraternidad se está convirtiendo en el vínculo cada vez más profundo que tengo y que me libera de las imágenes, tanto mías como de los que están a mi alrededor. Es como si mi identidad pasase justamente por esa pertenencia. En la pertenencia a la Fraternidad me descubro y me conozco cada vez más de una forma inesperada. Cuando te escuché la última vez me provocaste mucho con lo que dijiste sobre la alegría, pero veo que muchas veces no hago el trabajo que me permite reconocer el origen de esta alegría». Es lo mismo que les pasaba

¹¹⁸ L. Giussani – S. Alberto – J. Prades, *Crear huellas en la historia del mundo*, op. cit., p. 37.

a los discípulos. «Solo si hago este trabajo Jesús puede volverse familiar, y te aseguro que es lo que más me apremia, porque cuando Lo reconozco, vuelvo a estar presente ante mí misma, presente y apasionada, porque me doy cuenta de que soy querida, y entonces las cosas empiezan a hablarme de nuevo», es decir, la vida es distinta. «Y la relación con Él vence sobre todo lo demás».

¿Qué le ha hecho estar segura de haber llegado al origen del encuentro con el movimiento, de lo que se le ha dado? El hecho de que las cosas empiecen a hablar de nuevo, estén llenas de significado, como el gesto de amor de tu mujer hacia ti o hacia vuestro hijo. Se ha sorprendido presente ante sí misma y ha podido reconocer la realidad de verdad. Solamente el acontecimiento de Cristo puede vencer la ideología, es decir, la reducción de lo que vemos. «La ideología tiende a afirmar que lo concreto es lo aparente, y lo aparente es simplemente lo que se ve, se siente, se toca. Pero el modo de mirar propio del hombre es la razón, que (dejándolo intacto) interviene en el contacto que tiene el yo con lo que se encuentra; lo ilumina y lo juzga, es decir, lo refiere a otra cosa, ya que solo se puede juzgar en cuanto se admite como hipótesis otra profundidad»¹¹⁹.

c) Reducción del corazón a sentimiento

La tercera reducción brota de lo que acabamos de decir hasta ahora: se trata de la reducción del corazón a sentimiento. Es impresionante la provocación de Jesús a sus discípulos en la barca: «¿Tenéis el corazón endurecido?». Se entiende el significado de la palabra «corazón» si consideramos la pregunta que sigue: «¿Aún no comprendéis?». Para Jesús, como para toda la tradición bíblica, el corazón tiene una función cognoscitiva. Sin el corazón no se puede entender. «Hasta hoy, el Señor –dice el Deuteronomio– no os ha dado corazón para entender»¹²⁰. Es justamente el uso del corazón lo que permite comprender los hechos. Giussani captó esta cuestión en profundidad: los «hechos», que hacen «revivir el acontecimiento original [...] hay que leerlos con el corazón, es decir, con la razón afectivamente comprometida»¹²¹.

Lo contrario de una razón afectivamente comprometida es, como dice la tercera premisa de *El sentido religioso*, un cerebro «muerto y sepultado»¹²² –dice así literalmente– ante lo que sucede, como hemos visto en los discípulos en la barca. «¡Qué necios y torpes sois para creer lo que dijeron los profetas!»¹²³, dice Jesús a los discípulos de Emaús. Cuando somos «ne-

¹¹⁹ L. Giussani, *El hombre y su destino. En camino*, op. cit., pp. 109-110.

¹²⁰ Dt 29,3.

¹²¹ L. Giussani, *El hombre y su destino. En camino*, op. cit., p. 64.

¹²² L. Giussani, *El sentido religioso*, op. cit., p. 51.

¹²³ Lc 24,25.

cios y torpes», nuestra mirada está «muerta y sepultada» ante el acontecimiento de las cosas.

Don Giussani indica de este modo el núcleo de la tercera reducción: «Consideramos el sentimiento, en vez del corazón, como motor último, como razón última de nuestro actuar». ¿Qué significa esto? Que «nuestra responsabilidad se vuelve irresponsable precisamente porque hacemos prevalecer el uso del sentimiento sobre el corazón, reduciendo el concepto de corazón a sentimiento. En cambio, el corazón representa y actúa como el factor fundamental de la personalidad humana; el sentimiento no, porque el sentimiento, si actúa él solo, lo hace por reacción. En el fondo, el sentimiento es algo animal»¹²⁴. Como escribe Pavese: «No he comprendido todavía qué es lo trágico de la existencia [...]. Y sin embargo está muy claro: hay que vencer al abandono voluptuoso, dejar de considerar los estados de ánimo como fines en sí mismos»¹²⁵.

Continúa Giussani: «El corazón indica la unidad de sentimiento y razón. Esto implica un concepto de razón no cerrada, una razón en toda la amplitud de sus posibilidades: la razón no puede actuar sin eso que se llama afecto». Por ello, el corazón –como unidad de sentimiento y razón– es «la condición para que la razón se ejerza sanamente». Siempre me ha impresionado esta frase de Giussani: «La condición para que la razón sea razón es que la revista la afectividad y, de esta manera, mueva al hombre entero»¹²⁶. Sin esto, miramos todo de forma reducida.

Ahora bien, ¿cómo se sale de la reducción del corazón a sentimiento? ¿Qué hace posible un desarrollo sano de la razón? Una presencia. No se trata de someterse a un entrenamiento especial. Solo una presencia afectivamente atractiva, decíamos esta mañana, que tenga la capacidad de atraer todo nuestro afecto hasta pegarnos a ella, puede ensanchar nuestra razón según su verdadera naturaleza de apertura total a la realidad, como les sucedió a los discípulos de Emaús al encontrarse con Jesús por el camino. Esto, que parece difícil de entender intelectualmente, se comprende con facilidad cuando sucede. Es la presencia de la madre la que, al atraer todo el afecto del niño, ensancha su razón. Lo sorprendemos en el rostro lleno de asombro y apertura del niño cuando su madre sale a su encuentro. Y es precisamente esa mirada abierta que ha suscitado la presencia amorosa de su madre lo que le permite al niño reconocerla por lo que es, reconocer todo el bien que encierra en sí. Pensemos nuevamente en los discípulos de Emaús: «¿No ardía

¹²⁴ L. Giussani, *El hombre y su destino. En camino*, op. cit., pp. 111-112.

¹²⁵ C. Pavese, *El oficio de vivir*, Seix Barral, Barcelona 1992, p. 43.

¹²⁶ L. Giussani, *El hombre y su destino. En camino*, op. cit., p. 112.

nuestro corazón mientras nos hablaba por el camino?»¹²⁷. Cuando sucede es facilísimo de reconocer. Antes no comprendían, pero llega Él, «la mente vuelve»¹²⁸ y todo empieza de nuevo. ¿Y cómo sabemos que han comprendido y que ese ardor del corazón no es sentimentalismo? Por el hecho de que los dos vuelven inmediatamente a Jerusalén. Es un movimiento nuevo en la realidad lo que nos indica siempre que ha sucedido algo.

Solo un corazón concebido y vivido como razón y afecto, es decir, no reducido a sentimiento, puede captar y reconocer la verdad. Pero para que este corazón se despierte por completo se necesita una presencia: Su presencia. Un corazón que ha sido despertado de este modo no puede hacer trampas cuando se encuentra delante de la verdad más que contradiciéndose a sí mismo. Por ello, la ayuda decisiva que ofrece Cristo al camino humano es despertar el corazón del hombre. Él lo pone nuevamente en movimiento impidiendo que venza la pereza, a veces simplemente con preguntas: «¿Todavía no comprendéis?». Al acontecer, Cristo despierta el corazón del hombre para que pueda reconocer Su diferencia, es decir, la verdad, de modo que evite confundirla con cualquier otro sucedáneo. Cualquier imitación de la verdad, siempre falsa, queda desenmascarada.

2. La necesidad de un lugar que nos devuelva la mirada original

Lo que hemos visto hasta ahora pone de manifiesto la necesidad de que exista un lugar que nos devuelva una mirada original y abierta, que nos mantenga constantemente en ella.

¿Hay algo que pueda vencer las reducciones que hemos descrito? Estas, que hacen que miremos la realidad de forma miope, pueden ser vencidas solamente por un acontecimiento. Paradójicamente, estas mismas reducciones, que muchas veces sorprendemos en nosotros como algo que nos ahoga, pueden convertirse en ocasiones para que Cristo se desvele ante nuestros ojos, y por tanto para un conocimiento de Él que no esté desligado de la experiencia. De hecho, para salir de las reducciones descritas necesitamos toparnos con Su presencia, y así podremos conocer a Cristo desde dentro de la experiencia, en la que vemos su victoria las esas reducciones.

Al liberarnos de la miopía con la que habitualmente percibimos la realidad, Cristo hace surgir un yo con una capacidad de conocer previamente desconocida. Por ello, la única alternativa verdadera a la ideología no es una doctrina o una ética –que no es capaz de ensanchar la razón; de hecho,

¹²⁷ Lc 24,32.

¹²⁸ Cf. «La mente torna», letra de G. Mogol, música de L. Battisti.

podemos conocer la doctrina perfecta o llegar a ser éticamente “buenos” y seguir estando cerrados—, sino un yo nuevo, generado por un acontecimiento, es decir, un yo capaz de no quedarse bloqueado en los mecanismos reducidos de nuestro modo habitual de conocer (como le pasó a la chica catalana que hemos citado tantas veces que, con ocasión del referéndum, pudo desenmascarar la pretensión totalizante de la ideología).

¿Cuántas veces nos hemos dicho que el yo se despierta de su sopor, de su reducción, en un encuentro? «La persona se descubre a sí misma en un encuentro vivo»¹²⁹. La persona que nace en el encuentro es una criatura nueva. Se ve sobre todo por la capacidad de conocer que adquiere. «La criatura nueva tiene una *mens* nueva (*noûs* en griego), una capacidad de conocer lo real distinta de la que tienen los demás»¹³⁰.

Este «descubrirse nuevamente» del yo no se produce solo al principio, de una vez por todas. Como hemos visto en la historia del pueblo de Israel y en la experiencia de los discípulos, estamos constantemente expuestos al riesgo de volver a caer en la reducción de nuestro yo y de la mirada que tenemos sobre la realidad. ¿Cómo puede mantenerse viva, instante tras instante, esta criatura nueva que conoce la realidad de modo distinto? Solamente si Cristo sigue siendo contemporáneo en un lugar y nosotros no nos separamos de Él. Ya lo hemos recordado: «El conocimiento nuevo implica [...] que nos mantengamos contemporáneos del acontecimiento que lo produce y continuamente lo sostiene»¹³¹. Lo testimoniaba la primera carta que he leído esta tarde: «Pertener al movimiento ha cambiado mi vida en profundidad [...], me libera de las imágenes, tanto mías como de los que están a mi alrededor. Es como si mi identidad pasase justamente por esa pertenencia». Para tener esa capacidad nueva de conocer es necesario no separarse del acontecimiento que la genera. «Ya que ese origen no es una idea sino un lugar, una realidad viviente, el criterio nuevo para juzgar solamente resulta posible manteniéndose en relación continua con esa realidad, es decir, con la compañía humana que prolonga en el tiempo el acontecimiento inicial». Por el contrario, «quienes privilegian sus análisis o sus deducciones adoptan al final los esquemas del mundo». Por tanto, concluye don Giussani, «permanecer en la posición del origen en donde el acontecimiento hace surgir un conocimiento nuevo es la única posibilidad de relacionarse con la realidad sin prejuicios, teniendo en cuenta todos sus factores»¹³².

¹²⁹ L. Giussani, *L'io rinasce in un incontro (1986-1987)*, BUR, Milán 2010, p. 182

¹³⁰ L. Giussani – S. Alberto – J. Prades, *Crear huellas en la historia del mundo*, op. cit., p. 74.

¹³¹ *Ibidem*, p. 75.

¹³² *Ibidem*.

Si no sucede constantemente en nuestra vida esa Presencia que vuelve a abrirnos los ojos, si no la reconocemos y no nos adherimos a ella, nuestra mirada se encoge y terminamos por negar la presencia concreta de Dios en el mundo, como dice el Papa. Esto no afecta solo a los demás, sino sobre todo a nosotros.

Por ello, cuando experimentamos un conocimiento distinto, verdaderamente nuevo, es fácil reconocer esta diferencia como signo de Su presencia ahora. Hay personas que, sin tener un sustrato cristiano, se dan cuenta de forma clamorosa y ardiente de la diferencia de la vida de aquellos a través de los cuales Cristo se hace presente. Nos testimonian el asombro que tal diferencia suscita en ellas hasta llegar a cambiarlas.

Una joven de origen indio que ha conocido el movimiento en Madrid, después de haber estado en Italia de Erasmus, de haber ido a la India y al Reino Unido, tratando de huir de todo lo que le había sucedido, escribe a Nacho Carbajosa, el responsable del movimiento en España:

«Me fui a la India a vivir una filosofía famosa. Decidí ir allí pensando que encontraría la felicidad. Y nada. Fue una constante decepción. Constante. Pensaba que sabrían explicarme mejor quién soy, por qué tengo siempre como un nudo dentro, siempre. Y nada. Y lo que era curioso es que cada día intentaba olvidarme de lo que me había pasado, pero las primeras personas en las que pensaba cuando me levantaba era la gente de CL que había conocido (tú, Anita, Gio, Javi, Marti, Emi, el cura Carrón). Me obligaba a borrar esos pensamientos, pero siempre era lo primero que me venía a la cabeza, en cuanto abría un ojo. Entonces decidí irme a Londres. Pero me sucedió lo mismo. Todo el rato este nudo dentro, que no se saciaba de ninguna forma. Estuve con varios chicos... Y nada. Cuando estaba con otros chicos solo pensaba en Gio», un chico que había conocido en Italia, con el que había estado saliendo, «en cómo él me había querido, cómo me había tratado, cómo yo me sentía la persona con más valor del mundo estando con él, cómo él ha mirado cada cosa de mí de una forma completamente diferente. Entonces una vez que Gio vino a Londres le dije que quería volver con él» –también había huido de él–, «pero él me dijo que no porque iba a consagrar su vida a Dios. Justo el último tiempo en el que él estaba viviendo esta relación tan exclusiva con Jesucristo había coincidido con el tiempo en el que yo flipaba más con cómo me trataba y me quería. Lo que él está viviendo tiene que ser muy real para cambiarle así, por mucho que yo no lo entienda. Después de este periodo londinense, mi madre me pidió expresamente que nunca más volviese a contactar con ella, porque no podía afrontar el dolor de no tener ya a mi padre» –que había muerto algunos años antes– y, al mismo tiempo, estar cerca de «alguien que le

recordara tanto a mi padre como yo. A veces el dolor me ciega tanto que no puedo decir que haya alguien que me recoja de ningún lado».

¡Pero no salen las cuentas! Continúa la carta: «hay algo que no puedo negar y que me sigue pareciendo increíble. Si yo, de alguna, forma pienso de quién puedo decir que me siento querida, es de vosotros. Me acuerdo a menudo de cómo, al principio de toda mi historia, cuando leía las cosas que Jesús decía y hacía, no las sentía lejanas. Yo escuchaba y veía a personas que eran como Él, que hablaban como Él, que trataban a las personas del mundo como Él lo hacía. Me doy cuenta de que es lo único que tenéis en la vida diferente a las demás personas. Y empiezo a darme cuenta ahora de que no hay nada diferente en vosotros con respecto al resto del mundo salvo el encuentro con Jesucristo. Y cuanto más me pregunto por qué hacéis las cosas, más unido está todo lo que hacéis a la relación con Él. Tú [Nacho], ¿por qué habrías elegido no casarte nunca, no tener hijos? De cualquier otra persona podría pensar que está majara, pero tú no eres tonto... Es en estos ejemplos donde Jesucristo se me acerca otra vez, donde veo que Él no puede ser una invención, una mentira, por mucho que mil veces dude de ello. Estos ejemplos son los que a mí me hacen no perder la esperanza. Y cada día me levanto queriendo ver que Él no me deja sola. No puedo decir que estoy sola. No puedo. Es algo que me sorprende decirte, la verdad. Jesucristo debía de ser como vosotros, una persona que ayudaba a los demás a entenderse, a mirar el fondo de su corazón, a conocer el verdadero interior de cada uno. Jesucristo ayudaba a cada uno a entender quién era. Uno estaba perdido y cuando se cruzaba con Él, se encontraba. Exactamente como me sucedió a mí cuando os conocí a vosotros: me entiendo, me conozco más, antes estaba como muerta. No puedo negar que he sido tratada y mirada como Jesucristo trataba y miraba a la gente... Al pequeñito Zaqueo... Un tío que no valía nada, justo como yo. El hecho es que lo único, lo único que todas estas personas tienen en común es que todas, ¡todas! tienen una relación personal y cotidiana con Jesucristo, todos dais la vida día a día en la relación con Jesucristo. Y me he dado cuenta de otra cosa. Hay un pequeño punto que depende de mí, parece nada, pero en cambio lo es todo: reconocer todo esto que te he dicho antes. Mi persona se juega en la decisión de confiar que todo esto es por Jesucristo o pensar simplemente que es una casualidad que estéis todas las personas con estas características en el mismo sitio. A veces veo cómo lo trastoco todo, siento que traiciono todo lo que ya he vivido... Es como si olvidarme de los pasos que he dado me hiciese más infeliz, me hiciese hasta más tonta. Pero no puedo olvidarme de lo que ya he vivido, de lo que ya está dentro de mí. Y espero que vuelva a sucederme. Lo busco, miro a la gente esperando que vuelva a aparecer esa mirada, esos ojos que

no cambiaría por nada en el mundo, esos ojos que me hacen ser consciente de que yo existo por algún motivo y que me quieren aunque no sepa nada. Espero verlo en cada persona que me cruzo, y a veces sin darme cuenta, miro el rostro de cada persona, incluso de los desconocidos, buscando algo Suyo, algo propio de Él, que me haga volver a ver que está, y está para mí. Porque muchas veces la vida, mi vida, es más inquieta, incluso dolorosa, desde que me he cruzado con Él, pero también es algo más: está viva. Es como si Él fuese la fuente de mi vida: yo estaba muerta y ahora vivo».

Es el testimonio de un yo renacido gracias al encuentro con Cristo. Esa joven no sabía nada del cristianismo, pero después de conocer a algunas personas del movimiento, puede estar de forma verdadera en un mundo en el que han caído las evidencias, sorprendiéndose buscando a Cristo en cada persona con la que se topa, sin miedo de sufrir contaminaciones, viviendo solo del asombro por Su presencia, del entusiasmo siempre nuevo por Él. «Esto es el cristianismo en el seno de la historia», hemos leído en la Escuela de comunidad: «el amanecer de una humanidad diferente, de una comunidad humana distinta, nueva, más verdadera»¹³³.

Pertenecer a una «historia particular» –como es la vida del movimiento– le permite a esta chica un descubrimiento tal de sí misma («Me entiendo, me conozco más, antes estaba como muerta, [...] estaba muerta y ahora vivo») que, a pesar de haber hecho de todo para olvidar lo que le había sucedido, no ha conseguido arrancárselo de encima. Cuanto más busca, cuanta más gente conoce, cuanto más vive, tanto más emerge la diferencia de lo que ha encontrado. ¡En experiencias como esta el corazón muestra toda su objetividad! No se puede cambiar a Cristo por cualquier satisfacción barata, cambiar su mirada por cualquier otra mirada y su amor por una imitación cualquiera del amor. Es impresionante la irreductibilidad de Cristo que testimonia cada una de estas cosas.

Pero para que todos estos signos le permitan adquirir certeza acerca de Él es necesario un camino de convivencia con las personas que le han impresionado y la lealtad de reconocer el punto que tienen en común todos aquellos que tanto le interesan. Por mucho que rechace reconocer que ha sido Cristo el que cambia a todas las personas que ha conocido, por muy incoherente que sea, las únicas relaciones que la dejan sin palabras son justamente las que mantiene con personas cuya vida le habla de Él. Ella ha conocido a Cristo justamente porque nunca se ha desligado de su experiencia. Y esta experiencia le ha permitido tener la conciencia de que en las personas que ha conocido hay algo que no se encuentra en otro sitio y que no se puede redu-

¹³³ L. Giussani, *Por qué la Iglesia*, op. cit., p. 259.

cir a sus capacidades humanas. Es «algo» que ella nunca habría imaginado, y que sin embargo no puede negar, algo de lo que ella ha oído hablar, a lo que su exnovio ha decidido entregar la vida: Cristo. Ha entendido que el reconocimiento de estos «factores» no se puede delegar en otra persona, solo puede ser suyo. Desde entonces sigue buscando a Cristo en cada mirada, en cualquier persona con la que se encuentra.

A partir del encuentro, Cristo es reconocido como el corazón de la vida. Escribe otra amiga: «Una noche volví a casa después de la caritativa del Banco de Alimentos y empecé a contarle a mi marido cómo había ido. En un momento dado, me dijo: “Soy afortunado de vivir contigo, no dejas fuera ni siquiera un detalle del día, pides lo máximo y lo haces siempre, nunca te conformas y te dejas interrogar por todo lo que te sucede. Para mí esto es envidiable, me gustaría vivir como tú”. En ese momento me asaltó un sentimiento de inquietud y le dije enseguida: “En realidad no es que yo sea capaz, yo soy así porque me he encontrado con Jesús, que ha cambiado mi vida y me permite mirar todo de ese modo que tú dices que es tan deseable y envidiable. La compañía del movimiento me hace estar viva”. En ese momento entendí qué quiere decir conocer a Cristo en mi experiencia: no significa conocer a una persona externa a mi vida, fuera de mí, de mi marido o de mi hija, sino que quiere decir reconocerlo como la verdad de mí misma, porque yo no puedo pensar en mí, en cómo vivo, en las cosas que hago, en las preguntas que tengo, sin Él. Atención: no “sin pensar en Él”, sino “sin Él”. Yo no puedo decir “yo” sin Él. Como dice el título de los Ejercicios del año pasado, “Mi corazón se alegra porque tú, Cristo, vives”».

La única respuesta práctica, concreta y efectiva a la situación recién descrita –caracterizada por las tres reducciones que don Giussani saca a la luz–, en la que Dios, Cristo, se percibe como algo abstracto, extraño a la vida, es el cristianismo como acontecimiento. «“Mirad que realizo algo nuevo”. Es necesario escuchar esta voz en el estruendo o en la niebla opaca [...]: “Mirad que realizo algo nuevo: lo estoy haciendo germinar ahora, ¿no os dais cuenta?”¹³⁴.

¿De qué modo nos ayuda el Misterio a que superemos la abstracción a la que muchas veces relegamos a Cristo? Lo hace a través de la Iglesia, lugar de la comunicación de la verdad, cuyo instrumento es el milagro. «El milagro es [...] un acontecimiento, algo que sucede, que uno no preveía, que uno no puede explicarse cómo, pero sucede, es el contenido de un acontecimiento que te obliga a pensar en Dios». Y el milagro más grande es el cambio del hombre, es una humanidad cumplida: una apertura del corazón y de la razón, una mirada sobre sí y sobre los demás, una gratitud, una alegría, una

¹³⁴ Is 43,19.

fecundidad, una capacidad de construir imposible de imaginar. «Palabras y hechos imposibles. Esto es el milagro. Presencias que son un milagro». Don Giussani cita por ejemplo a la Madre Teresa y añade: «Palabras y hechos, [una] presencia humana imposible de concebir. Tan pura, tan coherente, tan potente, aunque con la misma fragilidad que yo tengo: tu humanidad es como la mía, pero en tu humanidad florece algo que viene de Algo más grande [...]. Milagro, por tanto. Se trata de una realidad que yo veo, siento y toco, [...] pero que no puedo reducir a lo que veo, siento y toco, que me remite a la fuerza a algo distinto. Tendría que negar esa realidad, negando esa referencia. Y si la redujese, la destruiría»¹³⁵.

Pero, aunque tengamos delante todas estas cosas que suceden, ¿por qué en muchas ocasiones somos como aquellos a los que Jesús reprende? «¿A quién se parece esta generación? Se parece a los niños sentados en la plaza, que gritan a otros: “Hemos tocado la flauta, y no habéis bailado; os hemos cantado lamentaciones, y no habéis llorado”. Porque vino Juan, que ni comía ni bebía, y dicen: “Tiene un demonio”. Vino el Hijo del hombre, que come y bebe, y dicen: “Ahí tenéis a un comilón y borracho, amigo de publicanos y pecadores”. Pero la sabiduría se ha acreditado por su sobras». Después de esto, Jesús se pone «a recriminar a las ciudades donde había hecho la mayor parte de sus milagros, porque no se habían convertido: “¡Ay de ti, Corozáin, ay de ti, Betsaida! Si en Tiro y en Sidón se hubieran hecho los milagros que en vosotras, hace tiempo que se habrían convertido”»¹³⁶.

Es impresionante que, después de este reproche, Jesús diga: «Te doy gracias, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has escondido estas cosas a los sabios y entendidos, y se las has revelado a los pequeños. Sí, Padre, así te ha parecido bien. Todo me ha sido entregado por mi Padre, y nadie conoce al Hijo más que el Padre, y nadie conoce al Padre sino el Hijo y aquel a quien el Hijo se lo quiera revelar»¹³⁷.

Todos se hallan frente a los hechos (igual que nosotros). Sería razonable someter la razón a la experiencia, después de haber visto tantos milagros realizados por Jesús. Pero son precisamente los sabios y los inteligentes los que no están disponibles a esto. No Le reconocen, pero no porque falten los milagros, sino porque no existe en ellos la disponibilidad para comprenderlos.

¹³⁵ L. Giussani, «En busca de un rostro humano», *Huellas-Litterae Communionis*, enero 1996, pp. X, XII-XIV.

¹³⁶ Mt 11, 16-21.

¹³⁷ Mt 11,25-27.

3. Si no os hacéis como niños...

Esto es lo que hace falta: ser como niños. Superar la lógica de los sabios, contraria a la de los pequeños. Por eso Jesús es categórico, como hemos cantado: «Si no os hacéis como niños...»¹³⁸. «Quien no reciba el reino de Dios como un niño, no entrará en él»¹³⁹. Pero ¿cómo puedo yo, adulto, volver a ser niño? Es la pregunta de Nicodemo a Jesús: «¿Cómo puede nacer un hombre siendo viejo? ¿Acaso puede por segunda vez entrar en el vientre de su madre y nacer?». Jesús se maravilla de la pregunta y de que un hombre inteligente como Nicodemo no comprenda el alcance de la cuestión: «¿Tú eres maestro en Israel, y no entiendes estas cosas elementales?»¹⁴⁰.

Nos encontramos ante un punto fundamental, como nos recuerda don Giussani: «La gran cuestión es volver a los orígenes, volver a ser como Dios nos hizo. En efecto, ¿qué es la moralidad? La moralidad es vivir con la actitud con la que Dios nos ha hecho. Únicamente el que tiene esa actitud, reconoce su Presencia»¹⁴¹. Por eso observa von Balthasar: «¡La sencillez es presupuesto de todo lo demás!»¹⁴². Sin ella, no nos damos cuenta de lo que sucede, de los hechos que acontecen delante de nuestros ojos, no podemos reconocer los hechos como signos de otra cosa. Con la consecuencia inevitable de que se vuelven inútiles, es decir, no sirven para incrementar el conocimiento de Cristo, la familiaridad con Él.

Con este reclamo Jesús no nos está pidiendo, obviamente, que nos quedemos para siempre en un estado infantil. Cuando Cristo indica como modelo al niño, «evidentemente no pone como ideal el infantilismo, sino esa apertura de espíritu que la naturaleza concede automáticamente al niño, pues es condición necesaria para el desarrollo de su humanidad y que, como todo valor, es una conquista difícil para el adulto»¹⁴³. Y debido precisamente a esa dificultad parece imposible de alcanzar, igual que sería imposible nacer de nuevo cuando se es viejo, entrando una segunda vez en el seno materno para volver a nacer.

Pero Jesús mismo testimonia que no es imposible vivir como niños siendo adultos. «Todos sus hechos y palabras traslucen que [Jesús] contemplaba al Padre con un eterno asombro infantil: “El Padre es mayor que yo” (Jn 14,28). [...] [Jesús] jamás pensó en tomar la delantera respecto de su origen

¹³⁸ C. Chieffo, «Canzone di Maria Chiara», en *Cancionero*, op. cit., p. 327.

¹³⁹ Mc 10,15.

¹⁴⁰ Cf. Jn 3,4,10.

¹⁴¹ L. Giussani, *¿Se puede vivir así?*, Encuentro, Madrid 2007, pp. 162-163.

¹⁴² H. U. von Balthasar, *Si no os hacéis como este niño...*, Herder, Barcelona 1989, p. 9.

¹⁴³ L. Giussani, *El sentido de Dios y el hombre moderno*, Encuentro, Madrid 2005, p. 34.

[...]. Se sabe como don que se ha dado a sí mismo, y que no sería nada sin el dador que, aunque distinto del don, se da a sí mismo en él. Lo que el Padre da es el “ser sí mismo”, la libertad»¹⁴⁴. Jesús se sabe siempre donado por el Padre. Y este don llena al Hijo de asombro, de maravilla y de gratitud. «En efecto, el acto de eterna transferencia [entrega] del Padre al Hijo está siempre presente, nunca es algo ya pasado y concluido, acontecido antaño [algo pasado, ya concluido] ni debido [...]. Aunque es también lo recordado desde tiempos inmemoriales, es a la vez lo ofrecido siempre nuevamente, lo esperado en cierto modo en la ilimitada confianza del amor. El niño humano que es Jesús se admira indudablemente de todo: le asombra desde la existencia de una madre amorosa hasta su propia existencia y, a partir de ahí, todas las formas, figuras y manifestaciones del mundo que le rodea, desde las más pequeñas florecillas hasta la inabarcable inmensidad del firmamento. Pero esta admiración nace de la admiración aún más profunda del Hijo eterno que, en el Espíritu absoluto del amor, se asombra y admira del amor mismo que todo lo penetra y supera. “El Padre es mayor”»¹⁴⁵. Esta conciencia del Padre es lo que se transparentaba en cada gesto suyo. Como dice Giussani, «al hombre Jesús de Nazaret –investido del misterio del Verbo y, por tanto, asumido en la naturaleza misma de Dios (aunque su apariencia fuera completamente igual a la de todos los hombres)–, a este hombre no lo veían hacer un solo gesto sin que su forma demostrase la conciencia que tenía, la conciencia del Padre»¹⁴⁶.

Pero Jesús no es un caso aislado, como indica Balthasar: «En el ejemplo de los grandes santos puede verse clara y patentemente que no existe tensión alguna entre el espíritu infantil y filial del cristiano y la madurez del hombre adulto. Estos santos conservaron, hasta una edad muy avanzada, una maravillosa juventud»¹⁴⁷. Nosotros lo hemos visto bien en don Giussani. Y el Papa nos invita a seguir a este tipo de personas: «Relaciónate con las personas que han mantenido su corazón como el de un niño»¹⁴⁸. ¿Qué ha hecho posible en ellos ser como niños? En este punto podemos comprender la respuesta de Jesús a Nicodemo: «En verdad, en verdad te digo: el que no nazca de agua y de Espíritu no puede entrar en el reino de Dios»¹⁴⁹.

Hacernos niños, nacer de nuevo es nacer del Espíritu, es lo que recibimos en el bautismo. Es la comunicación de su Espíritu, que nos hace hijos como

¹⁴⁴ H. U. von Balthasar, *Si no os hacéis como este niño...*, op. cit., pp. 58-59.

¹⁴⁵ *Ibidem*, pp. 60-61.

¹⁴⁶ L. Giussani, «Un hombre nuevo», *Huellas-Litterae Communionis*, marzo 1999.

¹⁴⁷ H. U. von Balthasar, *Si no os hacéis como este niño...*, op. cit., pp. 54-55.

¹⁴⁸ Francisco, *Audiencia general*, 20 de septiembre de 2017.

¹⁴⁹ Jn 3,5.

Él es Hijo, es decir, hijos en el Hijo. Ser hijos en el Hijo significa recibir todo como don, sin quedarnos en la apariencia, es decir, reconociendo todo como dado por el Padre. A esto quiere llevarnos el camino que Dios ha hecho y sigue haciendo con nosotros, de modo que todo lo que sucede pueda introducirnos en la relación con Él. Gracias a la familiaridad con Cristo y, a través de Cristo, con el Padre, no se pierde nada de nuestra vida. Por el contrario, sin esta familiaridad carecemos de ese punto de consistencia que nos permite afrontar la realidad con certeza, con paz, con una mirada y una fecundidad nuevas.

Reconocer todo como don del Padre cambia también nuestro modo de concebir la conversión a la que estamos llamados: «El camino moral es el surgimiento de la coherencia, de la que somos incapaces [...]. La verdadera coherencia moral se produce allí donde uno está asombrado; asombrado por lo que sucede en él, por el don que se le hace»¹⁵⁰. Cuando no reducimos lo que se nos da, todo se revela como ocasión de reconocer a Dios presente en la realidad: por ello, cada día puede crecer más nuestra familiaridad con Él, la certeza de Su presencia, que nos permite no ahogarnos en las circunstancias, que nos hace libres no de forma ficticia, sino real. Y podemos mirar aspectos de nuestra vida que nunca habíamos querido mirar, como escribe esta persona: «¡Amigo mío! Quería decirte que mañana me voy unos días de viaje con mi marido. Dentro de algunos días es el aniversario del asesinato de mi padre. Hace treinta años que no voy allí porque antes de conocerte no podía mirar esta herida, no le hablaba de ella a nadie, solo a los más íntimos. Pero en estos últimos años, también a través de la muerte de mi hijo, he visto crecer una familiaridad inesperada con Jesús. Por tanto, ya no tengo miedo y voy allí, y volveré a ver los lugares en donde crecí y en donde ya Le esperaba. Y quién sabe qué otra cosa me hará descubrir... Gracias por tu amistad, que es un regalo grande que Dios ha querido darme».

Jesús ha entrado en la historia para vencer cualquier miedo, cualquier soledad, cualquier extrañeza entre nosotros.

Y esto –el encuentro real con Cristo en la historia– es lo que necesita nuestro mundo, cada vez más determinado por los miedos, por la desconfianza. De la experiencia de Su presencia victoriosa y transformadora nace todo nuestro ímpetu. Nos lo recuerda siempre don Giussani: «La razón última de todos nuestros gestos de presencia en la sociedad y en el mundo es

¹⁵⁰ L. Giussani, *Qui e ora (1984-1985)*, BUR, Milán 2009, p. 436.

el conocimiento del poder de Jesucristo»¹⁵¹, que es lo que todos esperan. «Cuando esta presencia entra en juego en todas las relaciones de la vida, cuando estas están “suspendidas” de ella, cuando dichas relaciones se ven salvadas, juzgadas, coordinadas, valoradas y usadas a la luz de esa presencia, puede decirse que uno tiene una cultura nueva. Esta nace, pues, de la postura que uno asume con respecto a esa presencia excepcional y decisiva para la vida»¹⁵².

Por tanto, que nadie se engañe: el conocimiento de Jesús al que don Giussani nos empuja no es para retirarnos de la realidad, de las circunstancias, sino para llenar de Su presencia cada gesto, cada «actividad asociativa, operativa, caritativa, cultural, social y política» que hagamos. Y es así como el comienzo permanece, como no se queda nunca como algo pasado: «Al principio se construía, se intentaba construir sobre algo que estaba sucediendo [...] y que nos había aferrado. Por muy ingenua y exageradamente desproporcionada que fuese, se trataba de una posición pura»¹⁵³. Si vivimos cada gesto desde dentro de la pertenencia a Cristo presente crecerá cada vez más nuestro conocimiento de Él y tendremos cada vez más razones para fiarnos.

Ahora podemos captar con mayor conciencia el alcance de la invitación del papa Francisco: «Los animo a que [...] se organicen [dijo en Perú] como comunidades eclesiales de vida en torno a la persona de Jesús. [...] La salvación no es genérica, no es abstracta. Nuestro Padre mira a las personas concretas, con rostros e historias concretas. Todas las comunidades cristianas tienen que ser reflejo de esa mirada de Dios, de esta presencia que crea lazos»¹⁵⁴.

Esto es lo que el mundo espera: «“La creación, expectante, está aguardando la manifestación de los hijos de Dios”. Sin que pueda tomar plena conciencia de ello, dado el carácter inimaginable de la iniciativa de Dios, el hombre de todos los tiempos espera a este hombre nuevo»¹⁵⁵, dice la Escuela de comunidad. Solo esta presencia distinta y original puede responder a la espera del hombre de hoy, como vemos en las cosas que nos contamos y en tantas personas con las que nos encontramos, conscientes de su necesidad.

A propósito de esto, escribe Balthasar: «Mientras que el vocablo “cristianismo” implique ante todo tradición e institución, los movimientos de

¹⁵¹ L. Giussani, «Historia de liberación», en H. U. von Balthasar – L. Giussani, *El compromiso del cristiano en el mundo*, op. cit., p. 177.

¹⁵² L. Giussani – S. Alberto – J. Prades, *Crear huellas en la historia del mundo*, op. cit., p. 141.

¹⁵³ L. Giussani, *Una strana compagnia*, op. cit., pp. 88-89.

¹⁵⁴ Francisco, *Encuentro con la población de Puerto Maldonado (Perú)*, 19 de enero de 2018.

¹⁵⁵ L. Giussani, *Por qué la Iglesia*, op. cit., p. 258.

liberación de los tiempos modernos lo tendrán todo demasiado fácil». E identifica con una agudeza incomparable qué hará que el debate se vuelva interesante: «La verdadera confrontación tendrá lugar cuando el cristianismo se comprometa seriamente a mostrar que la autoapertura de Dios en Jesucristo es una invitación a entrar en el ámbito de la libertad absoluta, el único en que puede desplegarse la libertad humana»¹⁵⁶.

¹⁵⁶ H. U. von Balthasar, «Introducción», en H. U. von Balthasar – L. Giussani, *El compromiso del cristiano en el mundo*, op. cit., p. 12.

Domingo 29 abril, por la mañana

A la entrada y a la salida:

Ludwig van Beethoven, Sinfonía n. 9 en re menor, op. 125 «Coral»

Herbert von Karajan – Berliner Philharmoniker

“Spirto Gentil” n.º 27, Deutsche Grammophon

Ángelus

Laudes

■ ASAMBLEA

Davide Proserpi. El número de preguntas enviadas ha sido muy elevado. Nos han llegado más de mil. Es un signo de que lo que hemos vivido estos días y las cosas que se nos han dicho han conectado en profundidad con preguntas y necesidades que tenemos. Tanto es así que la mayoría las preguntas, como veremos, están acompañadas de experiencias personales que confirman o se ven cuestionadas por las cosas que hemos escuchado. Y esto es precioso, es justamente el signo de la utilidad de un gesto como este, porque si la experiencia de cada uno de nosotros no se pone en juego no sería igual, y nos llevaríamos a casa muy poco.

Entre las muchas cuestiones que habéis planteado, tres nos han llamado la atención de forma particular. Las resumo sintéticamente antes de empezar con las preguntas.

La primera tiene que ver con el conocimiento nuevo, que hace crecer una familiaridad con Cristo. Esto ha impresionado muchísimo, y sale una y otra vez de modos muy distintos: percibiéndolo como algo que pertenece ya a la experiencia que vivimos o asombrándonos como una sugerencia inesperada. Todos hemos experimentado el deseo de que nuestra vida –a veces aparentemente vacía, repetitiva o miserable– pueda ser revestida por esta familiaridad con el Señor que vuelve todo bello y grande, como les sucedió a los que iban con Él por los caminos de Galilea; todos deseamos vivir su misma experiencia.

La segunda cuestión hace referencia a la centralidad de la memoria en la vida del cristiano. Esta palabra forma parte de nuestro ADN. Don Giussani ha reinventado en la práctica su significado, pues comprendió que, en el mundo en que vivimos, tiene una fuerza extraordinaria. No se trata de un bonito recuerdo del pasado, como hemos escuchado estos días, sino que es

la roca sobre la que se apoya la posibilidad de vivir el presente sin miedo y sin reducciones.

Finalmente, la tercera cuestión tiene que ver con el valor de nuestra gran compañía. El hecho de no estar solos en este recorrido no es un consuelo: es el camino.

Como decía, han llegado muchísimas preguntas. Sé que a veces muchos quedan desilusionados porque les interesa una cuestión que sienten especialmente urgente o que quizás ha surgido escuchando las cosas que tú has dicho y no encuentran respuesta. Merecería la pena responder a todas, pero obviamente no es posible; y en el fondo, nadie lo querría, pues antes o después tenemos que volver a casa. Quería preguntarte si tienes algo que decirnos al respecto.

Julián Carrón. Sí, gracias, me gustaría decir que es precioso que muchos volváis a casa con preguntas. ¡Dejadlas abiertas! Comenzaremos un camino para acompañarnos en el trabajo sobre todo lo que hemos dicho, como hacemos habitualmente. Que hayan surgido preguntas en muchos de vosotros es el primer signo de lo que ha sucedido estos días, de que algo se ha movido en nosotros. Y por ello, es el primer don de estos Ejercicios, y para mí es, ante todo, un motivo de asombro. Como todos sabemos, tener preguntas es crucial para poder captar las respuestas, para poder entender. Es lo que nos pasaba cuando estábamos en el colegio: quien no se implicaba en el esfuerzo por comprender, por hacer los deberes, nunca tenía preguntas. Solo tenía preguntas quien hacía este trabajo. Custodiad las preguntas que tenéis y prestad atención a los signos, a los indicios de respuesta que encontréis a lo largo del camino. De este modo, la vida llegará a ser la aventura fascinante del conocimiento. Siempre me ha impresionado, a este respecto, una frase de don Giussani que se encuentra al principio del capítulo cuarto de *El sentido religioso*: «Nosotros estamos hechos para la verdad, entendiendo por verdad la correspondencia entre conciencia y realidad». Por ello, «no será inútil volver a decir que el verdadero problema que tenemos para buscar la verdad de los significados últimos de la vida no reside en la necesidad de una inteligencia particular, de un esfuerzo especial o de unos medios excepcionales que habría que usar para alcanzarla. La verdad última es como encontrar una cosa bella en nuestro camino: si uno está atento, la ve y la reconoce. El problema, por tanto, es de atención»¹⁵⁷.

Prosperi. Entonces, empecemos con las preguntas.

¹⁵⁷ Cf. L. Giussani, *El sentido religioso*, op. cit., p. 57.

«Ayer por la mañana dijiste que solo a partir de la elección y de la preferencia de Dios por mí puedo conocerle a Él y conocerme incluso a mí mismo, y que lo que cuenta es la relación que Él establece conmigo. Intuyo que esto implica una mirada nueva sobre mí mismo que me libera de la medida que tengo sobre mí. ¿Podrías retomar este punto?».

Carrón. Lo primero es darse cuenta de ello. Por eso ayer por la mañana dedicamos toda la lección a tomar conciencia de la preferencia de Dios, de Su iniciativa hacia nosotros. Como veis, es algo que siempre nos asombra. No es algo que podamos dar por descontado. Percibimos toda la novedad que tiene porque desafía nuestra mentalidad, que nos hace apoyarnos en lo que pensamos, en nuestros esfuerzos. Ha sido Él quien ha tomado la iniciativa. Entonces, ¿qué podemos hacer para que esta conciencia se vuelva cada vez más nuestra? Lo que dijimos ayer por la mañana no es una explicación preliminar para pasar después a otra cosa en el discurso sino que constituye, ante todo, el intento de mostrar que esa preferencia, que ha marcado el comienzo de la historia de Israel, toca nuestra vida y puede entrar en las entrañas de nuestro yo. La experiencia de la preferencia de Dios se muestra tan deseable que no puedo dejar de percibir la urgencia de que se vuelva mía, de que me aferre por completo hasta el punto de vivir de esta conciencia. ¡Pero se trata de un camino, amigos! Todo el recorrido que ha establecido Dios es para que nosotros podamos alcanzar la certeza de la relación con Él, de su amor por nuestra vida. Todos sabemos lo difícil que resulta que esto penetre en nuestra mentalidad; de hecho, pensamos que se trata de una cuestión de eficiencia, de nuestros intentos, de nuestros análisis, de nuestra inteligencia. Don Giussani subraya que lo más lejano con respecto a nuestra mentalidad es que un acontecimiento –un acontecimiento que sucede una y otra vez– sea lo que despierta nuestras personas, lo que nos hace tomar conciencia de la verdad de nuestra vida. Por ello, al igual que le sucedió al pueblo de Israel, la cuestión es prestar atención a cualquier signo del acontecimiento que vuelve a suceder, a cualquier señal de esa iniciativa incesante que Dios toma para que podamos tener experiencia de Él –«Yo soy el Señor»–, para que podamos mirarnos con la misma mirada que el Misterio tiene sobre nosotros: «Te he preferido, eres precioso a mis ojos». Cada gesto de Dios es para decirnos esto, desde el principio hasta ahora. No hay un gesto de Dios, una forma de acercarse a nosotros, que no sea para decirnos esto. Y de ahí surge poco a poco la conciencia de que tú y yo *somos* la relación que Él establece contigo y conmigo, con cada uno de nosotros. Imaginad que nos levantáramos por la mañana, cada día, con la conciencia de Uno que te dice: «Tú eres precioso

a mis ojos». ¡Qué novedad entraría en nuestra vida, independientemente de la circunstancia que tuviéramos que afrontar! Como decía ayer citando a von Balthasar: «El amor de Dios hacia mí hace de mí aquello que en definitiva soy»¹⁵⁸. Si no nos miramos así, no nos miramos bien. Esta mirada se ha producido y nadie la puede arrancar de nuestra historia. Dios es absolutamente único y, al concederme Su amor, me hace único también a mí. Tú y yo estamos definidos por esta mirada sobre nosotros. Cualquier otra imagen es una reducción de nuestras personas.

Comienza así un camino que es una lucha. Con frecuencia recaemos en la medida: si soy capaz de hacer esto o aquello, si consigo ser coherente, si mi actuación es adecuada, cómo me juzgan los demás... Nuestro camino es una lucha entre mi medida –o la de los demás– y la preferencia que ha entrado en mi vida. Hay Alguien que me dice: «Puedes medirte todo lo que quieras, pero tú eres precioso a mis ojos, siempre puedes dejar entrar en ti mi preferencia. Tú no estás definido por tu medida, tú eres la preferencia que yo tengo por ti». A partir de aquí, solo a partir de aquí puede nacer una ternura por nosotros, una mirada que nos permita abrazarnos a nosotros mismos y que no sea sentimental. En la medida en que lo acoges, puedes empezar a poner en juego esta mirada en tu experiencia, en todo lo que tocas. Cuando esta presencia empieza a impregnar todas las relaciones de la vida, como decíamos al concluir la lección de ayer por la tarde, cuando todas las relaciones están suspendidas de ella, cuando se ven salvadas, juzgadas, coordinadas, valoradas y usadas a la luz de esa presencia, entonces podemos decir que es una cultura nueva, es decir, una mirada nueva sobre todo. Porque la cultura nueva nace de la posición que uno asume hacia esa presencia excepcional y decisiva para la vida. Es el comienzo de otro mundo en este mundo. Nos conviene no perdernos este inicio, nos conviene que este no se reduzca nunca a algo pasado, sino que esté siempre presente. Todo el esfuerzo de Dios, la cantidad ilimitada de iniciativas que Él emprende, es para convencernos de esto: «Tú eres precioso a mis ojos y ninguno de tus errores, ninguno de tus olvidos, ninguno de tus malhumores puede eliminar esto de la faz de la tierra». Entonces, ¿por qué luchar contra esta evidencia en nombre de una medida nuestra, que nunca será verdadera? ¿Para qué sirve? La única verdad es esta: «Tú eres precioso a mis ojos». La nuestra será siempre una lucha desigual porque, aunque no nos demos cuenta, lo que nos define en última instancia es la mirada absolutamente única que Cristo tiene sobre nosotros. Toda la fatiga de la vida consiste en la lucha por dejar entrar esta mirada. ¿Cuánto tiempo necesitaremos para que la conciencia de Su mirada penetre en nuestras entrañas?

¹⁵⁸ Ver aquí, p. 21.

Prosperi. Ahora hay dos preguntas sobre el tema de la memoria.

«¿Qué diferencia existe entre lo “ya sabido” y la “memoria”? ¿Existe un modo de partir de la experiencia vivida que sea una hipótesis para juzgar todas las cosas, o esto es erróneo?».

La segunda, parecida, es un ejemplo personal: «Ayer por la mañana dije que “la fuente originaria corre a través de todo nuestro ser incluso cuando estamos absorbidos por las tareas terrenas”. ¿Puedes explicarlo mejor? Ejercí una profesión liberal y mi jornada está llena de peticiones de naturaleza “técnica” a las que debo responder de forma urgente y sin descanso. A menudo, aunque lo deseo, me parece que no crece la familiaridad con Jesús. ¿Cómo se puede tener siempre presente en los ojos el acontecimiento y hacer que crezca en las ocupaciones laborales, que tienen como objeto una materia que parece no tener nexo alguno con Cristo? ¿Es un problema de crecimiento de la memoria?».

Carrón. La diferencia entre lo «ya sabido» y la «memoria» – en el sentido al que se refiere don Giussani, es decir, en el significado auténticamente cristiano de la palabra *memoria*– es muy sencilla. Son dos modos opuestos de estar en relación con lo que nos ha sucedido. Pensemos en cómo han surgido dos actitudes antitéticas de la misma historia, esa de la que hablamos ayer por la mañana. Por una parte, la de los fariseos. Ellos conocían bien su historia, eran los que se la tomaban más en serio, aparentemente, pero en un momento dado esto los llevó a pensar que sabían ya cómo funcionaban las cosas. Y esto que «ya sabían», los bloqueó, en lugar de abrirlos – como habría tenido que suceder gracias a lo que conocían– a la nueva iniciativa que el Misterio estaba tomando. Por otra parte, la actitud de la Virgen, de Juan y de Andrés. Atención, los fariseos, la Virgen, Juan y Andrés eran contemporáneos, vivían todos en la misma época y tenían todos la misma gran historia a sus espaldas. Pero en la Virgen, en Juan y en Andrés dicha historia, por su forma de vivirla, generó en ellos una apertura total a la novedad que Cristo representaba y que había sido anticipada por todo lo que la iniciativa de Dios había hecho ya suceder hasta ese instante. La inmanencia a esa historia particular, la memoria de ella les abrió a la acción imprevisible de Dios. En los fariseos se produjo exactamente lo contrario. Por tanto, la verificación, la prueba de si me hallo en la actitud de lo «ya sabido» o de la «memoria» es si estoy abierto al imprevisible que Dios hace suceder ante mis ojos o si estoy cerrado. Esa cerrazón no es solo de los fariseos. También Pedro la experimentó. Jesús pregunta a los discípulos: «Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?», y Pedro responde: «Tú eres el Mesías, el Hijo del Dios vivo». «Bienaventurado tú, Simón, hijo de Jonás, porque eso no te lo ha revelado ni la carne ni la sangre, sino mi Padre que está

en los cielos»¹⁵⁹. A nadie ha dirigido Jesús una alabanza semejante. Pero un instante después, Pedro piensa que ha comprendido y que sabe cómo están las cosas, y hace él mismo la prueba de la que he hablado. De hecho, después de haberle dicho: «Bienaventurado tú, Pedro...», Jesús añade: «Ahora vamos a Jerusalén, porque tengo que dar la vida por vosotros». Pedro le dice: «¡Ni hablar de eso!». Después de todo lo que había visto –su vida con Jesús había sido una novedad continua, hecha de acontecimientos que nunca habría imaginado–, inmediatamente después de haber dado aquella respuesta por la que había sido elogiado, en lugar de secundar el imprevisto, es decir, lo que Jesús le dice, Pedro lo sienta en el banco de los imputados: «¡Lejos de ti tal cosa, Señor! ¡Esto no puede pasarte!»¹⁶⁰. Esto vale también para nosotros: en lugar de ser, por la naturaleza que tiene, lo que genera una apertura incansable a la novedad de la iniciativa de Cristo, nuestra historia en el movimiento puede llegar a ser, por nuestra forma de vivirla, lo «ya sabido» que hace «superfluo» seguir: ¡creemos que ya no necesitamos seguir! Y esto se ve por el hecho de que, al igual que Pedro, le decimos a Jesús lo que debería hacer. En un momento dado, aludiendo a una comparación que hemos usado más veces, nos comportamos como Kant: «Si ya tenemos el Evangelio, ¿por qué tenemos que seguir? Podemos actuar por nuestra cuenta». En esta posición –de los fariseos, de Pedro, de Kant y muchas veces nuestra– lo «ya sabido» vence a la «memoria». Por eso, la de ayer por la mañana no quería ser una lección de «historia sagrada», que ya conocéis, sino el intento de hacernos conscientes del método de Dios, un método que todavía no es nuestro, que todavía no hemos aprendido o aceptado, al que siempre podemos tener la tentación de sustraernos, y por eso con frecuencia nos vemos diciendo, como Pedro: «No, no, no puede ser así». Al separarnos del origen, cambiamos de método. Pero el método será siempre el mismo: una iniciativa constante de Cristo que hemos de secundar. Y esto no afecta solo al pasado, sino que afecta también, y sobre todo, al presente. Por eso Jesús nos advierte: «El que recibe al que yo envíe me recibe a mí»¹⁶¹, porque Él sigue mandando a otros a través de los cuales se hace presente. Si no vuelve a tomar la iniciativa, si no vuelve a suceder Su presencia ante nuestros ojos, no existe experiencia cristiana, y con lo que «ya sabemos» no duramos ni siquiera un día. El método de Dios corresponde a nuestra necesidad. Debemos ser conscientes de ello.

Vayamos a la segunda parte de la pregunta: ¿cómo podemos tener siempre el acontecimiento de Cristo en los ojos y hacer crecer la conciencia de Su

¹⁵⁹ Mt 16,15-17.

¹⁶⁰ Mt 16,22.

¹⁶¹ Jn 13,20.

presencia en las ocupaciones laborales? Recuerdo que una vez me preguntaron cómo se podía hacer memoria de Cristo mientras se estaba trabajando. Yo respondí invirtiendo los términos del problema: «Y tú, ¿cómo consigues trabajar sin hacer memoria de Cristo?». ¿Cómo os apañáis con todas las horas de trabajo que tenéis que afrontar, a veces en medio de complicaciones y dificultades, sin hacer memoria? ¿Cómo consigues despertarte por la mañana y levantarte de la cama, como puedes mirar a tu mujer o tu marido y a tus hijos sin hacer memoria? Es justamente lo contrario, como dice nuestra amiga india: incluso cuando había tratado de huir de lo que le había sucedido, no pudo evitar que lo primero que le viniese a la mente cuando abría los ojos fuesen los rostros de las personas que había conocido y que tenían como única característica que habían sido aferradas por Cristo. La memoria de lo que la había conquistado determinaba la espera frente a todo. La memoria es el fruto de una familiaridad que vuelve todo ligero. Estos Ejercicios nos indican el camino que debemos recorrer, no porque lo hayamos decidido nosotros, sino porque lo ha trazado Él. Si volvemos al origen es para volver a poner ante nuestros ojos el método que Dios ha usado desde el inicio y que sigue usando en el presente. La Biblia es el canon del método de Dios: una historia, iniciada en el pasado, que continúa en el presente. Por eso cada cosa, cada desafío, cada sufrimiento es una invitación a la memoria. Incluso cada insatisfacción es una ocasión para la memoria: «¿Pero no te faltó yo?».

Prosperi. «¿Podrías aclarar qué significa que solo se puede comprender con una razón afectivamente comprometida?».

Carrón. Preparando los Ejercicios –la primera gracia para mí es preparar este momento, con la esperanza de que pueda seros útil también a vosotros–, me ha impresionado un texto que he leído muchas veces; está contenido en el capítulo tercero de *El sentido religioso*. Después de haber hablado del descubrimiento de Pasteur –todos recordaréis ese pasaje–, don Giussani pone un ejemplo: «Suponed que Marcos y yo vayamos andando por la acera de una ciudad, que Marcos me haya planteado un grave problema y yo me esté esforzando en darle alguna explicación. Él me presta atención, y yo, cada vez más apasionado, cada vez más lúcido –así me lo parece a mí–, le expongo mis razones. “Entonces, ¿entiendes?”. “Sí, sí, hasta aquí te sigo”. Seguimos discutiendo con los ojos fijos en la acera. Pero él levanta la mirada en el momento en que por la otra acera viene una chica que es toda una belleza; y Marcos repite cada vez más mecánicamente “Sí, sí”, fijándose en el tipazo de la chica y volviendo la cabeza mientras ella se aleja. Hasta que se vuelve con tristeza cuando ella ha desaparecido de su vista, justo en el momento en

que yo he terminado y le digo: “Entonces, ¿estás de acuerdo?”. Y él responde: “No, no; no estoy convencido”. Esto no es justo, porque no ha estado atento. Es el delito que la mayoría de los hombres comete frente al problema del destino, de la fe, de la religión, de la Iglesia, del cristianismo. La mayoría comete este tipo de delito porque su cerebro está ocupado en otros asuntos muy distintos y para estas cosas está “muerto y sepultado”¹⁶², es decir, está de todo menos comprometido. «Muerto y sepultado», ¡dice exactamente esto! No es que no sucedan hechos espectaculares –por eso hablaba ayer del milagro de la multiplicación de los panes–, pero si el cerebro, frente a tales hechos, está «muerto y sepultado», no los vemos. El yo se vuelve como una piedra: pueden suceder las cosas más espectaculares, pero nuestro yo no está presente. Por esto Giussani subraya que solamente puede entender aquel que se compromete, quien está «comprometido con lo que vive»¹⁶³. Es decir: la realidad existe y también existe mi yo, dotado del criterio para reconocer la verdad, pero la verdad de la realidad y la naturaleza de mi yo emergen únicamente en una experiencia, cuando mi yo está comprometido con lo que existe y está –al mismo tiempo– comprometido con lo que experimenta, en lo que experimenta, cuando se topa con lo que existe. Es como cuando vais a comprar zapatos: los veis en el escaparate y pensáis: «Estos zapatos están hechos para mí. Combinan perfectamente con mi vestido. Es más, parecen de mi número». Pero solo cuando uno entra en la tienda y se prueba los zapatos, comprometiéndose con lo que experimenta, podrá saber si es su número o no. Todo puede funcionar perfectamente en nuestra cabeza, lo escuchamos ayer. Uno piensa: «yo puedo irme del movimiento, en el fondo no lo necesito», porque está convencido de que ya ha comprendido; pero cuando se compromete con lo que experimenta, al haberse ido, reconoce la desilusión y comienza a surgir el juicio. Y solo cuando vuelve empieza a darse cuenta de las cosas. Siempre es la misma historia. Nosotros solamente comprendemos si nos comprometemos con todo aquello que nos afecta y con todo lo que experimentamos, pues en caso contrario todo lo que nos sucede será inútil para el camino que debemos recorrer. Por eso se nos pide un trabajo. No existe otra forma para entender. Muchas veces esperamos un milagro que nos ahorre la libertad y, sin embargo, Giussani nos dice: «Debéis esperar un camino, no un milagro que eluda vuestras responsabilidades, que evite vuestro esfuerzo, que haga mecánica vuestra libertad»¹⁶⁴. Solo quien recorre el camino, a partir de un encuentro o de un milagro, podrá

¹⁶² L. Giussani, *El sentido religioso*, op. cit., p. 51.

¹⁶³ L. Giussani, *Si può vivere (veramente?!) vivere così?*, BUR, Milán 1996, p. 82.

¹⁶⁴ L. Giussani en A. Savorana, *Luigi Giussani. Su vida*, Encuentro, Madrid 2015, p. 669.

comprender de verdad, pues en caso contrario se encontrará en la misma situación que los discípulos, que discutían por el pan en la barca, a los que Jesús dice: «¿Pero no comprendéis?»¹⁶⁵. Si no nos comprometemos con lo que encontramos y con lo que vivimos, siempre estamos como al principio, dependemos constantemente del humor, no conocemos de verdad lo que tenemos delante y por ello todo lo que sucede no podrá contribuir a que crezca la familiaridad con Cristo. El problema no es que no hagamos cosas, sino que en las cosas que hacemos no nos impliquemos en una comparación constante con nuestro yo. Y la consecuencia es que no conocemos a Cristo. Uno puede incluso equivocarse y, a través de su error, darse cuenta de que lo que hace no cumple su vida, captando la diferencia entre Cristo y eso de lo que esperaba el cumplimiento; comprende que su acción no le satisface porque en ella no está Cristo. Cuando, al haberme equivocado, me doy cuenta de que Cristo está ausente, estoy agradecido por ello: la conciencia de mi error me hace volver a Él, como le sucedió al hijo pródigo. La cuestión no es dejar de equivocarse. De hecho, la fe no es solo para los ángeles. Es para los pobrecillos, para los cojos como nosotros, que aprenden siempre de lo que sucede; es decir, es para hombres de carne y hueso.

Prosperi. «Me ha impresionado cuando hablas de Dios, que se sirve de las rebeliones y las desilusiones del pueblo de Israel para hacer que crezca la familiaridad con Él. Lo mismo hace Jesús, que responde a la incredulidad de los apóstoles no con nuevos milagros, sino desafiándolos para que vuelvan al origen. ¿Cómo podemos estar seguros de que, a través de las desilusiones, las rebeliones y las incredulidades, los desafíos de la realidad, crecerá la familiaridad con Jesús?».

Carrón. Esto es lo que tenéis que verificar vosotros mismos, no basta con que yo os lo explique. Es necesario verificar si, precisamente cuando vivimos nuestras rebeliones, nuestras desilusiones, nuestros errores, Dios sigue tomando la iniciativa con nosotros y poco a poco crece nuestra familiaridad con Él. Dios no se hace presente en nuestra vida solo cuando somos buenos. Incluso cuando el pueblo de Israel murmura porque no tiene nada que comer, Dios interviene en su socorro, no espera a que los israelitas sean buenos para hacerlo. Dios interviene, deja sentir su presencia y usa de todo, incluso nuestras rebeliones, para mostrarnos lo diferente que es. Es muy consolador a este respecto releer la frase de san Pablo: «A los que aman a Dios todo les sirve para

¹⁶⁵ Mc 8,21.

el bien»¹⁶⁶, con el comentario de san Agustín: *Etiam peccata*, incluso los pecados. Dios se sirve de todo para mostrarnos Su rostro. Como hacéis vosotros con vuestros hijos: cuando se rebelan, cuando están enfadados con vosotros, cuando se encierran en sí mismos, seguís tomando la iniciativa con ellos, y justamente por esto ellos pueden reconocer lo diferentes que sois y pueden pensar: «¡Menos mal que existe mi madre!». Esto vale también para nosotros: ¡menos mal que existes, Cristo! En las desilusiones, en las caídas, no me abandonas, y a través de cualquier situación puedo volver a ti. Entonces uno está más contento por el hecho de que exista Cristo que deprimido por haberse equivocado. La gratitud porque Cristo existe prevalece sobre el dolor por el pecado; como el niño que llora: ve a su madre y, al mismo tiempo que llora empieza a sonreír. Por tanto, cuanto más ve uno a Cristo en acción –por eso es necesario estar atentos a lo que sucede, a las iniciativas siempre nuevas que Dios toma con nosotros– más crece la disponibilidad a fiarse de Él. Es como si Él nos dijese: «Pero, ¿por qué te agitas, si estoy yo? ¿Todavía no entiendes? ¿Por qué te agitas por haber olvidado el pan? ¿No has entendido quién soy yo?». A través de todo lo que sucede, una y otra vez, Cristo nos aferra de nuevo con ternura para entrar cada vez más en el fondo de nuestro ser.

Prosperi. En cierto modo ya has respondido a esta pregunta, pero en cualquier caso la leo: «Me ha conmovido escucharte decir que lo que me constituye es la libertad, y que estoy llamado a participar de la misma libertad con la que Dios ama todo. Decías que el origen de la elección de Dios coincide con la finalidad de esta elección. Ha sido como asomarme a una posibilidad que nunca había pensado, a un escenario nunca visto: nunca había pensado esto acerca de mí. Es cierto sentido, la familiaridad que deseo con Cristo coincide con esta libertad, que me parece el bien más valioso: una libertad llena de inteligencia. ¿Qué es lo que permite conservar esta libertad, y qué nexos tiene con el conocimiento?».

Carrón. Esta libertad puede parecernos como «una posibilidad que nunca habíamos pensado». Y sin embargo, es justamente lo que somos, es nuestro nombre: Comunión y Liberación. Nosotros pertenecemos a este lugar justamente por esa experiencia de libertad. Obviamente, no basta con repetir un nombre para que entre en nuestras entrañas la experiencia de la liberación: es necesario que crezca la familiaridad con Cristo. Y por eso insisto en que la primera cuestión, la decisiva, es esta familiaridad. Si no llegamos a estar cada vez más seguros de Él, de Su presencia, de Su pasión por

¹⁶⁶ Rm 8,28.

nosotros, cada vez más seguros de que el camino que nos invita a realizar es para nosotros, será imposible tener experiencia de la libertad. De hecho, la libertad es como una sorpresa que brota de esta familiaridad, no el término de un esfuerzo o de un análisis nuestro. Solo tenemos que preocuparnos de una cosa: secundar a Cristo cuando interviene, como le pasó al pueblo de Israel. Entonces comprendemos que la libertad es siempre fruto de haber sido liberados, es decir, de dejar entrar Su presencia en nuestra vida. Y debemos prestar atención una y otra vez a cómo se introduce en nosotros esta posibilidad de libertad «que nunca habíamos pensado». Por eso no es inútil volver al pueblo de Israel para ver cómo surge la liberación a raíz de la iniciativa de Dios, a través de todas las peripecias, los errores, los desafíos, las dificultades, de todos los factores que han caracterizado su historia. Dentro de la historia de la salvación, que continúa hoy y en la que estamos implicados, todo resulta valioso para que la familiaridad con el Señor pueda entrar cada vez más en nosotros. Si queremos ser realmente libres solo hace falta permanecer ligados al origen, a la «fuente», que es Él. De hecho, siempre está al acecho la tentación de pensar que todo depende de nuestro esfuerzo y no de la certeza de una presencia. Pero lo que conserva la experiencia de la libertad es permanecer en relación con Aquel que la genera. Cuando el pueblo de Israel creyó que poseía la verdad y se cansó del Señor que lo había liberado, pudo hacer la verificación: acabó en la esclavitud. La libertad nunca será una posesión nuestra, pues es un don que recibimos continuamente. Y esto es lo que nos cuesta comprender. Tratamos la libertad como si fuese una pluma que alguien nos da: «Ahora es mía –pensamos– y nadie me la quitará». Esto es falso. La libertad es como un fuego: si no lo alimentamos, se apaga. Si nos alejamos de la fuente, es decir, de la presencia de Cristo que vuelve a suceder, caemos una y otra vez en distintas formas de esclavitud, como decíamos ayer. Podemos entender, entonces, por qué todo el esfuerzo de Dios es conducirnos a la mirada del niño que nos ha testimoniado Jesús, que recibe cada cosa como don del Padre. Esto significa que yo puedo seguir siendo libre únicamente si acepto la libertad que Otro me regala. Y esto es realmente lo que más cuesta que entre en nuestra cabeza, el cambio más arduo en nuestra forma de concebir las cosas. Como hemos dicho muchas veces, la conversión debe darse en el nivel del conocimiento de uno mismo y de lo que supone el acontecimiento de Cristo para nosotros. De hecho, muchas veces usamos la palabra «acontecimiento» para indicar un detonante que se ha producido en un momento dado, después del cual las cosas han seguido por sí mismas. En cambio, el acontecimiento del que hablamos sucede continuamente, se produce siempre en el presente, pues de no ser así, la libertad se pierde, se vuelve imposible.

Será crucial retomar la Primera lección cuando trabajemos sobre ella los próximos meses, porque lo que se dice en ella es lo que sentimos más lejano como mentalidad: siempre estamos tentados de pensar que el don que hemos recibido –nuestra liberación– se ha convertido ya en una posesión nuestra o puede llegar a serlo.

Prosperi. «Ayer dijiste que Cristo está aquí para nosotros, para vencer todos nuestros miedos. Yo tengo miedo por mis hijos, tengo miedo de que crezcan en esta cultura que te dice que ser hombre o mujer no es un dato de hecho, y en donde el Estado decide si tu hijo debe vivir o morir. ¿Cómo puedo combatir este miedo, como puedo estar incluso frente a compañeros y amigos que creen en esto, sin quejarme continuamente y sin sentirme continuamente aplastada?».

Carrón. Se trata de un desafío extraordinario, para ella y para todos nosotros. Cada uno de nosotros tiene que plantearse cómo respondería a estas preguntas. Es crucial. Nuestra amiga solo puede evitar estar determinada por el miedo si Cristo es capaz de hacer de ella una criatura nueva. Este es el salto de conciencia del que habla el texto de la Página Uno del mes de abril, al que Giussani nos ha reclamado siempre: cuanto más duros son los tiempos, más es el tiempo de la persona. El desafío es la generación del sujeto, pues en caso contrario tendremos que declarar que el cristianismo está muerto y sepultado, como algo que servía en otra época, pero que no sirve hoy. El cristianismo nació en tiempos peores que los nuestros, en el Imperio Romano, y ha atravesado momentos verdaderamente difíciles, pero ningún poder de este mundo ha podido impedir la generación de un yo, de una criatura nueva, como testimonio san Pablo. Si no tenéis experiencia de la criatura nueva que Cristo ha traído al mundo, contagiaréis a vuestros hijos de vuestra inseguridad existencial, inyectaréis el miedo en su sangre. Y no podréis arreglároselas dándoles simplemente buenos consejos: son demasiado poco para combatir una situación como la que se describe en la pregunta. Solo podréis acompañar a vuestros hijos si ven en vosotros una certeza, pues en caso contrario les comunicaréis vuestra cultura, que nace de una inseguridad existencial. Pero no está escrito que uno tenga que estar en el mundo de esta forma. ¡Se puede estar en este mundo de forma distinta! Es el gran desafío que la Iglesia tiene ante sí hoy en día: generar sujetos capaces de estar de una forma distinta en esta sociedad, no en el redil, no en el cuartel, no en un espacio protegido; es decir, generar sujetos capaces de estar en este mundo no viviendo de forma ambigua, sino portando la novedad de una presencia original que nace de la fe vivida, porque es esto lo que interesa y desafía a los demás. Es el desafío más potente por el que se pueden sentir abrazados y que, consciente o inconscientemente, esperan.

Estos Ejercicios son el intento de seguir nuestro camino hasta experimentar una familiaridad cada vez mayor con Cristo, para que no prevalezca en nosotros la inseguridad existencial y por tanto el miedo, que hará que nuestra contribución sea insignificante. Solo cuando no comunicamos la inseguridad, sino la certeza que nace de la fe, de la familiaridad con Cristo, solo cuando no comunicamos algo «ya sabido» –que no nos basta ni siquiera a nosotros para vivir: sabemos por experiencia que incluso conocer toda la Escuela de comunidad como discurso no es suficiente para vencer el miedo–, sino una frescura de vida nueva, constituimos una presencia adecuada a los desafíos que vivimos. El Misterio se ha hecho carne para poder acompañar nuestra vida, para que pueda entrar en la historia una presencia distinta que contagie a los demás según un designio que no es nuestro, como vemos en muchas ocasiones.

Prosperi. «Mi marido y yo no podemos tener hijos. Esta extraña iniciativa que Dios ha tomado con nosotros me impide sentirme preferida. Mi corazón grita este deseo de maternidad, pero me doy cuenta de que últimamente mi corazón se ha endurecido, reducido a una imagen mía de felicidad, y la queja de los discípulos prevalece también en mi vida (¿por qué no podemos tener hijos? ¿Por qué justamente nosotros?). ¿Cómo hacer para no reducir este deseo y para tener un corazón nuevo cuando la realidad te dice que no? ¿Por qué Dios pone en mi corazón un deseo que la realidad me niega? ¿Cómo puede renacer el corazón endurecido desde una herida?».

Carrón. Lo que Dios pone en tu corazón es el deseo de felicidad, no la forma específica de su cumplimiento que tú, comprensiblemente, determinas. A tu deseo de felicidad Dios ha respondido dando la vida por ti. Si uno está asombrado y agradecido por esto, se apoya en la plenitud de la presencia de Cristo muerto y resucitado, y entonces podrá afrontar cualquier situación. De no ser así, prevalecerá el miedo. Al encarnarse, al morir en la cruz por nosotros, al resucitar, al permanecer por ello presente en la historia, Dios nos ha dado una respuesta sobreabundante, más allá de cualquier medida. Entonces, ¿cómo estar delante de la situación misteriosa que se ha descrito? ¿Por qué nos tiene que pasar esto justamente a nosotros? Yo no sé por qué, o mejor: Cristo no nos da una respuesta intelectual, con forma de explicación, sino que nos dice: «La respuesta a tu deseo soy yo». Solo si lo aceptas, es decir, si tienes experiencia de la correspondencia única de Su presencia a tu corazón, podrás mirar la herida de no tener hijos, y estarás agradecida de que Cristo exista. Esta es la esperanza de la vida. La forma a través de la cual el Misterio te hará desbordar de plenitud y de alegría, te la

indicará a través de lo que vaya sucediendo. Lo importante es que la queja no prevalezca sobre el asombro por la sobreabundancia de lo que Él te da. Somos libres y estamos alegres porque lo tenemos todo. Insisto, si uno no tiene experiencia de apoyarse sobre la plenitud de Su presencia, si no está agradecido por haber conocido a Cristo y no experimenta que todo es abrazado por Él, entonces prevalecerá la queja.

Prosperi. «Inmerso en la cultura de hoy, el hombre tiende a desentrañar los problemas y a analizarlos para llegar al fondo de ellos. ¿Cómo se puede mirar la realidad como lo hacen los niños, sin censurar nuestra perspectiva racional? ¿Cómo afrontar las preguntas de hoy con el corazón de un niño?».

Carrón. Es una cuestión sobre la que don Giussani volvía siempre: tener la misma actitud con la que nacemos, es decir, tener sencillez y sinceridad frente a la realidad, con esa apertura positiva que se expresa como curiosidad, es fácil para un niño. Pero si un adulto no se compromete a educarse constantemente para tener esta actitud, si la considera como una pura espontaneidad, no podrá hacerla suya de verdad, más aún, poco a poco la perderá, cediendo al pensamiento de que esa apertura es algo propio de personas ingenuas, de que está bien para los niños, pero que en los adultos debe dejar paso a la única posición verdaderamente «inteligente», es decir, el escepticismo. «¡No soy ningún ingenuo!»: cuántas veces lo escuchamos de personas adultas. Pero atención, el problema no es ser «ingenuos», sino permanecer en la actitud original con la que somos creados, con los ojos abiertos de par en par ante la realidad. ¿No te gustaría mirar a tu mujer como la primera vez? ¿O a tus hijos como cuando los viste salir de tu seno? ¿Qué permite tener esta mirada cuando uno es adulto? Para nosotros, como decía Nicodemo, es imposible. Solo puede ser un don, que es necesario secundar constantemente como fruto de una educación. Por ello, si no nacemos una y otra vez, esta mirada desaparece, y con ella también la razón, que queda reducida a simple medida. Para conocer auténticamente la realidad hace falta sobre todo una «razón que se abre» de par en par, antes que una «razón que explica»¹⁶⁷. Por este motivo, para don Giussani el problema de la inteligencia se halla contenido en el episodio de Juan y Andrés. En el encuentro con Jesús de Nazaret, Juan y Andrés se ven atraídos, fascinados, cautivados: en ese momento su razón, en cuanto que está sostenida por el afecto, se abre y se realiza según toda su naturaleza. Es decir, la única razón verdadera es la que se mantiene abierta por completo ante la realidad, como sucede en el niño. Por eso, como hemos dicho, si no participamos del lugar donde se abre

¹⁶⁷ Cf. L. Giussani – S. Alberto – J. Prades, *Crear huellas en la historia del mundo*, op. cit., p. 30.

continuamente nuestra razón, terminamos encallados en nuestros análisis, adoptando, sin saberlo, «los esquemas del mundo, que mañana serán distintos de los de hoy»¹⁶⁸. Por el contrario, «la cultura nueva [...] parte de un encuentro que se ha tenido», dice Giussani, «de un acontecimiento del que se participa, de toparse con una presencia, no de algunos libros que se leen o de ideas que se escuchan. Este encuentro tiene un valor genético, porque representa el nacimiento de un sujeto nuevo que aparece en un lugar y en un momento determinado de la historia, cuya personalidad nueva se alimenta y crece por dicho encuentro, que tiene una concepción única e imposible de reducir a cualquier otra [...], un conocimiento distinto»¹⁶⁹. ¿Estamos disponibles para no separarnos de este encuentro que tiene un valor genético, para poder mantener una mirada verdadera sobre la realidad? ¡Solo Cristo salva la razón! Con nuestros análisis no vamos muy lejos.

Prosperi. «Cuando hablas de la reducción del acontecimiento a ideología me surge una pregunta: ¿qué diferencia hay entre las buenas personas (bautizados o no bautizados) y los que han conocido a Cristo?».

Carrón. Existe una diferencia inconfundible que no es generada por nosotros. Si nosotros estamos aquí es justamente porque nos hemos topado con esta diferencia. Como nuestra amiga india: se ha topado con palabras y hechos, con una presencia humana imposible de concebir, es decir, con personas con una gran apertura del corazón y de la razón que tienen una mirada distinta sobre sí mismas y sobre los demás, que tiene una gratuidad, una alegría, una fecundidad y una capacidad de construir, decíamos ayer por la tarde, que son incomparables, es decir, se ha topado con personas que tienen un modo de afrontar la vida, el dolor y la muerte que no nacen de su capacidad. Habría que leer nuevamente la *Carta a Diogneto*, pero sobre todo, habría que mirar a nuestro alrededor: entre nosotros hay muchos ejemplos de una forma de estar dentro de las circunstancias, incluso de las más difíciles, con una plenitud de esperanza que el hombre no puede darse a sí mismo. Por eso don Giussani dice que esta humanidad es un «milagro». Si estamos aquí y no en otro sitio es porque esta humanidad no se encuentra por todas partes y no es fruto de un esfuerzo de coherencia del hombre. Pero cada uno debería decirlo a partir de su propia experiencia, para responder a la pregunta en primera persona. Nos jugamos la consistencia de nuestra adhesión.

¹⁶⁸ *Ibidem*, p. 75.

¹⁶⁹ *Ibidem*, p. 141.

Prosperi. La última serie de preguntas tiene que ver con la compañía.

«En la Introducción del viernes nos dijiste que “nuestra compañía debe ir más al fondo, debe llevarnos hasta el fondo, [...] afecta a nuestro corazón» [...] debe introducirnos [...] en una relación profundamente personal con Él”. ¿Qué indicaciones nos puedes dar para esta tarea, en particular con referencia a los grupos de Fraternidad?».

«Yo estoy solo, vivo lejos de las comunidades del movimiento. ¿Cómo puedo vivir la familiaridad con Cristo? ¿Qué tiene que ver con las cuestiones concretas de todos los días?».

«Nuestra amiga india ya no está en el lugar de la compañía, pero es como si no se lo pudiese arrancar de encima, aunque haya dicho que no muchas veces. ¿Qué camino indica este hecho para nuestra vida?».

Carrón. La sugerencia más sencilla que os doy es que permaneczáis ligados a la experiencia, porque entonces puede suceder lo que documenta esta carta (que nos ayuda responder también a la pregunta anterior): «Solo dos líneas para comunicarte la alegría y el asombro por la asamblea que hicimos ayer con nuestro *visitor*. Una asamblea basada completamente en la experiencia, ¡y qué experiencias! Ha sido una explosión de testimonios que hablan de la verificación de la fe en la vida de cada uno. Experiencias de enfermedades graves, de la muerte, de la pérdida del trabajo, de un gusto a la hora de poner en juego el propio yo e implicarse en la vida del pueblo en el que se vive o en la propia escuela, de las dificultades económicas por la llegada del sexto hijo, de las dificultades en la familia por la presencia de hijos adoptados, de asombro por el milagro de la disponibilidad ofrecida por dos amigos a acoger a un nigeriano que se ha quedado sin cama en el albergue... Ha sido realmente la evidencia de que la fe incide en la vida, la evidencia del ciento por uno. Dentro de la dramaticidad de la vida de cada uno, era evidente que todos eran felices y estaban alegres, y esto era algo asombroso, algo que te dejaba sin aliento: una ráfaga de novedad y de fascinación. Si Jesús quería convencernos de que nos conviene seguirle por nuestro bien y por el de nuestros hermanos los hombres, ¡ayer lo consiguió!». Eso está al alcance de cualquiera. Por ello, la sugerencia que os doy es que pongáis en juego la experiencia entre vosotros a campo abierto, acompañándoos en el camino. Hoy en día nadie puede decir que esté aislado. Hay muchísimas posibilidades para seguir en contacto, aunque uno se encuentre en el lugar más perdido del mundo. Están los móviles, está Skype, está la conexión con la Escuela de comunidad, *Huellas*, la página web de CL, en definitiva, ¡hay de todo! Cuánto me habría gustado haber tenido a mi disposición todos estos instrumentos cuando conocí el movimiento. Por tanto, quien quiere

ser acompañado tiene a su alcance todo lo que necesita. ¿Quién te impide usar estos instrumentos? Es impresionante la conciencia vivísima que tiene nuestra amiga india del valor del encuentro que ha tenido, del valor cognoscitivo del encuentro. Ha entrado en ella una diferencia tan grande, ha sentido sobre ella una mirada tan novedosa que ya no la puede olvidar. En esta chica vemos testimoniado lo que nos dice don Giussani: en ella Cristo no está lejos del corazón, sino que ha penetrado hasta el fondo. Por ello no está sola, lleva la compañía dentro de sí. No puede mirar nada, entrar en relación con nada sin compararlo con la mirada que la ha abrazado, que ahora ya constituye su ser y que sigue experimentando en la relación con sus amigos. Incluso ahora que está aislada en medio de la nada, sigue viviendo esa relación como puede. La compañía de Cristo la define, y por eso busca Su rostro en cada persona con la que se encuentra por el camino. Si nosotros ponemos en juego nuestra vida de verdad, llenos de todo lo que el Misterio nos ha regalado y nos regala, podremos decir, como san Pablo a los cristianos de Corinto: «No os falta ningún don de gracia»¹⁷⁰.

El domingo 6 de mayo tuvo lugar la asamblea conclusiva de los Ejercicios de la Fraternidad en Ávila, España, predicados por don Julián Carrón, de la que proponemos tres preguntas y respuestas.

¿La elección supone que hay «no elegidos»? Hay afirmaciones que has hecho en torno a la elección que no termino de comprender. Entiendo la desproporción entre la gracia y el mérito, pero la elección parece algo injusto, como si fuera algo previo a la libertad y hubiera «no elegidos».

Julián Carrón. ¿Cuando alguien te hace un regalo lo consideras injusto porque es previo a tu libertad?

No. ¿Pero hay personas a las que Dios no regala?

¡Calma! Podrás objetar lo que quieras, pero no puedes poner en discusión lo que acabas de decir. No es injusto que alguien te dé algo antes del ejercicio de tu libertad. Es más, es precisamente lo que estás esperando. Cuando alguien te ama gratuitamente, ¿es injusto porque es previo al movimiento de tu libertad? Este es el punto de partida, una experiencia elemental que tenemos todos, antes de cualquier reflexión. El primer gesto de Dios para permitirle al hombre alcanzar la plenitud de su destino no es una explicación: por esa vía no tardaríamos en hacernos un lío. El primer gesto es un hecho –una elección, una preferencia totalmente gratuita, un salir a tu encuentro– que te

¹⁷⁰ Cf. 1 Cor 1,7.

sorprende tan desarmado que, antes de que quieras meterlo dentro de tus esquemas o ponerlo en discusión, ya te ha sucedido. Es impresionante. Si este hecho no nos definiera antes que cualquier otra cosa, estaríamos siempre encasquillados, aprisionados en nuestras medidas. El primer gesto de Dios en el Antiguo Testamento fue una iniciativa absolutamente gratuita que no se debía a nada previo. «Si el Señor se enamoró de vosotros y os eligió, no fue por ser vosotros más numerosos que los demás, pues sois el pueblo más pequeño»¹⁷¹.

Lo mismo sucede cuando Jesús va a casa de Zaqueo. No va porque Zaqueo sea bueno, va allí aun sabiendo que es pecador. La reacción de Zaqueo –dice el Evangelio– es que «lo recibí muy contento»¹⁷². Esta es la primera experiencia, algo absolutamente elemental: un asombro. Sin embargo, es difícil, o por lo menos no es inmediato, que uno permanezca en esta posición inicial; porque un instante después ya nos embrollamos. Y lo vemos en la reacción que tienen los que ven entrar a Jesús en casa de Zaqueo. «Pero, ¿cómo es que va a comer a casa de un pecador? ¡Pero si este no se lo merece! ¿Cómo es posible?»¹⁷³. Y lo consideran injusto. Es el escándalo cristiano.

Pero que el amor de Dios excede nuestras medidas y que la justicia humana es de otro orden es una cosa que yo he aprendido a reconocer en mi vida. Además, me doy cuenta de que cuando mido en términos humanos, al final me encuentro con mi tristeza y mi soledad. Por otro lado, en la parábola de los jornaleros se habla de un amor igual para todos: al último le da como al primero, y el primero, si tiene un corazón sencillo, se alegrará por el último. Pero cuando hablas de elección, me parece que implica que a algunos no los elige.

Me alegro de que te pelees con la palabra «elección», porque la mayoría de las veces la damos por supuesta. El hecho de no dar por supuesta la elección es un don que tú has recibido hoy; es un don que algo dentro ti se rebeló y te haga decir: «¡Esto no es justo!». No estás solo: tienes muchos compañeros de camino que dicen que habría que cancelar de la Biblia la palabra «elección», porque remite a algo injusto.

Para mí siempre lo ha sido.

Es importante darnos cuenta de esto: nos parece que es injusto porque, para nosotros, elegir a unos equivale a excluir a otros. Razonamos así porque no entendemos el significado de la acción de Dios, es decir, el motivo por el que lleva a cabo una elección. ¿Cuál es el método de Dios? Bastarían dos textos de la Biblia para ver que Dios, cuando elige, no está excluyendo

¹⁷¹ Dt 7,7.

¹⁷² Lc 19,6.

¹⁷³ Cf. Lc 19,7.

a nadie. El primero: Dios «quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad»¹⁷⁴, o sea, el designo de Dios abarca a todos, abraza a todos. El segundo: «Siendo todavía pecadores, Cristo murió por nosotros»¹⁷⁵. Murió por todos, sin excluir a nadie.

Entonces, ¿cuál es método que Dios ha utilizado? No ha elegido a algunos para excluir a otros, sino para llegar a los demás a través de ellos. Si nosotros fuéramos como los terminales últimos de un gran centro de cálculo, los datos –en este caso la salvación– llegarían a todos de forma automática y simultánea, y todo parecería más directo. Pero se habría saltado la libertad del hombre. En cambio, Dios nos ha querido libres, respeta nuestra libertad llamando a algunos a responder libremente, y a través de ellos, llama a otros a responder también libremente. Es fundamental entender este método para que puedas darte cuenta, al mismo tiempo, de la gracia que has recibido y de que no la has recibido solo para ti, sino para que llegue a los demás a través de ti. Jesús no elige a los doce solo para ellos, para que solo ellos disfruten de Él, sino para enviarlos a todo el mundo y que testimonien con la vida qué significa Cristo. Porque, ¿cuál es la objeción más importante que puede suscitar el anuncio cristiano? Ya me lo decían mis alumnos en Madrid: «Lo que dice el Evangelio está muy bien, pero ya no existe, ya no lo puedo tocar». ¿Cómo responde Dios a esta objeción? Haciendo que el hombre de hoy se encuentre con alguien –real, de carne y hueso, como tú– en el que pueda ver suceder lo que escuchamos en el Evangelio, es decir, a través del cual suceda nuevamente el acontecimiento original. Solo así podrá el hombre de hoy empezar a interesarse por Cristo: no entiende todavía por qué eres distinto, pero el encuentro contigo, con alguien real, provoca su razón y su libertad. Dios continúa, según un designio que no es el nuestro, llamándote a ti, que puedes responder que sí o que no, y si Le aceptas, cambia tu vida, se llena de alegría, de fecundidad, «demostrando» a otros, a través de este cambio, Su presencia. Es lo mismo que hace con Zaqueo y con los discípulos: los elige para que, a través de ellos, otros se puedan encontrar en la carne –no en los pensamientos, no de un modo virtual, no como un sueño– con alguien que desafía su razón y su libertad.

¿Es real todo esto? Sí, existe y tú lo has visto. Por eso el método de Dios no es injusto: es un método a través del cual Dios, de forma concreta, real e histórica, plegándose a la forma de entender humana –que es carnal, histórica– dialoga con la razón y con la libertad de cada uno de nosotros. Evidentemente, si entendemos la elección como exclusión de otros, es compren-

¹⁷⁴ 1 Tim 2,4.

¹⁷⁵ Rm 5,8.

sible que nos parezca injusto. En cambio, si la entendemos como es, es decir, como un camino para llegar a otros, entonces la elección no excluye a nadie. Este es el método de Dios, respetuoso con la libertad.

¿Qué significa que la libertad acontece simultáneamente al hecho de ser liberados? La prueba de que conocemos a Dios es que somos libres, y no somos libres si Él no nos libera constantemente, pero al mismo tiempo Él necesita de nuestra libertad para ser reconocido. Necesito comprender esta unidad en la vida cotidiana y cómo te sucede a ti, Julián.

Nosotros, como hemos visto, entendemos el significado verdadero de las palabras a través de la experiencia. Por ejemplo, entendemos qué significa amar cuando nos sentimos amados, como nos ha dicho nuestra amiga que se fue a la India. Nadie la había mirado como esa compañera de universidad a la que había conocido en Madrid, ella no sabía que podía ser amada con esa gratuidad, y cuando su madre la abandona y le dice que ya no quiere volver a verla, se le hace más evidente que para entender qué significa amar, para poder amar, hace falta ser amados. Lo mismo sucede con la libertad: nosotros entendemos qué es la libertad a través de la experiencia. Por eso don Giussani, pedagógicamente, siempre nos ha dicho que si queremos entender qué es la libertad, en vez de partir del sustantivo (que nos llevaría a muchas discusiones), tenemos que partir del adjetivo. ¿Cuándo te sientes «libre»? Como el hombre solo puede entender las cosas de este modo, es decir, a través de la experiencia, Dios, con esa ternura única, se pliega a nuestra necesidad.

Para que el pueblo de Israel comprenda qué es la libertad, Dios hace que el pueblo de Israel experimente la liberación: lo saca de Egipto, lo libera. Ellos, como hombres, habían sido creados libres, por tanto la libertad pertenecía a su naturaleza. Pero en Egipto no se sentían libres; allí eran esclavos. También nosotros somos libres por naturaleza, pero, al mismo tiempo, no nos sentimos libres en las circunstancias, y por ello nos asfixiamos. Cuando el pueblo de Israel es liberado de Egipto, vive una experiencia de libertad, de liberación, y comienza a fiarse de Dios. Se sienten libres, empiezan a respirar, dejan de asfixiarse con los trabajos forzados. Pero a esta experiencia de liberación siguen acto seguido una serie de rebeliones. El pueblo de Israel, como hemos visto, cede repetidamente a la presunción de poder procurarse la libertad por sí mismo, y esto provoca que en distintas ocasiones vuelva a la esclavitud. Es lo que nos sucede también a nosotros. Para poder ser libres hace falta que yo acepte la condición que hace posible una experiencia efectiva de libertad: ser liberados. Y por eso nosotros, que somos libres por naturaleza (no estamos sujetos a los mecanismos del instinto), nos asfixia-

mos en las circunstancias, en el fondo no somos capaces de decir «yo»: no somos libres. Por eso pregunto tantas veces: ¿cuántas personas libres conocéis? Libres de verdad, no en su imaginación. Es necesario darse cuenta de que todos somos libres por naturaleza, pero también de que personas libres en la realidad –no en su cuarto, no en el mundo virtual, no en sus sueños– hay bien pocas. Aquí podemos captar la diferencia que introduce el gesto de Dios, reconociendo que la libertad se produce de forma simultánea al hecho de ser liberados.

Entonces, para saber si somos libres, basta con que nos sorprendamos en acción en la realidad, en las circunstancias concretas, para ver si respiramos allí donde vivimos. Si descubrimos que tendemos a la queja porque siempre hay algo que no funciona, esto significa que la libertad en nosotros es pura ficción. Es aquí donde cada uno de nosotros puede ver, más allá de sus palabras, de sus interpretaciones o de sus discusiones, cuándo es verdaderamente libre, y quién o qué le hace libre. Porque el signo de que yo acojo como don lo que recibo de Dios en cada momento es mi liberación. Por el contrario, cuando yo pretendo poseer mi libertad, cuando la concibo como libertad autónoma, cuando ya no me siento necesitado y me separo del origen que me da la libertad, esta desaparece, y entonces empiezo a asfixiarme. Por eso necesitamos recibir constantemente la liberación y necesitamos acogerla. Por eso decía nuestra amiga de la India, «hay un pequeño punto que depende de mí», y es reconocer todo lo que le ha sucedido.

No existe libertad sin que yo acoja la liberación que Él quiere regalarme. Para poder liberarme, Dios necesita que yo me deje liberar. Porque Dios no quiere entrar en nuestra vida como un elefante en una cacharrería, como un tanque que arrasa nuestra libertad sin pedir permiso. Dios respeta tan exquisitamente nuestra libertad que nos lo regala todo, pero para entrar espera y mendiga nuestro sí, nuestra libertad: «¿Me acoges?». «¿Alguno quiere venir en pos de mí, alguno quiere secundar esta experiencia?». Dios nos ofrece incluso un método infalible para saber si seguimos Su invitación: la experiencia del ciento por uno: «Quien me siga recibirá el ciento por uno»¹⁷⁶. No es cuestión de discusiones o de interpretaciones, aquí no sirven de nada. Puedes saber si estás acogiendo lo que el Señor te da verificando en la realidad si tu vida es cien veces más humana, más verdadera, si tu vida respira. Yo vivo así, no tengo otra experiencia que contaros. Cuando sigues, respiras. Cuando no sigues, te asfixias. Porque la libertad siempre se nos da en una relación, y esto es lo que no hemos aprendido en toda la historia que nos ha precedido. En un momento dado podemos pensar que, como ya «nos lo

¹⁷⁶ Cf. Mt 19,29.

sabemos», como ya lo hemos recibido, podemos dejar de recibir, de acoger y de seguir el don de Dios. Pero no, esto no es una etapa a superar, no existe un momento en que yo ya no tenga que recibir y acoger. Existe solamente una conciencia creciente de la necesidad que tengo de acogerlo. Porque cuanto más entiendo de qué se trata, cuanto más entiendo que la experiencia de la libertad se me da, más comprendo que la única posibilidad de ser realmente libre, de tener experiencia de la liberación, es recibirla del Único que me la puede dar y que la hace posible. Esta es una decisión que no podemos delegar en nadie.

Me interesa entender mejor cuál es el papel de la compañía dentro de este camino. Hablas de una «compañía» como ayuda contra la «desmoralización». También dices: «“Nuestra compañía debe ir más al fondo, debe llevarnos hasta el fondo, [...] debe introducirnos [...] en una relación profundamente personal con Él”, con Cristo». Me interesa muchísimo porque, por el recorrido que he hecho este año, veo necesaria una compañía como la que tú dices. Reconozco ciertos rostros que son compañía, pero percibo que somos muy torpes, empezando por mí. Tengo la exigencia de que realmente seamos una ayuda unos para otros. ¿Qué significa pertenecer a un lugar, pertenecer a esta compañía, más allá del formalismo? En la Introducción decías: «Pero llegados a este nivel, aclara Giussani, al nivel de mi reconocimiento de ti, Cristo, es decir, al nivel del corazón, nadie puede delegar en otros una respuesta que solo puede ser suya». Y después citabas a Giussani: «El corazón es lo único, por así decir, que no admite “socios”». Reconozco que este no tener socios es el mayor signo de mi grandeza. No puedo darlo por supuesto a la hora de hacer el camino de conocimiento de Cristo. A veces pensamos que la insatisfacción, la rabia, el hecho de que las cosas no encajen, las desilusiones, etc., son aspectos que debemos controlar, limar, perfeccionar. Sin embargo, son un eco del corazón, el lugar de mayor preferencia de Dios hacia mí, de la mayor compañía. Este que no tiene socios es mi mejor socio. Pero muchas veces yo percibo que en el mundo adulto no nos atrevemos a partir de este socio que es el corazón. ¿Nos puedes ayudar en este punto?

Empiezo con la primera pregunta. El Misterio, si estamos atentos a cómo has descrito las cosas, siempre nos da alguna pista. ¿Y cuál es la pista que te da el Misterio para que puedas entender qué es la compañía? Tú sorprendes en tu experiencia que ciertos rostros son compañía. A lo mejor todos no, pero algunos los reconoces claramente como compañía, como decía nuestra amiga de la India: «Jesucristo debía de ser como vosotros, una persona que ayudaba a los demás a entenderse, a mirar el fondo de su corazón», a conocer el verdadero interior de cada uno, «a entender quién es cada uno». Lo mismo

les sucedió a Juan y Andrés: ellos empezaron a entender quiénes eran porque conocieron a alguien, a Jesús. Empezaron a entender siguiendo a esa persona. Esa es la modalidad, el método de Dios, desde Abrahán hasta ahora. Por tanto, tú puedes entender esto siguiendo aquellos rostros y estando atenta a cómo en ellos sucede lo que deseas para ti. Por eso, se trata en primer lugar de una cuestión de atención. No es un problema de inteligencia. Porque uno podría decir: «Yo soy más inteligente, este es un ignorante, ¿cómo me va a decir algo interesante?». Es verdad, puede ser un desgraciado, pero el Señor se sirve de él –aunque sea un desgraciado– para llamarte. Entonces, la primera cuestión es esta atención, junto con tu disponibilidad para secundar el modo con el que el Misterio te llama a través de esos rostros. Porque es así como descubres cuál es la compañía verdadera para tu vida. La descubres y la reconoces, pero no la decides tú. Tal vez habrías preferido otros que son más simpáticos, con los que te entiendes mejor, pero no decides tú quién te ayuda de verdad. A ti te corresponde reconocerlo: estando con ciertas personas, vuelves a casa y te queda algo dentro, y ves que al día siguiente te relacionas de modo distinto contigo misma y con la realidad, miras la realidad de otra forma. Entonces empiezas a darte cuenta de que esa compañía te hace ser más tú misma, te hace ir hasta el fondo de todo.

Por eso decíamos ayer que la compañía es aquel lugar, generado por Cristo, que nos ayuda a ser más conscientes de lo que somos. ¿Y cuál es la mayor ayuda que te ofrece? ¿Cuál es la mayor ayuda que Jesús da a sus discípulos? ¿Cuál es la compañía que Jesús hace a sus discípulos? Los saca de sus reducciones, despierta su corazón, genera un sujeto capaz de mirar toda la realidad hasta llegar a su origen. ¿Qué es lo que hace Jesús cuando se hace compañero de camino de los discípulos de Emaús? Tenían delante un montón de hechos y milagros de Jesús y sin embargo caminaban llenos de escepticismo. Se acerca ese desconocido, que les pregunta de qué discuten, y ellos le dicen: «¿Eres tú el único forastero que no sabe lo que ha pasado estos días en Jerusalén?»¹⁷⁷. Algo sabía de lo que había pasado allí... Y sin embargo, ¿qué hace Jesús? ¿Qué compañía les hace? Dice: «¿Pero tenéis el corazón embotado? ¿Sois tan necios que no entendéis lo que ha pasado?»¹⁷⁸. Jesús les ayuda a ensanchar el horizonte de su mirada, abre de nuevo su corazón y su razón. Y, de hecho, cuando después Le reconocen al partir el pan, se dicen uno al otro: «¿No ardía nuestro corazón mientras nos explicaba las Escrituras, mientras nos hablaba por el camino?»¹⁷⁹. ¿Cuál es la ayuda

¹⁷⁷ Cf. Lc 24,18.

¹⁷⁸ Cf. Lc 24,25.

¹⁷⁹ Cf. Lc 24,32.

más grande que les da? Generar en ellos un yo capaz de reconocerle. Por eso, cuanto más se despierta el corazón, más nos damos cuenta de que no puede ser satisfecho más que por Aquel que lo ha creado, el único en el que encuentra su cumplimiento. Cristo es el único que salva el deseo, que lo hace brotar en toda su amplitud, en su infinitud, respondiendo a él. Pero cuanto más descubro la naturaleza de mi yo, su irreductibilidad, su unicidad, más claro me resulta que mi responsabilidad es insustituible: no puedo delegar en nadie la responsabilidad de decir «yo», de decir «sí» a Aquel que me despierta y pide poder salvarme.

Giussani nos dice cosas que empezamos a entender solo cuando suceden en nosotros, cuando tenemos experiencia de ellas. Como cuando nos dice que el yo «es relación directa y exclusiva con Dios»¹⁸⁰. Se trata de «mi» yo y de «mi» relación personal con el Misterio: no podemos delegarla en nadie. Tú, yo, cada uno de nosotros somos únicos; no somos uno más del rebaño, una pieza de un mecanismo global, no. Y con cada uno de nosotros el Misterio quiere establecer una relación única, una intimidad única. Tú eres llamado en primera persona, y eres tú el que dice «sí» o «no». Esta respuesta no se puede delegar en nadie. Por eso siempre me ha llamado la atención el recorrido que nos invita a hacer don Giussani en el Curso Básico de Cristianismo. Al principio, en el primer capítulo de *El sentido religioso*, nos hace reconocer que tenemos el criterio para discernir, para reconocer lo que nuestro corazón necesita. Después desarrolla todo el recorrido, presentando la pretensión cristiana, el acontecimiento de Cristo, y después la Iglesia, como lugar de la permanencia de Cristo en la historia, y por tanto también nuestro camino. Y al final de todo este recorrido dice: «¿Y a qué confía Cristo todo lo que ha hecho delante de ti? ¿Cuál es el criterio último para juzgar? Tu corazón». Cristo no quiere que nos adhiramos a Él de forma mecánica. Quiere que nos adhiramos porque Lo reconocemos como la respuesta a la necesidad de nuestro corazón porque, si no, quedaría fuera de nosotros. ¿Entendéis por qué nuestro «sí» no se puede delegar en nadie? Giussani dice que nadie puede hacer trampas: Cristo no hace trampas con nosotros, y tampoco nosotros podemos hacer trampas con Él. Y esto es lo que hace que la vida sea verdaderamente dramática. En ese sentido el corazón no tiene socios. «El amor de Dios hacia mí hace de mí lo que en definitiva soy: él instaura el yo que Dios quiere ver ante sí y tener para sí, un yo vuelto hacia él», afirmaba von Balthasar. Esta predilección única que Él tiene por ti es lo único que puede corresponder totalmente a tu corazón. Y los demás, en la medida en que viven a su vez

¹⁸⁰ L. Giussani, *Los orígenes de la pretensión cristiana*, Encuentro, Madrid 2001, p. 105.

esta relación, me ayudan a no conformarme con menos de esto, me hacen ir hasta el fondo de mi necesidad humana.

Por tanto, todo el designio de Dios es para que nosotros podamos encontrar al Único que nos responde. Y si no tenemos una respuesta para nosotros, para cada uno de nosotros, no tendremos tampoco respuesta para los demás: el mundo se quedará sin respuesta. Si no experimentamos en primera persona que Cristo es la respuesta a la espera infinita de nuestro corazón, no podremos comunicárselo a los demás como un bien para ellos. Solo quien hace este camino, quien vive esta experiencia, podrá proponérselo a los demás con la certeza de que, misteriosamente, es lo que ellos buscan a tientas. Esta es la aventura más grande de la vida: verificar cada vez más que lo que nos ha pasado, el encuentro con Cristo, es lo único capaz de responder a todas las exigencias de corazón. Cuando esta familiaridad con Cristo se convierte en el factor determinante de la vida, podemos verificar que somos libres en medio de las circunstancias. Solo así podremos ofrecer una contribución real al anhelo de libertad que todos tienen. Por eso siempre me ha llamado la atención la afirmación de von Balthasar: «Mientras que el vocablo “cristianismo” implique ante todo tradición e institución, los movimientos de liberación de los tiempos modernos lo tendrán todo demasiado fácil» –lo que hoy llamamos «populismos»–, porque no se verán desafiados por nosotros, no supondremos un desafío para ellos. «La verdadera confrontación tendrá lugar cuando el cristianismo se comprometa [...] a mostrar que la auto-apertura de Dios en Jesucristo es una invitación a entrar en el ámbito de la libertad absoluta, el único en que puede desplegarse la libertad humana»¹⁸¹.

¹⁸¹ Ver aquí, pp. 21, 62.

SANTA MISA

Lecturas de la Santa Misa: Hch 9,26-31; Sal 31; 1 Jn 3,18-24; Jn 15,1-8

HOMILÍA DE DON JULIÁN CARRÓN

No hay día en que la liturgia no nos ponga delante la constante iniciativa de Dios. Hoy lo hace con el relato de la conversión de Saulo, la persona más impensable, el perseguidor de los primeros cristianos. Pero nada es imposible para Dios. Aquí se ve la libertad de Dios: elige a alguien como Pablo para mostrar que es siempre Él quien toma la iniciativa: «Eres precioso mis ojos»¹⁸². Consciente de esta preferencia, Pablo dirá después en sus cartas: «Sé de quién me he fiado»¹⁸³. Nadie había comprendido lo que le había pasado en el camino de Damasco, pero enseguida fue evidente que tenía que haberle pasado algo importante: de hecho, había empezado a estar con aquellos que al principio perseguía. Obviamente, los cristianos de Damasco, al verlo en medio de ellos, tenían miedo de él, no conseguían creer que ahora fuese discípulo de Jesús. Pero él seguía estando con ellos, y los Hechos narran que «hablaba y discutía e iba y venía a Jerusalén con todos los demás». Que algo le había pasado era palpable, se podía tocar por el hecho de que ahora frecuentaba esa nueva compañía de amigos con la que empezó a jugar la partida de la vida.

Y este es el desafío que tiene ante sí cada uno de nosotros, en cada momento: «Este es su mandamiento: que creamos en el nombre de su Hijo Jesús», como hizo san Pablo. Pero ¿cómo permanecer en esta actitud? No hay un pasaje del Evangelio que sintetice lo que hemos dicho estos días mejor que el que acabamos de escuchar. No existe posibilidad de vida separados de Él. Con la imagen de la vid y de los sarmientos, Jesús dice lo absolutamente crucial de que permanezcamos ligados a Él. Separados de Él, nos secamos y no damos fruto. Como podéis ver, esta mañana vuelve a salir el mismo verbo que utilizamos ayer: permanecer. Si queremos dar fruto, solo hace falta una cosa: permanecer pegados a la vid. Dice Jesús a sus discípulos: «Como el sarmiento no puede dar fruto por sí, si no permanece en la vid, así tampoco vosotros, si no permanecéis en mí». Porque «yo soy la vid, vosotros los sarmientos; el que permanece en mí y yo en él, ese da fruto abundante». Por ello, si alguien quiere dar fruto, aquí tiene una indicación sencilla, al alcance

¹⁸² Cf. Is 43,4.

¹⁸³ Cf. 2 Tm 1,12.

de la mano de todos. Jesús no nos pide que hagamos un esfuerzo especial ni que nos sometamos a una práctica ascética. Solo pone una condición: permanecer pegados a la vid, que es Él. La verificación de si estamos pegados o no a la vid es el fruto que damos: el ciento por uno, una forma nueva de estar en la realidad. Esto es lo que da testimonio de Él. «Si permanecéis en mí» daréis fruto, y «recibirá gloria mi Padre». A través del fruto, que también los demás podrán ver, seguirá resplandeciendo Su gloria en la realidad, en la historia de los hombres, porque la gloria es el resplandor de la verdad.

Todo cuanto nos hemos dicho desde el viernes por la noche hasta hoy es para que se manifieste esta gloria. No debemos separarnos de la vid para que, a través del fruto en nosotros, que viene únicamente de Él, puede resplandecer Su gloria sobre la faz de la tierra. Esto puede suceder en medio de todos nuestros límites y errores, porque el fruto –un cambio de nuestra humanidad que de otro modo es imposible– es Su obra en nosotros. Si nosotros Lo dejamos entrar, si nos dejamos aferrar por Él, nada podrá impedir la manifestación de la gloria de Dios a través del fruto que Él hará surgir, con asombro, ante nuestros ojos, en nuestra vida. «Sin mí no podéis hacer nada», dice Jesús. Si no aprendemos esto, nos convertiremos en ramas secas que solo sirven para arder.

Pidamos para cada uno de nosotros permanecer juntos, como san Pablo con sus nuevos amigos, solo por este motivo: para reconocerlo, para permanecer pegados a la vid que es Él, para vivir un vínculo que nos rejuvenezca sin descanso, de modo que podamos testimoniar a todos nuestros hermanos los hombres quién es Cristo, y que el Padre de Jesús está en el origen de todo.

AVISOS
Julián Carrón

Fondo común

El año pasado enviamos una carta a los que llevaban años sin responder a las propuestas de participación en los gestos de la Fraternidad, y otra a los que durante el año anterior non habían hecho ninguna aportación al fondo común. Ha sido sorprendente ver la respuesta por parte de miles de personas que han contestado positivamente a esta iniciativa –que ha sido un gesto de amistad–, a veces poniendo delante también situaciones de dificultad en las que se ha podido intervenir de distintas maneras. Os leo alguna de las cartas recibidas:

Una persona escribe: «Respondo a vuestra carta en la que me recordáis que no participo en los Ejercicios ni colaboro con el fondo común. Es verdad, han sido años en los que se han ido deshaciendo mis relaciones con el movimiento, y por tanto de un cierto alejamiento. Esta carta me ha recordado muchas cosas bonitas que he vivido en el movimiento. Ahora sigo un poco más y he aportado sesenta euros al fondo común (es todo lo que puedo dar) para sentirme parte del movimiento».

Uno de vosotros dice: «Agradezco infinitamente haber recibido este reclamo al sacrificio del fondo común. Durante años mi marido y yo no hemos podido dar ni siquiera esa cuota pequeñísima que nos habíamos comprometido a aportar. Hemos pasado y aún estamos pasando un periodo complicado y muy problemático. He consultado a mi marido si podía hacer una transferencia para saldar al menos en parte nuestra deuda con el fondo común, pero todavía con la pregunta “¿Podremos hacerlo?”. Qué sorpresa ha sido su respuesta: “¡Claro, por supuesto, adelante!”. Ha sido un consuelo para mí, me ha permitido juzgar desde el corazón».

Este es el testimonio de una familia: «Mi marido y yo no pagamos el fondo común desde hace dos años, desde que él se quedó nuevamente sin empleo. Yo trabajo a media jornada. [...] El pasado mes de septiembre encontré un segundo empleo para un año, poco pero suficiente para hacer frente a las mínimas necesidades de nuestra familia. [...] En 2018 me gustaría volver a pagar la cuota, reduciéndola a cinco euros mensuales para ambos. Esto me disgusta mucho, pero en este momento no podemos hacer otra cosa. Sin embargo, deseo volver a colaborar con el fondo común, no quiero perderme el significado de este gesto, ya he esperado demasiado, ¡es como si me faltara algo!».

Otro amigo escribe: «Me ha impactado mucho este párrafo de la carta que me habéis enviado: “En la relación con Cristo no hay medida; no hay medida, solo el corazón: o lo quiero o no lo quiero”. Hace casi treinta años, algunos amigos del movimiento imaginábamos qué deseábamos para el fu-

turo. Uno ganar un cupón millonario, otro participar en las Olimpiadas; cuando me llegó el turno recuerdo que de golpe respondí: “Estar cada vez más aferrado por Cristo”, una respuesta que sorprendió a todos, también a mí. Desde entonces han pasado muchas cosas, como mi despido. Tuve que reducir drásticamente mi cuota. Quería ser fiel en cualquier caso, pero al final dejé de aportar mi cuota. Tu carta, que recibí en septiembre, es como si me hubiera despertado y así, reduciendo progresivamente el importe, he conseguido pagar los atrasos y hoy, después de haber ingresado el cobro de algunos trabajos realizados, puedo aumentar ligeramente la cuota. Es irrisorio, lo sé, pero por ahora es así, luego ya veremos. Gracias por tu paternidad, rezo por ti todos los días».

Como veis, el envío de estas cartas ha sido una ocasión para retomar la relación con la vida de la Fraternidad. Algunos, en cambio, nos han comunicado que han emprendido otro camino.

La decisión de escribir estas cartas ha estado dictada por la pasión por cada uno de los que eligen el camino de la Fraternidad, para que todos puedan ser acompañados con la mayor seriedad posible. Hemos leído en el libro *Una strana compagnia* que don Giussani, hablando del fondo común como una ayuda para vivir la pobreza, decía en los primeros Ejercicios de la Fraternidad: «La pobreza no es no tener nada que administrar. La pobreza es administrar teniendo como objetivo supremo que todo esté en función del reino de Dios, en función de la Iglesia»¹⁸⁴. Y esto es precisamente lo que queremos hacer: ayudarnos a vivir en función de la Iglesia. En este sentido, es impresionante para mí el testimonio que nos ofrecen nuestros amigos venezolanos: en la dramática situación de empobrecimiento general que viven (causada por la alta inflación que padecen y que todos conocemos), son porcentualmente la nación más fiel al pago del fondo común. Es conmovedor lo que nos han escrito para comunicarnos su pesar por haber tenido que disminuir el importe del fondo común en 2017: «El cambio euro/bolívar ha variado muchísimo entre el primer semestre y el final del año, sin un cambio correspondiente en los sueldos de la gente. Pero, a pesar de la crisis, muchos hemos permanecido fieles al gesto del fondo común». ¡Una fidelidad como esta no pude dejar de interpelarnos!

Huellas

Ahora me gustaría compartir con vosotros una novedad que creo que puede ser una provocación más para confrontarnos con los contenidos de estos días. Recordaréis que el año pasado, coincidiendo justamente con los Ejerci-

¹⁸⁴ L. Giussani, *Una strana compagnia*, op. cit., p. 106.

cios, inauguramos la nueva página web y los perfiles sociales del movimiento, porque los cambios provocados por internet empujaban en esa dirección. Esto ha tenido una repercusión evidente en el modo de hacer *Huellas*. Ahora nos encontramos con el nuevo *Huellas*, que empieza su andadura con este número de mayo. Nuestra revista se presenta completamente renovada tanto en su gráfica como en sus contenidos.

¿Por qué seguir haciendo *Huellas*? ¿Por qué cambiar? Resulta iluminador lo que nos decía don Giussani sobre esto: «La comunicación es consecuencia [...] [de] dos dimensiones: una conciencia crítica y sistemática de la propia vida y una humanidad nueva. Pero estas dos primeras dimensiones no pueden subsistir si falta la tercera, es decir, la pasión por comunicar a los demás ese principio de vida, esa realidad de vida, esa unidad que nos constituye, ese acontecimiento que nos ha liberado»¹⁸⁵. Y también: La prensa – entonces no existía el mundo digital– «es el principal instrumento para el incremento de nuestra autoconciencia y para comunicarnos con los demás»¹⁸⁶.

Dentro de este horizonte, también hemos querido hacer frente a los enormes y repentinos cambios que ya venimos observando desde hace años y que nos reclaman a dar un paso necesario: la revolución de la comunicación digital, los retos que está afrontando todo el ámbito editorial, la modificación de ciertas costumbres que afectan a todos, incluidos nosotros, etc.

De ahí el intento de renovar la revista, teniendo en cuenta todo esto. La nueva revista *Huellas* quiere completar e integrar la comunicación que se realiza a través de internet, respondiendo sobre todo a la exigencia de profundización, dando a ciertos temas y argumentos, elegidos cada vez, todo el espacio necesario para hacer un trabajo de comprensión, reflexión y diálogo. Con esta revista, decimos: «En medio de la gran agitación de tus jornadas, semanas, meses, ¡haz una pausa, párate!». *Huellas* es este intento –recordemos siempre que es un intento– de llamar la atención sobre un tema, una persona, una experiencia, una situación que consideramos verdaderamente relevante para el camino que estamos haciendo.

La página web y las redes sociales seguirán, por su parte, el ritmo del día a día, un hecho tras otro, un juicio tras otro, acompañando oportunamente el camino que todos estamos haciendo con los textos esenciales, empezando por la Escuela de comunidad.

Tenemos hambre de todo lo que nos pueda ayudar a ensanchar la razón, a profundizar en el carisma, a verificar la fe. De igual modo, tenemos el

¹⁸⁵ L. Giussani, *De la utopía a la presencia (1975-1978)*, Encuentro, Madrid 2013, p. 44.

¹⁸⁶ FRATERNIDAD DE COMUNIÓN Y LIBERACIÓN, *Documentación audiovisual*, Encuentro de sacerdotes de CL del norte de Italia, Idice San Lazzaro di Savena (BO), 20 de mayo de 1985.

deseo de comunicarnos con los demás, de interesarnos por ellos, de hacer un tramo de camino juntos, tal como sucedió, por ejemplo, durante toda la serie de encuentros, tanto en Italia como fuera de ella, a partir de las presentaciones de la biografía de Don Giussani y de *La belleza desarmada*.

Si seguimos haciendo *Huellas*, si hemos querido cambiar la revista acentuando su razón de ser como ocasión de educación y de encuentro, es por esta pasión, por esta hambre que nos constituye. Difícilmente se profundiza en el camino sin un compromiso serio, sin una atención. Sin esto acabaríamos siendo prisioneros de la mentalidad de todos.

¿Cómo podemos todos llegar a ser más protagonistas de este intento? Nuestra preocupación, mi preocupación, no puede ser más que educativa. Hago más las palabras de don Giussani: «Os pido que no sintáis esto como una propaganda de *Litterae* [vale hoy también para *Huellas*], sino como la exigencia de nuestra comunión»¹⁸⁷. Don Giussani nos decía siempre que la revista «forma parte de nuestro proyecto de vida, es un instrumento de este proyecto»¹⁸⁸, «un espejo de la vitalidad del movimiento. Y esto implica una participación creativa»¹⁸⁹. Por tanto, escribid, indicad temas, hechos y personas, porque nuestra revista «es un espacio al que pueden acceder libremente todos aquellos que tengan una vida que comunicar»¹⁹⁰.

Esta es la primera forma de participar en la comunicación del movimiento, la participación creativa. Una forma que está al alcance de cada uno de nosotros: no se trata solo de escribir sobre hechos o personas, sino también de identificar y sugerir quién puede tener cierto talento en la fotografía, en la creación de vídeos, en las redes sociales, etc. Seguramente en vuestras comunidades hay jóvenes capaces.

También se participa utilizando *Huellas* para dialogar con un amigo: si es útil para mí, también puede ser útil para él. Regalar una suscripción o un ejemplar puede ser una ocasión de encuentro, de testimonio, de misión. Pensad que muchos obispos y nuncios del mundo, incluso en lugares donde el movimiento no está presente, nos escriben para darnos las gracias por la oportunidad de leer textos de don Giussani y de mantenerse en contacto con la vida del movimiento. Por eso os invito a difundir la revista, utilizando incluso para ello el gancho de su nuevo aspecto gráfico, tanto de manera

¹⁸⁷ FCL, *Documentación audiovisual*, Encuentro de sacerdotes de CL, Bolonia, 6 de marzo de 1978.

¹⁸⁸ FCL, *Documentación audiovisual*, Diaconía diocesana de CL, Milán, 16 de junio de 1980.

¹⁸⁹ FCL, *Documentación audiovisual*, Encuentro de sacerdotes de CL, Ímola (BO), 2 de febrero de 1987.

¹⁹⁰ FCL, *Documentación audiovisual*, Jornada de final de curso de CL, Milán, 3 de junio de 1989.

personal como comunitaria, como hacen –¡fijaos!– las mujeres de Rose en Kampala, que viven como un acontecimiento la llegada de cada nuevo número de *Huellas*. ¡Ojalá también nosotros la recibiéramos así cada vez que llega!

Por último, os pido que toméis en consideración la suscripción como modalidad concreta para apoyar este compromiso de desarrollar la comunicación del movimiento –desde la página web a las redes sociales o la revista–, que depende de la atención de cada uno de nosotros. Suscribirse a *Huellas* es la forma en que podemos garantizar nuestro apoyo a todos estos instrumentos de comunicación. Gracias.

MENSAJES RECIBIDOS

Queridos amigos:

Una vez más el Señor os ofrece a vosotros, reunidos para los Ejercicios anuales, la ocasión de volver a tomar conciencia. Ella consiste en el don del redescubrimiento de que Jesús es el destino del hombre y por tanto es su Camino, su Verdad y su Vida.

También este año, como en tantas circunstancias de la existencia humana y a través de las relaciones que, por gracia, cada uno mantiene con los demás, Él hace de nosotros «algo nuevo».

En este tiempo pascual la liturgia nos ha reclamado a no conocer ya nada según la carne, ni siquiera al mismo Jesús. De hecho, si estamos en Cristo somos una criatura nueva.

¿Cuál es la razón por la que cada año quien guía la *Fraternidad de Comunión y Liberación* siente el deber de reclamar a todos los miembros a estos elementos sustanciales de la existencia cristiana? Creo que dicha razón es el riesgo implícito en la pregunta: «¿No os dais cuenta?». La distracción y el olvido impregnan la vida cotidiana, y por eso se pierde de vista lo único necesario: el amor de Cristo que nos apremia.

Por ello, hagamos nuestra la petición de que el Padre nos conceda pasar de la fragilidad humana natural a la existencia nueva en Cristo resucitado.

Con afecto, una especial bendición.

Su Emcia. Revdma. cardenal Angelo Scola

Arzobispo emérito de Milán

Queridísimo Julián Carrón,

A ti y a todos mi saludo y mi oración por los frutos de estos Ejercicios espirituales de la *Fraternidad de Comunión y Liberación*.

El tema de estos Ejercicios: «*Mirad que realizo algo nuevo, ¿no os dais cuenta?*» (Is 43,19) nos propone la novedad y la belleza de lo que nos ha sucedido en el encuentro con Cristo a través de la experiencia del carisma como hecho no ocasional, sino como evento estable en una historia de gracia, en un pueblo en el que se ha mostrado la misericordia del Señor.

Esta novedad se refleja de forma autorizada en cuanto nos indica el papa Francisco en su última Exhortación apostólica *Gaudete et Exsultate*. En ella, junto a la «santidad “de la puerta de al lado”» (n. 7), nos propone el mensaje de las bienaventuranzas como camino específico de una experiencia laical en la Iglesia y en el mundo.

Frente a las incertidumbres del presente, como la falta de definición de un gobierno para el país y la persistente y larga oleada de la crisis económica, el Papa nos invita a una santidad que es también audacia, «*parresia*»: «El mismo Jesús viene a nuestro encuentro y nos repite con serenidad y firmeza: “No tengáis miedo”», indicándonos «una existencia que está abierta, porque se encuentra disponible para Dios y para los demás» (n. 129).

En este reclamo, que une la audacia a la confianza, sentimos que se nos vuelven a proponer las palabras del Señor que don Giussani nos repetía con frecuencia: «Hasta los cabellos de vuestra cabeza están contados. No tengáis miedo» (Lc 12,7). Y el corazón entra en calor, confortado por la gran Presencia que hace nuevas todas las cosas y nos envía a la misión.

Lleno de confianza, pido también yo para mí y para todo el movimiento el don del Espíritu y la disponibilidad para responder al mandato del Señor siguiendo los pasos que tú nos indicas.

Os saludo cordialmente e invoco sobre todos vosotros la bendición del Señor y la protección de la Madre de Dios,

*Su Excía. Rvdma. monseñor Filippo Santoro
Arzobispo Metropolitano de Taranto*

Queridísimo Julián,

¡Qué bonito es el título de estos Ejercicios: «*Mirad que realizo algo nuevo, ¿no os dais cuenta?*» (Isaías). La palabra del profeta alcanza al pueblo en el exilio, como anuncio de bien que florece en la desolación y en la tristeza de un mundo que se ha derrumbado con la destrucción del templo: Dios nos sorprende siempre, como le gusta decir al papa Francisco, haciendo «algo nuevo», introduciendo una vida nueva, una presencia nueva entre nosotros y en la historia, ayer al igual que hoy.

Aunque desde lejos, me uno con la oración y el afecto a la gran compañía de la Fraternidad y pido, por intercesión del Siervo de Dios don Giussani, que el Espíritu del Señor nos haga capaces de reconocer los signos de esta «novedad», que nada puede impedir o detener.

*Su Excía. Revdma. monseñor Corrado Sanguineti
Obispo de Pavía*

TELEGRAMAS ENVIADOS

Su Santidad el papa Francisco

Santidad:

Le agradecemos su invitación a hacer experiencia viva de Cristo presente, contemplando Su rostro, que recompone nuestra humanidad. A esto hemos dedicado los Ejercicios espirituales de la Fraternidad de Comunión y Liberación, que han reunido en Rímíni a veintíun mil personas, mientras otras muchas se hallaban conectadas vía satélite desde trece países distintos. Partiendo de la frase de Isaías: «Mirad que realizo algo nuevo, ¿no os dáis cuenta?», nos hemos preguntado por qué nos cuesta tanto reconocer la presencia de Cristo en la historia. La *Lumen fidei* nos ha indicado el camino de la respuesta: «Nuestra cultura ha perdido la percepción de esta presencia concreta de Dios en el mundo».

Por eso nos hemos identificado con el método elegido por Dios para revelarse, reviviendo las etapas de la historia bíblica, hasta llegar a su cumplimiento en Cristo, que en la Iglesia sigue alcanzando nuestra vida con un atractivo vencedor. «La persona vuelve a encontrarse a sí misma en un encuentro vivo» (don Giussani).

En estos días hemos pedido volver a ser niños para reconocer los signos de Dios y participar en la novedad que Cristo ha traído a la historia. Volver a levantar la mirada desde nosotros mismos hacia Él, dejando que Su presencia penetre en nuestro corazón, nos permite «mantener vivo el fuego» del inicio, como nos dijo usted en la plaza de San Pedro. Hemos experimentado la alegría, que es el signo de la familiaridad con Cristo, y que nos hace cantar: *Fac ut ardeat cor meum in amando Christum Deum ut sibi complaceam*.

Volvemos a nuestras casas más ciertos de que la presencia de Cristo define nuestro rostro en el mundo e indica la razón profunda de todos nuestros gestos de presencia. Viendo cómo se mueve usted cada día, somos conscientes de que solo una presencia original –porque está centrada en Cristo– puede mover al hombre de hoy.

Asegurando nuestra oración cotidiana para que Dios sostenga su ministerio petrino, le hacemos llegar todo nuestro afecto de hijos.

Julián Carrón, pbro.

Su Santidad el papa emérito Benedicto XVI

Santidad:

«Mirad que realizo algo nuevo, ¿no os dais cuenta?». Isaías nos ha acompañado en estos Ejercicios espirituales de la Fraternidad de Comunión y Liberación, en un camino de conocimiento de Cristo para que el entusiasmo por Él mueva nuestra libertad, determinando nuestro rostro humano. Solicitando de usted una oración para que seamos como niños para reconocer los brotes de Dios que obra en el mundo y para seguirlos con toda la energía de nuestra libertad, pedimos, por intercesión de don Giussani, que el Padre le conceda siempre la paz y la alegría del corazón.

Julián Carrón, pbro.

*Su Emcia. Rvdma. Cardenal Gualterio Bassetti
Presidente de la Conferencia Episcopal Italiana*

Estimada Eminencia:

En los Ejercicios espirituales de la Fraternidad de Comunión y Liberación, que han reunido en Rímini a veintiún mil personas, hemos meditado las palabras de Isaías, «Mirad que realizo algo nuevo, ¿no os dais cuenta?». Deseosos de volvernos niños para conocer a Cristo y crecer en la familiaridad con Él, que define nuestro rostro el mundo, según la enseñanza de don Giussani y siguiendo al papa Francisco, le confirmamos nuestro compromiso de ser instrumentos de la presencia de la Iglesia en Italia.

Julián Carrón, pbro.

*Su Emcia. Rvdma. cardenal Angelo Scola
Arzobispo emérito de Milán*

Queridísimo Angelo:

Conscientes del riesgo de la distracción y del olvido del que nos has hablado en tu mensaje, hemos retomado la gran lección de von Balthasar, que nos invitaba a volver a ser niños para conocer a Cristo presente, única razón de nuestra esperanza. Deseamos que puedas vivir cada vez más la familiaridad con Cristo, lo único necesario también para nosotros –en el seguimiento de don Giussani y del Papa– para ser instrumentos de la expansión de la novedad de Cristo, que renueva la faz de la tierra, empezando por la nuestra.

Julián Carrón, pbro.

Su Excía. Rvdma. monseñor Filippo Santoro
Arzobispo Metropolitano de Taranto

Queridísimo Filippo:

Agradecidos por tu carta, la experiencia de estos días ha sido un paso hacia una familiaridad con Cristo que nos llena de entusiasmo por Él y del deseo de estar disponibles como niños para secundar al Señor, que quiere llegar hasta los corazones inseguros de nuestros hermanos los hombres.

Julián Carrón, pbro.

Su Excía. Rvdma. monseñor Corrado Sanguineti
Obispo de Pavía

Queridísimo Corrado:

En los Ejercicios de la Fraternidad, el acontecimiento que ha aferrado nuestra vida ha sucedido en nosotros como algo nuevo, hasta llegar a hacer más familiar a Jesús en nosotros y entre nosotros. Agradecidos por tus oraciones, estamos más disponibles para percibir los signos de Su obra en el mundo.

Julián Carrón, pbro.

EL ARTE EN NUESTRA COMPAÑÍA

A cargo de Sandro Chierici y Nadia Righi

(guía para la lectura de las imágenes tomadas de la Historia del arte que acompañaban a la audición de pasajes de música clásica durante la entrada y la salida)

Pocos artistas como Caravaggio tienen el don de narrar la historia sagrada como el continuo suceder del Acontecimiento en el presente. La utilización de modelos tomados de la vida cotidiana sugiere que experimentar a Cristo presente es una oportunidad que se nos ofrece a todos nosotros, independientemente de nuestra condición. La intuición de esta posibilidad empuja al artista, movido por el deseo de comprender el sentido profundo de la realidad, a representarse como actor y espectador del drama de la historia de Dios hecho hombre.

El sacrificio de Isaac – Florencia, Uffizi

Anunciación – Nancy, Musée des Beaux Arts

Sagrada Familia con san Juanito – Colección privada (Nueva York, Metropolitan Museum)

Virgen de los palafreneros de santa Ana – Roma, Galería Borghese

Adoración de los pastores – Mesina, Museo Regional

Descanso durante la huida a Egipto – Roma, Galería Doria Pamphili

Vocación de san Mateo – Roma, San Luis de los Franceses

Marta y María Magdalena – Detroit, Detroit Institute of Arts

El prendimiento de Cristo – Dublín, National Gallery of Ireland

Deposición en el sepulcro – Ciudad del Vaticano, Pinacoteca Vaticana

Cena en Emaús – Londres, National Gallery

Cena en Emaús – Milán, Pinacoteca de Brera

Incredulidad de Tomás – Potsdam, Sanssouci

Muerte de la Virgen – París, Louvre

Crucifixión de Pedro – Roma, Santa María del Popolo

San Mateo y el ángel – Roma, San Luis de los Franceses

Martirio de san Mateo – Roma, San Luis de los Franceses

Entierro de santa Lucía – Siracusa, Santa Lucía al Sepolcro

Martirio de santa Úrsula – Nápoles, Colección Banca Intesa

Las siete obras de misericordia – Nápoles, Pío Monte de la Misericordia

Virgen de los peregrinos – Roma, San Agustín

COMENTARIOS DE DON GIUSSANI A LA MÚSICA DE ENTRADA

Los textos están tomados del libro *Spirto Gentil. Un invito all'ascolto della grande musica guidata da Luigi Giussani*, a cargo de S. Chierici y S. Giampaolo, BUR, Milán 2011.

Viernes 27 de abril, noche – A. Dvořák, *Stabat Mater op. 58*

«Haz que mi corazón se dé cuenta de esta fuerza misteriosa y real por la que todo vibra, por la que todo renace, que mi corazón se dé cuenta del Misterio que da la vida y que me ha llamado, presencia humana que me ha implicado y que se implica conmigo» (p. 289).

Sábado 28 de abril, mañana – W.A. Mozart, *Gran Misa en do menor, K 427*

«Dios se ha comunicado al hombre en su carne mortal, en su tiempo y espacio vivido, en su vida como tiempo y espacio vivido, como relación vivida. El Misterio se asoma en la experiencia, en algo que sufrimos, deseamos, nos equivocamos, acertamos, en algo que experimentamos; en la experiencia humana, tal como es, en su integridad.

¡Ojalá pudiéramos nosotros, como Mozart, contemplar con la misma sencillez e intensidad el inicio en el mundo de la historia de la misericordia y del perdón, y saciarnos en la fuente que es el “sí” de María!» (p. 55).

Sábado 28 de abril, tarde – A. Dvořák, *Trio n.º 4 op. 9, «Dumky»*

«Escuchando estas piezas de Dvořák, breves pero intensas y puras como el aire terso de la montaña, no podemos más que volvernos niños. Dvořák encarna un corazón de niño. Para gustar esta música es necesario ser como niños, sencillos de corazón y pobres de espíritu. Pobre es aquel que reconoce que no posee nada: yo no soy nada, Tú –Misterio que haces todas las cosas–eres. La expresión propia de nuestra pobreza es la petición» (p. 300).

Domingo 29 de abril, mañana – L. van Beethoven, *Sinfonía n.º 9*

«Nosotros somos como una sinfonía, pequeña con respecto a lo que debería ser, un poco mezquina, un poco amedrentada, un poco intimidada. Pero ante la *Novena Sinfonía* [...], nuestra catedral, que no está constituida por notas, está hecha para llenar la historia. Nos aproximamos a este destino obedeciendo a una tarea, adhiriéndonos con nuestra libertad a la tarea

que se nos confía. Pero ¿cuál es esta tarea? La tarea de la vida es la paternidad y la maternidad, es decir, llegar a la madurez del amor. La tarea de la vida es imitar al Padre, continuando el canto de Jesús en la historia» (p. 117).

Índice

MENSAJE ENVIADO POR EL PAPA FRANCISCO 3

Viernes 27 de abril, por la noche

INTRODUCCIÓN 4

SANTA MISA – *HOMILÍA DE DON STEFANO ALBERTO* 17

Sábado 28 de abril, por la mañana

PRIMERA MEDITACIÓN – *«¡Hemos conocido el amor que Dios nos tiene y hemos creído en él!»* 18

SANTA MISA – *HOMILÍA DE SU EMCIA. RVDMA. CARDENAL KEVIN JOSEPH FARREL* 36

Sábado 28 de abril, por la tarde

SEGUNDA MEDITACIÓN – *«Bienaventurados los ojos que ven lo que vosotros veis»* 41

Domingo 29 de abril, por la mañana

ASAMBLEA 63

SANTA MISA – *HOMILÍA DE DON JULIÁN CARRÓN* 88

AVISOS 90

MENSAJES RECIBIDOS 95

TELEGRAMAS ENVIADOS 97

EL ARTE Y LA MÚSICA EN NUESTRA COMPAÑÍA 100

Suplemento de la revista *Huellas-Litterae Communionis*, n. 6, junio de 2018

Maquetación: Ultreya, Srl.
Impresión: Artes Gráficas Cofás, S.A.
Depósito Legal: M-17470-1994
ISSN: 1695-5137

